



MISIÓN DE APOYO AL PROCESO DE PAZ
ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS
MAPP/OEA

MAPP/OEA

Las Madres de la CANDELARIA

Las Madres de la Candelaria

Organización de los Estados Americanos-OEA

José Miguel Insulza
Secretario General

Albert R. Ramdin
Secretario General Adjunto

Dante Caputo
Secretario de Asuntos Políticos

Víctor Rico
Director del Departamento de
Sustentabilidad Democrática y
Misiones Especiales

Sergio Caramagna
Jefe de la MAPP/OEA

Bautista Logioco
Coordinador de la Unidad
de Misiones Especiales

Claudia Pérez de Vargas
Subjefe de la MAPP/OEA

Coordinación del libro Unidad de Iniciativas MAPP/OEA

Edelma Gómez

Luis Miranda

Ximena Cañas

Renske Hertroys

Oficina Regional Medellín

Alejandrina Ayastuy

Nicolás Palacios

Gonzalo Román

Carlos González

Martín Cáceres

Alexis del Pozo

Piedad Moreno

Lucas Peña

Tata Tobón

Paula Andrea Ospina

Sabina Carmona

Miguel Garcés

Juliana Padilla

Diana Martínez

Carlos Jiménez

Equipo de Apoyo

Teresita Caramagna

Eleuterio Cahuec del Valle

Agradecimientos especiales:

La MAPP/OEA agradece el apoyo en recursos o en especie que ha recibido y continúa recibiendo de los siguientes países: Alemania, Bahamas, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Corea, España, Estados Unidos, Guatemala, Irlanda, México, Noruega, Países Bajos, Suecia y Tailandia

Instituciones y organizaciones que colaboraron en esta publicación:

Alcaldía de Medellín- Secretaría de Gobierno (Programa "Delinquir no Paga")

Asociación de Madres de la Candelaria:
Línea Fundadora y Caminos de Esperanza

Directora de taller y recopiladora
Martha Lucía Betancur

RC84

Ricardo Leal C.

Camila Pachón V.

María Fernanda Villamizar U.

Diseño Gráfico

Mauricio González

Corrección de estilo
y armada electrónica

Offset Gráfico Editores S.A.

Impresión

© 2008

Las Madres de la Candelaria

ISBN: 978-958-98584-0-0

Esta publicación ha sido posible gracias al trabajo de todos los integrantes del equipo de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de los Estados Americanos en Colombia.

Las ideas, afirmaciones, opiniones y criterios expresados en esta publicación son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan, necesariamente, las posiciones de la Organización de los Estados Americanos ni de sus Estados Miembros.

“La disposición de la Secretaría General es seguir avanzando en el trabajo que realizamos en Colombia, donde tenemos la Misión más numerosa de todas las que hay en la región para promover la paz, para cooperar con su Gobierno en todo lo que sea necesario para avanzar en este proceso y, al mismo tiempo, manifestar nuestra disposición para encontrar solución a este grave problema humanitario que se vive en Colombia, consultando y considerando siempre la opinión del Gobierno colombiano sobre este tema”.

José Miguel Insulza
**Secretario General Organización
de los Estados Americanos -OEA**

solución
modo el
tres caminos
era y (una)
por sus
organizaciones
la misma

acción
acción
Unidad

S 5.
a la

DEBE CONTAR EL SISTEMA.
NO CAER EN TRAMPAS. I

- LUCHAR (PLANTEAMOS)
- NO MENTAR.
- FERNANDEZ LUCHANDO HASTA LA VERDAD.
- QUE NOS OUVEN NUESTROS FAMILIARES DESAPARECIDOS

JUSTIFICACIÓN II

- Apoyo MADRES. PARA SECUN LUCHA.
- ENTREGAR LOS FAMILIARES DESAPARECIDOS (TODOS)
- P...

Amino tenacidad y Resistencia
Ser muy constantes en los reuniones
tomo mucho apollo para poder tener Resistencia
insista en los medios de comunicación y busca entidades que nos puedan ayudar
Reunir todos los calamidades que nos aquejan
fuerzas o males por duras que sean

Amino tenacidad y Resistencia
Queremos tener apoyo para con los miembros
Queremos la liberación
no digas donde queda
cuando nosotros como
quiero que los miembros de la comunidad
apoyen y se reúnan
donde reunamos
queremos reunirnos
hacer que...

Tema Solución productivas
a la institución lo que nos capacitará para nosotros una micro en persona y a las organizaciones nos apellen a lo porque no todas de de recursos.

NECESITAMOS UN ESPACIO DONDE REUNIRNOS Y SER COMO NUESTRO.

Las Madres de la Candelaria

Presentación	7
Introducción	13
01 Historias individuales	17
02 Historia del Movimiento Madres de la Candelaria	133



PRESENTACIÓN

LA IMPORTANCIA DE LOS LÍDERES COMUNITARIOS

Sergio Caramagna - Jefe de la MAPP/OEA

MAPP/OEA

La importancia de los líderes comunitarios en el proceso de paz

El desafío de acompañar las iniciativas de paz ha encontrado una herramienta de utilidad en el Mandato de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz en Colombia de la Organización de los Estados Americanos MAPP/OEA. Apoyar y verificar los desarmes y desmovilizaciones, la reintegración de ex combatientes, el monitoreo para la aplicación del marco jurídico correspondiente y el acompañamiento a las comunidades y víctimas de la violencia, constituyen los objetivos de la MAPP/OEA.

En este espacio, queremos mostrar la relevancia y el aporte de las comunidades y sus líderes al proceso de paz.

Son pocos los antecedentes importantes que recogen y valoran el papel que pueden desempeñar los hombres y mujeres que han sufrido en forma directa y cotidiana la acción de la violencia. Constituye una constante, tanto en las instituciones locales como en los organismos internacionales, la subestimación del aporte que estos líderes y sus comunidades realizan en la construcción de iniciativas de paz. Con este desconocimiento se omite y desaprovecha un aporte sustancial en todos los pasos que conlleva un proceso de resolución pacífica de conflictos y reconstrucción del tejido social. Las razones de esta omisión pueden ser variadas: tal vez por apreciaciones erradas sobre quiénes son los sujetos principales del proceso por deformaciones académicas y exceso de teoría.

Existe, por el contrario, una experiencia valiosa recogida en el trabajo de campo directo con las víctimas. Durante el conflicto y en el período de posconflicto y construcción de la paz y la reconciliación, el aporte de las comunidades es de enorme valor.

Para la Organización de los Estados Americanos –OEA–, la experiencia de la Comisión Internacional de Apoyo y Verificación –CIAV– en Nicaragua y, posteriormente, el trabajo de cuatro años en los territorios afectados por la violencia en Colombia, suman lecciones de mucho valor que fundamentan estas primeras apreciaciones.

Para empezar, son las comunidades, los hombres y las mujeres que han vivido desde siempre en los territorios azotados por la violencia, quienes nos tienen que contar su historia. Con sus propias palabras, con su propia visión y experiencia, con los valores que les han permitido resistir y sobrevivir a tantos atropellos y sinrazones. Escuchar sus testimonios con atención y respeto debe ser la primera lección. Desde la vida cotidiana de estas comunidades se comprende mejor el conflicto, y su naturaleza profunda. Desde esa base se debe hacer el esfuerzo por extraer las mejores soluciones posibles, aquellas que guarden relación con la realidad, con la vida cotidiana de los colombianos.

Son los pobladores quienes están dispuestos a comenzar de nuevo para participar activamente en las soluciones urgentes que demanda su situación, quienes están dispuestos a organizarse y a trabajar solidariamente. Son ellos, los cuales han estado marginados de las instituciones, los que pueden hacer de los derechos humanos una herramienta de poder y de decisión a su alcance. Esta es una segunda lección que impone un desafío para el trabajo institucional y la cooperación internacional, y no simplemente una memorizada declaración de principios sin anclaje real con su vida diaria.

Son las comunidades las que pueden trabajar en la construcción de las primeras herramientas de la administración de justicia. A partir de su organización se pueden dar los pasos iniciales para la construcción de la institucionalidad, pero esta vez, pensada y realizada desde su propia realidad. Es decir, las comunidades son las que determinan la transición efectiva entre la ilegalidad y la legalidad posible.

Su testimonio tiene un valor enorme, siempre que lo sepamos escuchar con humildad. Se trata de atender más y de enseñar menos, en suma, se trata de aprender; en otras palabras, la cuestión es buscar en el discurso de los líderes los fundamentos de su forma de ser y de la construcción de un proyecto, legítimo y sustentado en el tiempo, y que sea realizable por ellos mismos.

Hay varios ejemplos que expresan la posibilidad de tal tipo de proyecto: la actitud asumida por los desplazados del Catatumbo, en el Norte de Santander, en el retorno a su tierra después de la desmovilización de las Auc; el trabajo de las mujeres kankuamas, basado en la esperanza de saber más sobre sus hijos desaparecidos; la voluntad de superar la dependencia de los cultivos ilícitos y de los violentos, por parte de los pobladores de Tierradentro y Tierralta, en Córdoba; al igual, las Madres de la Candelaria en Medellín, quienes se mantienen en la búsqueda constante de sus seres queridos; los indígenas arhuacos y sus formas de defensa pacífica, basadas en conocimientos ancestrales; la lección extraordinaria de la población de San Carlos, Antioquia, por la verdad, la reparación y la reconciliación. Todo ello es sólo una parte de la gran lección aún no suficientemente escuchada de esta Colombia lastimada, golpeada, pero no vencida.

Nuestra contribución es importante en la medida en que logre conocer y reconocer el valor de estas experiencias. Y, desde

allí, podamos planear nuestro trabajo, nuestro aporte, nuestro acompañamiento en su sentido profundo y efectivo.

Esa es la Colombia que no puede perder el tiempo en reflexionar sobre la violencia y el conflicto. Sencillamente porque ha tenido que recorrer un doloroso y heroico camino, muchas veces anónimo, para sobrevivir. Nuestro papel debe orientarse en la ayuda para reconstruir ese camino histórico, respetando sus valores y su visión del mundo.

Las comunidades no son tabla rasa donde podemos imponer nuestro criterio y ensayar nuestros proyectos. Hay una historia muy honda en la vida de ellas. Aunque desde nuestra limitada visión juzguemos, muchas veces, esa historia como pequeña e insignificante; para ellos es su vida, su razón de ser, su identidad, su sentido de pertenencia, su realidad. Este es el punto desde el cual es necesario pensar a Colombia nuevamente.

El testimonio de estas comunidades permite reconstruir la historia contada desde “adentro” del proceso, aquello no contado para las cámaras, la historia narrada como experiencia, es decir, la vida misma de miles de hombres y mujeres que son parte sustancial de los acontecimientos. La historia entendida como ese doloroso camino recorrido desde las orillas de los escenarios principales. Se debe aprender de esas lecciones, tal vez así se pueda aportar con mayor humildad y menos errores a la construcción colectiva de caminos para la paz.



INTRODUCCIÓN

MAPP/OEA

Este libro tiene su origen en los talleres de “lectura y escritura” que se celebraron a lo largo de varias sesiones durante los meses de mayo a julio de 2007 y que hacen parte del trabajo de acompañamiento que la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la OEA (MAPP/OEA) viene realizando con uno de los movimientos más emblemáticos de víctimas en Medellín (Antioquia, Colombia).

No obstante, si bien las historias que alimentan estas páginas nacieron en el marco de los mencionados talleres, lo cierto es que recopilar los testimonios hubiera sido imposible si los caminos de las Madres de la Candelaria y de la MAPP/OEA no se hubieran cruzado en el año 2006.

Fue en esos momentos cuando el destino hizo que desde las actividades desarrolladas por la promoción social de la MAPP/OEA en Medellín nos acercáramos a las Madres de la Candelaria y, de este modo, se iniciara un largo camino que nos permitiera conocer mejor y aprender a admirar el valor de unas mujeres que encarnan el dolor y la voz silenciosa de muchas de las víctimas de este país desgarrado por la violencia.

Así se inició un lento andar que, a mediados de 2007, nos llevó a la puesta en marcha de los talleres de “lectura y escritura”, de los que surgieron las historias que encierran las páginas de este libro.

Este libro se divide en dos partes: la primera recoge las historias individuales de algunas de las mujeres que integran el Movimiento de las Madres de la Candelaria (bien sea de la facción Caminos de Esperanza o de Línea Fundadora); la segunda, en la que, a través de varias de sus lideresas más significativas, el Movimiento de las Madres de la Candelaria nos cuenta su pasado, presente y visión de futuro.

Un Movimiento que a pesar de las diferencias existentes entre sus dos líneas alberga las historias de todas ellas por igual y, con su voz llena de cariño, apoyo y comprensión, nos va presentando a sus distintas integrantes como si fueran una sola, como parte de una única historia llena de dolor y sentimientos encontrados, pero también de ilusión y de esperanza.



01 HISTORIAS INDIVIDUALES

HONRAR LA VIDA

Permanecer y transcurrir,
no es perdurar, no es existir
ni honrar la vida.

...Merecer la vida no es callar
y consentir tantas injusticias
repetidas.

...Merecer la vida es erguirse vertical,
más allá del mal, de las caídas.
Es igual que darle a la verdad
y a nuestra propia libertad la bienvenida.

Tango de Eladia Blázquez, cantautora argentina

Desde un lejano ya 1987, cuando en Colombia se empezaron a desaparecer personas que el lenguaje de la guerra denominó población civil, me urgía nacer como movimiento. Era como si una voz de reclamo me atragantara. Y fue Dolly Castañeda –una madre deshijada por un secuestro– quien se atrevió a dar luz a ese grito que es mi existencia.

YO SOY DOLLY - DOLORES - LOLA...

La mamá del Movimiento Madres de la Candelaria

Yo siento que exudo lágrimas. Llevo 11 años y medio sufriendo este problema, quizá un fenómeno inexplicable para los médicos, pero que para mí hace parte de mi ser biológico. Siento que llorar es tan natural que se volvió plasma integrante de mi personalidad. Entonces, así, sin darme cuenta, me enjugo esa agüita con las manos, para continuar riéndome de mí y de estos muchachos que trabajan conmigo, con quienes a veces peleo, pero que se han convertido en la razón cotidiana para vivir esa parte de mi vida que se resiste a morir. Es que me llaman mamá y me dan regalo de la Madre. Por ellos y por este trabajo hago miles de llamadas, cientos de cuentas, recibo sonrisas y despacho hasta 500 trabajadores entre mecánicos y chóferes.

Como pueden ver, mi oficina es mi casa. Y por eso está plena de imágenes de santos que me dan esperanza, pero también de dolorosos retratos que me permiten una memoria viva, y de aires de hogar mezclados con este olor mecánico que me gusta. Este lugar cotidiano es más significativo para mí que eso que los otros llaman casa, a donde llego solo para descansar. Aquí paso las mejores horas, o al menos las que me exige el hecho de seguir viviendo.

Pero en el fondo del alma yo sé que estoy dividida, desmembrada, fraccionada: por un lado, mi cuerpo y mi mente están acá, al servicio de esta empresa y de sus muchachos que adoptaron mi profunda soledad de mamá, fría como el hielo del norte, desde que no abrazo a mis hijos. Por el otro, mi espíritu, mi alma, está con Ruth Beatriz, quizá vagando por las montañas más lejanas de este mi país. Y en esas hazañas tan difíciles a las que nos adaptamos por la fuerza de un cariño, se me olvida cada rato que me llamo Dolores, Dolly o Lola como me

dicen los que aman la herencia árabe andaluza que corre por nuestras venas: Lola Lágrimas, Lola Flores, Lola Consigna, Lola Foto.

Tengo un apellido repetido y podría decirse que soy la mamá de las Madres de la Candelaria. Y por ello, aunque hoy no sea su cabeza visible, su representante legal, he cedido un espacio, un escritorio y mi línea telefónica, para que allí funcione una improvisada, pero ya posicionada oficinista de la facción del dividido Movimiento Madres de la Candelaria, la que corresponde a la Línea Fundadora. En este amplio garaje he permanecido desde 1980: *antes de Rutbia, con Rutbia y después de Rutbia*, la niña de mis ojos, la misma que fue secuestrada por las Farc hace más de 120 meses, cuando era una joven profesional graduada en la Universidad de San Buenaventura de Medellín, de donde salió a desempeñarse como psicóloga y jefa de personal de la empresa transportadora que parece mía. La empresa que los guerrilleros creyeron que era de la familia.

Esta *equivocacioncita* y un disparo han construido la verdadera historia ininterrumpida de mis dolores, pero también de mis esperanzas. Mi historia de dolores inicia el 13 de agosto de 1996, cuando hace 11 años asesinaron a mi hijo Álvaro. Era un martes de María Auxiliadora. Durante la misa en Sabaneta, yo percibí algo muy extraño que me oprimía. Sentí como si me fuera a morir. No sabía si esta cosa que amenazaba con asfixiarme era física o mental.

Entonces no alcanzaba a saber de dónde provenía este desasosiego. Yo le había comprado el desayuno y cuando abrí la puerta de la casa todo se puso negro y vi a Álvaro, pero al mismo tiempo no lo veía. Uno de los conductores me acompañaba. Me senté y oí sonar el teléfono. Las piernas me temblaron. Era John Jairo, el gerente, que necesitaba darme una noticia que mi corazón de madre ya presentía. De inmediato llamamos a mi Rutbia quien casi se muere también. Cuando la

secuestraron, ella aún no superaba la profunda falta que su hermano nos hace a las dos.

Fue así como mi rutina se volvió agendada. Me levanto a las 4 de la mañana sin que los pájaros aún canten. Hago la señal de la cruz, encomiendo mi hija al Señor de las Misericordias, levanto mi mascota (un pajarito que arreglo con ternura acumulada) y luego entono la Oración de Cada Día. Hoy es la correspondiente al 12 de julio, que se titula *Para hablar con Dios*. En seguida me baño, me visto y me arreglo; tiendo la cama, pero antes dejo que se enfríe, y a las 5:15 me vengo para acá. Mi tinto me lo da el vigilante. Aquí desayuno y almuerzo, y regreso a mi casa tarde ya, donde duermo y como poco. Pero antes de acostarme juego con mis muñecas, las que colecciono con un fervor muy grande, porque de niña no tuve ni una sola. Mi papá –que fue mi predilección– me decía que nada de esas bobadas de jugar, porque tenía que aprender a trabajar.

Esta agenda es la de la semana, porque el domingo sin hijos y sin trabajo es más simple y solo. Me voy para el cementerio desde las 8 de la mañana hasta la 1 de la tarde. Allí converso con Álvaro y me entretengo. ¡Es que es tan consolador para uno saber que allí está esa parte de tu cuerpo! Porque al comparar dolor, no hay alguno que se iguale al hecho de no saber nada de un ser querido, de un hijo. Es un dolor triplicado por la angustia. Desde ese momento todo sabe ácido. Yo no le saco gusto a nada, solamente a las rutinas que me mantienen viva por Rutbia, por ella, por la esperanza de estrecharla en mis brazos cuando regrese. Por eso, *esperar* es mi norte, mi luz, mi faro. No sueño sino con tenerla acá, que es donde la necesitamos mis trabajadores y yo. Cuando regrese voy a sacar los restos de mi hijo y luego planearemos juntas lo que nos falta.

Por ahora nada me atrae, ni los viajes que me gustaban, porque si me voy, de pronto llega y no me encuentra. No viajo ni donde mi mamá. Eso fue otra cosa que el secuestro me arrebató. Yo la sostengo con dinero pero no la visito. Mi corazón no deja de sangrar por la herida que su poco apoyo me ha brindado. Dejé de existir para ella. Nadie de esa casa pregunta por mi dolor, por mi miedo y por mi lucha. Ellos no me llaman ni para preguntarme cómo amanecí. Y cuando uno no tiene unos brazos amorosos para abrigarse, se siente huérfano y abandonado de la suerte. No entiendo por qué mi madre fue tan dura, si sabía que yo estaba sola y separada de mi marido y de mis hijos. Estas cosas son a veces más dolorosas que todo. Pero... me niego a seguir llorando por esto: prometo que solo lo haré por mi hija. Entonces tengan paciencia mientras yo me sueno...

Es que a una madre cuando le desaparecen o secuestran un hijo, de inmediato la secuestran o desaparecen del mundo de la vida, del mundo de los otros. La cotidianidad tranquila de los otros ofende. Fuera de que se siente pánico de salir, el alma permanece prisionera. Nada provoca, ni siquiera la muerte, puesto que eso sería un abandono de la causa... Y esta causa es para bien de muchos. Yo no soy como esas madres o personas que solo abogan por los suyos. Eso no hace un camino mejor para todos. Por eso, esta lucha de las Madres de la Candelaria es tan linda, porque es política, es por muchos, es por mi país, esa patria que se ama no porque sea buena, sino porque es mía.

Yo quiero contarles –sin hacer alardes porque no tengo tiempo de fanfarronear– cuánto he clamado y a cuántos he tocado por esa causa llamada verdad, que por supuesto es también la de mi hija, ¡ni más faltaba!: medios de comunicación del país y del exterior, autoridades militares (a veces en contra), políticos, ONG, Gobierno, transeúntes que pasan por el *plantón*, además de numerosos seguidores de las Madres de la Candelaria. Algunos de estos se han constituido en soporte

anímico, y otros –cada día más numerosos– quedan entrelazados por el mismo dolor de las ausencias sin evidencias: secuestrados y desaparecidos que cargan el lastre del misterio y el silencio profundo e infranqueable, especialmente cuando son civiles.

Porque de los *civiles* nada se vuelve a saber. Como sí se sabe algo de los políticos y los militares. En mi larga estadía frente a la radio, el periódico y en las horas que puedo dedicarle a la *tele*, he podido armar esta tesis irrefutable: las señales de vida surgidas entre el eco de las lejanías, o las pruebas de supervivencia, como las han llamado en el lenguaje elevado, nunca se ofrecen para los de a pie. Cada día, para no equivocarme, me interrogo y a muchos pregunto: “Dígame ¿cuándo ha habido pruebas de supervivencia de un civil secuestrado?”. Unos de inmediato me contestan: “Claro que sí, ¿cómo qué no?, Ingrid Betancourt y Clara Rojas”. Y yo respondo abriendo mis ojos de maestra regañona: “No señora, eso fue un secuestro político”.

Pero como *el corazón necesita ausencias para alimentar el deseo*, nosotros los familiares de las víctimas buscamos romper de algún lado el silencio y crear canales de comunicación para decirles a esos seres de sangre que aún estamos viviendo por ellos. Sabemos que nuestras voces se convierten en su mejor terapia y en paliativo para nosotros. Antes, cuando no había pasado nada, jamás me hubiera imaginado que hablar por la radio se convertiría en el alimento más nutritivo de cuantos me he tomado en la vida.

Aunque este monólogo –mediado por las emisoras en los espacios “Voz del dolor” o “Voz del secuestro”– sea un bien preciado, es esquivo puesto que pasan horas y días, y nada que a uno le dan el *chance*. Y cuando me toca el turno, yo me tupo, tartamudeo como cuando el amor idiotiza... y solo al ratico puedo tomar el micrófono para hablarle en su oído. Le tiro besos, le leo cartas y versitos o frases que dicen en

el fondo siempre lo mismo: *Yo vivo por ti, pero muero por tu ausencia*. Frase que fue el eslogan que el Movimiento tuvo al principio, en esa época cuando al atrio de la Candelaria le pusieron el nombre hermoso de, *el parque de las mujeres tristes*.

Tristes... y aguerridas y tercas como yo soy. *Virtudes* que he desarrollado como mecanismo de defensa al lado de tanto hombre. Y como no me resigno con no saber nada de mi niña (niña que en mi corazón no crece), entonces le escribí a Manuel Marulanda esta carta, y ese señor me contestó con una llamada telefónica que recibí en medio de un grito: "¡Doña Dolly que es urgente, que pase!". Me quedé tiesa cuando me dijo: "Señora habla con Raúl Reyes emisario del señor Marulanda...". Yo que oigo eso, y me puse a pensar un rato, mientras reconocía entre tanto engaño su voz. Esa voz que grabé con cincel en mi memoria, porque sabía que algún día me llamaría. Yo estaba segura, soy una líder como él.

Yo también me he hecho escuchar (pero con mi llanto), en medio de tanta hipocresía e intereses de poder que ciegan al ser humano hasta hacerlos afirmar que el sufrimiento no importa, solo ganar es la consigna del egoísta. Y cuando se piden explicaciones a tales conductas, le dicen a uno que no se puede ceder porque la institucionalidad es lo más importante. Y yo me pregunto con un tinte de sorna, expresión de mi rabia contenida: "¿Qué *carajo* es la institución, o un movimiento, sin los *seres vivos libres y en paz* que son la razón de su existencia? ¿Acaso esta cerrazón no es lo que llamamos estupidez?"

La carta que le envié entonces al jefe de las Farc, Manuel Marulanda, fue esta:

Medellín, 24 de mayo de 1999

Comandante
MANUEL MARULANDA
Farc

Luego de pasar nuevamente un día de la madre sin mi querida hija Ruth Beatriz, tomo la determinación de escribirles y agotar el último recurso repartiendo cartas en todos los establecimientos de comidas que existen en el área donde mi hija fue retenida, con la esperanza de que de algún día de estos, les hagan llegar a ustedes esta misma misiva escrita por una madre triste, angustiada, abatida y que a pesar de haber pasado año y medio de su ausencia, mi corazón de madre me dice que está viva.

Como todo ser humano, ustedes tienen sentimientos de humanidad, generosidad y consideración, quizá olvidados por los años de lucha, pero esa coraza debe moverse ante el clamor de una madre; si recuerdan a la suyas, del gran amor que les prodigaban, de sus desvelos y ansiedades cuando sus hijos no estaban a su lado, ese mismo dolor me acompaña hace año y medio. ¿No creen ustedes que es injusto y cruel? Por favor se los suplico, infórmenme algo de mi hija, su padre y yo estamos dispuestos a negociar, es lo único que tenemos, nuestra única hija. Tengan piedad por amor a ese Dios que les dio la vida, que hizo este país, con sus aguas, el sol y todo lo que se mueve en su entorno.

El día 15 de octubre de 1997, mi hija Ruth Beatriz (omito aquí sus apellidos) fue retenida. Esa misma noche recibimos una llamada diciéndonos ustedes que el frente 34 de las Farc, tenían a mi hija y pe-

dían una suma de dinero por su liberación. Sólo atinamos a decir que nos dieran una muestra de supervivencia y de ahí no hemos vuelto a tener ningún contacto.

Queremos oírlos, saber si nuestra hija está viva, pero por favor se los suplico tengan piedad ahora que han manifestado el deseo de hacer la paz, empiecen a demostrarlo con la libertad de mi hija y de tantos otros inocentes que como Ruth Beatriz esperan solo una orden de ustedes para que vuelvan a retornar a sus hogares, que la fe que cada una de estas familias han puesto en sus palabras, de verdad se cumpla. De ser así cada uno de nosotros y el pueblo colombiano creerán en ustedes y en sus muestras de paz.

Por último Jesús y yo, esperamos sus noticias y comentarios a los teléfonos (...).

Atentamente
Firma...

Al fin la voz de Raúl Reyes me dijo: “Doña Dolly, su hija está bien, pero no se la vamos a devolver todavía porque la necesitamos otros días”. Yo colgué y esta voz que me alentó la esperanza, no se me quiere ir de mi oído. La oigo en el día y en la noche de mis amarguras y presentimientos. Y lo peor es que no la considero tan cruel, porque al menos me inyectó combustible para continuar. Ya van más de ocho años desde su llamada... y todavía la necesitan... pero deben saber que no tanto como yo.

“Si estuviera la doctora... –es la voz más escuchada en esta mi empresa, donde Rutbia se desempeñaba como jefa de personal–. Si estuviera la doctora las capacitaciones sobre autoestima y relaciones humanas no se hubieran acabado. Si estuviera la doctora el patrón nos pararía más bolas y más ayudantes de bus se capacitarían para ser buenos conductores. Si estuviera la señorita Rutbia, quizá ya supiéramos trabajar en equipo y no nos gastaríamos la quincena en trago...”. Eso dicen los trabajadores, quienes en las jornada laborales por buscarme juego y cariño vienen a mi oficina y me dicen: “Doña Dolly, vengo por la palabra clave”. A lo que yo de inmediato les contesto entre berridos: “LÁRGUEEEEESE”.

Ese 15 de octubre de 1997, a las 7:30 de la noche, me di cuenta de que habían secuestrado a mi Rutbia. Como a las 12 del otro día, alguien me llamó a decirme que el carro con todas sus cositas estaba en Santa Rosa de Osos. Me fui a recibirlo y no encontré su celular. Comencé a llamarla y a llamarla por el mío, hasta que una voz me respondió diciendo: “No llame a la policía señora, su niña está secuestrada”. Y luego se oyó el cuasi ronquido de un viejo grosero, quien me anunció el costo del rescate que consistía en 600 millones. Yo le contesté que si estaba loco, que ni siquiera el Gobierno tenía ese dinero.

Ahora y siempre, uno de mis tormentos es que la niña piense que no he querido conseguir ese monto que para mí resulta monstruoso. Por eso le hago un álbum con todos los recortes de prensa que han cubierto la lucha de su mamá y el tema de los desaparecidos o secuestrados que nos interesa a muchos dolientes. Lo hago para que cuando ella vuelva, vea que la busco con lo que yo alcanzo a tener: las fuerzas de mi vida.

Entonces de esta manera cambió mi camino... Empecé a ir a donde me decían: que a País Libre, que allí y allá. A tantas partes... que sería una lista interminable. Iba por noticias y me ofrecían ayuda psicológica. Yo les decía: "Pero es que mi remedio está en la selva y si no me lo dan, ¿para qué hacer otras cosas que yo sé que no me van a servir?". Sin embargo, cuando uno pide ayuda desea que al menos lo escuchen. Pero en cambio a uno lo miran como a una basura. ¡Es tan desolador darse cuenta de que muy poca gente es solidaria! ¡Esto es lo más duro! Pero bueno... continuemos. En esa búsqueda desenfadada fui a dar a un grupo de familiares de los militares retenidos por la guerrilla que salían a marchar por la noche y se plantaban frente al Banco de la República, la imagen del Estado acá en Medellín.

En mi primera salida me acompañaron 50 personas, la mayoría eran mis muchachos del trabajo. Nos hicimos al lado de los de Asfamipaz. Yo iba colándome con mi cartelera. Y aunque me di cuenta de que ellos se movían solo por los policías, yo sabía que de soslayo la gente vería a mi hija porque yo tuve la idea no solo de unirme a las marchas de los familiares de los policías retenidos por las Farc, sino de comunicarme con ella por medio de pancartas tipo cartelera, que a manera de vallas, los medios las enfocan y la gente de Colombia y hasta la de otros países las ve.

Cuando fueron liberados los de las Fuerzas Militares traigo a la memoria lo temerosas que estábamos de que la feliz libertad de unos fuera la soledad de nosotras. Al miércoles siguiente a la reunión que cada semana hacíamos mamás, papás, hijos, primos, hermanos o parientes de los desaparecidos o en cautiverio, no llegó ninguna persona relacionada con los entregados de la fuerza pública. De esta manera fue como comenzaron a brillar las imágenes de los civiles, aunque las madres que nos fuimos pegando, quedamos sin la sombra de esa masa, solas y preocupadas porque quizá ya no nos mirarían.

Salíamos por la noche porque aún sentíamos miedo de hacerlo a plena luz, hasta que un periodista nos contó que había en la Argentina un Movimiento de mamás que exigían la verdad sobre sus hijos desaparecidos en la dictadura militar y que se llamaba Madres de Mayo. Agregó que este grupo de mujeres ya tenía conquistas. Nos aconsejó que buscáramos un lugar y una hora más visibles para llamar la atención.

Fue entonces un 17 de marzo de 1999, miércoles al mediodía, cuando tres o cuatro mamás, junto a los familiares de desaparecidos, secuestrados y retenidos salimos a la marcha portando unas 12 fotos, entre ellas la de Rutbia, con la fecha de su plagio y los autores. Escogimos plantarnos en el atrio de la iglesia de la Candelaria. En esta ocasión nos acompañaron la Asamblea de la Sociedad Civil por la Paz –Asapaz– el Instituto Popular de Capacitación –IPC– la Escuela Nacional Sindical y Conciudadana: un mar de gente.

Me inventé la marcha de las carteleras de doble faz, cuando el grupo de mujeres que me acompañaba se llamaba Esperanza Viva. Entonces, primero empecé a sacar a la calle el retrato último de mi hija y una leyenda que le decía: “Te espero en el mismo lugar”. En otra, muy triste, le di una noticia horrible: “Hijita, Lonchis se murió de pena”.

Es que quiero seguir enterándola de todo, y todo también es lo triste, como la muerte de su mascota, su perrita. Lonchis era la razón de ser de la casa, tal como lo perciben los que tienen un perro o un gatico en sus hogares.

A esta marcha siguió la más determinante para el Movimiento: la marcha del “no más” a donde acudí el 24 de octubre de 1999. Marcha que se desarrolló en 28 ciudades del mundo y que catapultó la creación de la Corporación Madres de la Candelaria.

Por concluir, me digo todos los días que yo soy Dolly, y soy fuerte. Me escudo siempre en la camiseta con la foto de mi Rutbia puesta ahí muy cerquita de mi corazón. Me abrigo en mi derecho al grito y me defiendo con los brazos amorosos de mi grupo de Madres. ¡Ah!, y no vivo en el plantón porque tengo que trabajar para que mi alma viva y así se pueda mantener este cuerpo. Pero mi voz los miércoles es llevada por mis trabajadores, quienes no faltan en ese lugar llamado plantón.

Este dolor de vivir no viviendo
Y este sufrir de saber que no vivo,
quieren hacerme querer no queriendo
y desear no escribir lo que escribo...

Luis Fernández A.

Cada vez que Margarita se aloja en mí, se refugia en mi calor, siento que vale la pena seguir adelante como Movimiento. Esa, su historia de mujer violentada en su cuerpo y en su alma, es la vida de muchas otras habitantes de un mundo paradójico, donde los adelantos de la tecnología no van a la par con el desarrollo de mentalidades civilizadas humanistas y justas.

Yo como Movimiento no me llamo violencia, no hago parte de ella, pero sí soy resultado de muchas violencias. Gracias a ellas, soy un sentimiento herido. Un intangible político que está al servicio de las personas. Soy un movimiento de víctimas.

YO SOY MARGARITA

La que no ama la vida, pero la que encontró en el Movimiento unos brazos que abrazaron sus dolores

Yo no puedo contar todo mi cuento porque no acabaría. Eso formaría el libro más gordo del mundo. Tengo mil y mil dolores y mucho rencor. Para empezar, creo que vidas como la mía no valen la pena vivirlas.

Mi historia comienza cuando tenía 15 años y vivía en el campo. Entonces mi mamá, por regalarme algo quizá, me llevó al pueblo donde una madrina. Al pasar los días, un muchacho se enamoró de mí y yo también de él. Con ese corazón fresco del que ama sin razones, nos hicimos novios. Aquel muchacho era conservador. Yo en ese entonces, no sabía, ni entendía ni me interesaba nada de esas cosas que dicen que es la política. Cosas que luego con sangre de mi sangre aprendí. Por inocente, por eso, los bandoleros me agarraron, porque yo era la novia de un conservador. Hoy recuerdo el llanto y las súplicas de mis papás para que me soltaran, la lucha por arrancarme de sus manos. Pero esos tipos que ya tenían el corazón muerto no cedieron. Me tocó irme con ellos rumbo a mi otra vida...

Desde ese momento tuve que andar por todas partes. Los tenía que seguir aunque yo no fuera capaz de disparar que era lo que más les importaba. Cada día y en cada recorrido lloraba por los míos. Entonces me obligaron a andar por los montes de Pabón, Urrao y La Guamala. Me metían por esas montañas. También por los Azules que pertenecen a Santa Fe de Antioquia y por Güintar que es de Anzá. Todo eso me lo caminé con el corazón vuelto pedazos por lo que dejaba y por el miedo tan insufrible que cada día se siente cuando se duerme y se vive despierto mientras se soporta una ausencia forzosa de constante zozobra.

Comenzaron por ponerme retos tan crueles como el de matar a un tipo amarrado. Pero yo más bien me hacía golpear. Eso no me nacía. A mí no me habían criado para eso. Esa cosa horrible de matar no se me pasaba por la mente, porque sabía que era muy duro para los familiares. Yo pensaba en mis padres todo el día y, mientras tanto, dicen que ellos sufrían mucho, pero que a lo último no tuvieron más que resignarse, con esa sabiduría que nace del reto que impone la sobrevivencia.

Fueron pasando los días y me dejaron en una vereda. Pero al poco tiempo llegó la policía a preguntar por mí, diciendo que me iban a matar porque yo me había ido con esos bandidos por gusto. Yo me escondí y al otro día salí de la vereda escapándome con dos muchachos bandoleros que dijeron que no me dejarían, porque yo era hermana de ellos, de lucha. Entonces al otro día de haber salido, esa misma policía mató a varios de mi familia y les quemó la casita a mis padres.

Después de mucho andar y sudar, llegamos de vuelta a los Azules cuando eran las dos de la mañana. Apenas el capitán me vio delante de él, me preguntó que yo qué estaba haciendo por allá. De inmediato los muchachos le contestaron que qué quería, que si él no había sido capaz de matarme, cómo pretendía que ellos dejaran que la ley me matara. Él entonces resolvió que yo estaría bien utilizada sirviendo de mula para montarme, no solo él como capitán, sino también el cabo. Así, tuve que ser la mujer de los dos. Sin embargo, a lo último, él mismo me dejó como su propiedad privada para poder hacerme todo tipo de maldades. Yo mientras tanto respiraba odio y asco. Más adelante quiso que todos abusaran de mí, pero mis compañeros se compadecieron, porque les dio mucha lástima de mí.

Pasaron varios días y ese ser tan cruel dizque se enamoró de mí. Vivimos un largo tiempo, porque yo salí embarazada. Me tocó tener mi primer niño por esos montes. Luego, en 1953, se arrojó la vida

cuando subió a la Presidencia el general Rojas Pinilla. En ese año, ese, mi marido, se entregó. Yo le dije que por qué no me dejaba, que era fácil, que me soltara ya, porque yo no lo quería. Pero gracias a su verbo, me juró que me quería mucho y que por lo tanto no esperara la libertad. La conclusión fue que me tuve que resignar a seguir viviendo esa horrible vida unida a él.

Cuando tenía seis hijos resolvió casarse conmigo. Comenzó una tercera parte de este cuento cruel que es mi historia. A diario vivía borracho, dándome palo y violentándome con el poder de mandón que le dio la cultura y el destino. De esta manera, yo no podía hacer nada. Ni siquiera intentar dejarlo, porque siguió siempre con las mismas amenazas de acabar con lo que me quedaba de familia, que era mi refugio. Me tuve que aguantar hasta que creció el primer niño, quien cuando cumplió unos 17 años, reflexionó sobre el horror de mis días. Yo para entonces tenía doce niños, todos chiquiticos. Resulta que una noche llegó y como siempre quiso abusar de mí delante de ellos. Entonces ese hijo mayor se le interpuso diciéndole que ya no se entendiera conmigo, sino con él que estaba convertido en un hombre...

Ese pedazo de marido mío no respondió ahí mismo como un macho, sino que se inventó la peor de las venganzas y de las ofensas para mí: le dijo a mi hijo que unos conocidos le tenían un trabajo muy bueno. El niño ingenuo se fue y resultó implicado en el atraco de un bus que iba para un pueblo. Fue así como el *pelao* fue a dar a la cárcel, quedando mi marido de nuevo como dueño y señor de la señora. Cada vez que yo le reclamaba el hecho de haber sido el culpable de que su propio hijo estuviera en la cárcel, me pegaba un golpe.

Hasta que un día no aguanté más y resolví escapar con mis muchachitos. Le pedí ayuda al cura, contándole lo que me hizo esa última vez cuando se me tiró con toda la fuerza encima donde yo estaba

acostada (porque yo no dormía con él) y me violó a la vista de los niños. Después de eso comenzó el cuarto calvario. Fueron los peores sufrimientos, porque a donde llegaba me hacía salir con mis hijos. Los crié con mucho miedo porque siempre me buscaba para matarme.

Hoy hago un triste balance de este pesado vía crucis y, a pesar de todo lo que luché y dejé de hacer, tengo cuatro hijos muertos y uno desaparecido. Este último es lo que me tiene aquí de frente y junto a las Madres de la Candelaria.

Mi vida, como todos pueden ver, ha sido muy dura. Yo no supe lo que era alegría y juventud. Ya mis padres murieron y a mis hermanos los mataron. Me fue mal. Me secuestraron para ser violada y tener los hijos en esa condición. Esto es lo peor. Uno sin querer al hombre, ¡qué horror! Y por consiguiente, un niño que viene al mundo sin amor viene agresivo, y así fueron y son mis hijos.

En cuanto a mí, pienso que yo fui un animal y así me dicen. Me increpan diciéndome que, ¿cómo pude haber tenido tantos hijos de esta manera? Hasta se atreven a decirme que yo soy una sinvergüenza. Yo mientras tanto no me respondo, no puedo o no lo sé. Pero lo que sí aseguro es que hijos con tanta rabia no se deben procrear de ninguna manera. Y que tampoco es justo juzgar las acciones de los otros, cuando no se viven las circunstancias. Es que nadie puede latir en el corazón del otro, porque frente a las carencias afectivas, al deseo de ternura, aunque sea momentánea, y a la urgencia del deseo, ninguno de los seres humanos sabrá cómo responder.

Aquí en el Movimiento Madres de la Candelaria todas se casaron o tuvieron novios. Probaron el amor y eso es suficiente aliciente en la vida. Yo me casé, pero obligada y ya vieja, para irme al infierno. Yo vivo triste, esta vida es una desgracia. Cuando percibo la alegría

a mi alrededor siento una honda tristeza. Uno porque se distrae en el Movimiento, se pone un poco alegre. Hoy es la única alegría que tengo. Todas aquí nos consolamos. Los miércoles me distraigo. Esos días significan mis vacaciones y mis fines de semana. Yo no sabía qué era eso de distraerme.

No solo llevo el peso de mis muertos, de mi desaparecido, sino que mi hijo menor está en la cárcel de Cóbbita. Es que esa herencia hizo mella en él. La sangre definitivamente tira. Este legado de violencia como que se porta en los genes: en esas cadenas de eso que me muestran y que las llaman ADN o huellas de la vida. Es que cuando se ven cosas tan duras en casa y no priman los buenos ejemplos es muy difícil, casi imposible, sacar hijos buenos y centrados. Se van acostumbrando a todo lo malo, hasta al secuestro.

A mi hijito lo pusieron a cuidar un secuestrado y él le echó el cuento al señor para que se volaran porque estaba harto en el oficio. Así lo hicieron y cuando estaban llegando en un bus a la ciudad, hubo un operativo militar y lo pillaron con el secuestrado. Y aunque el señor imploró que lo soltaran, que el muchacho había sido utilizado, no lo oyeron porque la ley es terca y sorda con los pobres. Se lo llevaron para Cóbbita y ahora yo tan pobre, cuándo conseguiré el dinero para ir a ver a mi hijo, que no deja de serlo aunque se haya equivocado. Un hijo es como una herida abierta siempre: siempre te duele...

Hoy tengo nietos que me dan vida, pero he intentado matarme. ¿Para qué esta porquería de vida? El Estado no me ayuda y la Iglesia tampoco. Entonces veo todos los caminos cerrados. Me quiero morir. ¡Esta vida no vale nada, pero es nada!

Pero de todo lo duro, de lo duro, lo más duro, es tener un hijo desaparecido. Es que a una mamá no se le pueden perder los hijos de

la vista porque comienza a no respirar por sí misma. Casi todas nos acordamos de que cuando estaban pequeños y se perdían un instante, a uno le provocaba tirársele a un bus. ¡Qué desespero tan horrible se siente! A mí me pasó con el menor cuando tenía tres años. Un día salí con él y se me soltó de la mano. Yo parecía una loca buscándolo y el niño muy vivo comenzó a preguntar: "Señor, ¿usted no conoce a mi mamá?". Entonces un muchacho lo llevó a Radio Súper y al fin lo recuperé. Pero me quería morir y arrancar todo... Entonces, ¿cómo será lo que se sufre cuando pasa el tiempo y nada de señales..?

Yo a pesar de todo sigo siendo Margarita, la bajita, la de pelo crespo y ojos caramelo. La que usa gafas para poder seguir buscando. La que quiere mantenerse bonita, porque sabe que renunciar a su ser de mujer sería traicionarse. Sería condenarse a no hacer parte de esas otras cuyo dolor y esperanza se llama Madres de la Candelaria.

Le regalé una paloma al hijo del carcelero.
Dicen que la echó a volar sólo por verle el vuelo.
¡Qué hermoso va a ser el mundo del hijo del carcelero!
Le regalé un halcón al hijo del terrorista;
él le cortó pico y garras para que no hiciera más víctimas.
¡Qué hermoso va a ser el mundo del hijo del terrorista!
Di semillas de esperanza al hijo del general;
él se puso a sembrarlas con el fusil de papá.
¡Qué hermoso va a ser el mundo del hijo del general!..

Fragmento del poema de Antonio Machado, "Hacer un mundo nuevo".

Everlys se aferra con fuerza a Dios. Dice caminar con las Madres de la Candelaria de la mano de Él. Y yo como Movimiento abro mis brazos a todos los credos: todos son respetados. He entendido que soy política y a la vez muy espiritual, porque la gente en circunstancias difíciles busca un refugio.

YO SOY EVERLYS CAROLINA

La que sublimó el amor

Nací en Pinillos un municipio del departamento de Bolívar, el día 21 de mayo de 1931. Mis padres se llamaban Abimael Palomino y Astenia Tovar. Hoy exhibo una piel morena. Del color de la piel de las mujeres y los hombres indios, los nacidos en la India. Soy fuerte, alta y elegante. Mi acento costeño conservado es mi marca de fábrica. Abogo siempre porque no nos apartemos de Dios fuente de toda gracia. Soy Everlys Carolina, pero casi todos ignoran mi segundo nombre.

Cuando tenía tres meses de nacida mi papá murió. No lo conocí ni siquiera en foto. Crecí en el hogar de mis abuelitos maternos quienes me querían mucho. Mi mamá era maestra y cuando le tocaba trabajar por fuera de Pinillos me dejaba con aquellos queridos abuelos y con mi hermanito quien era mayor que yo dos años. Crecí educada en el cariño, pero también en la severidad que afloraba cuando cometíamos una falta. Seguramente carecí del amor de un padre y de la presencia constante de una madre.

A la edad de ocho o nueve años mi mamá me llevó para Barranquilla a la casa de su hermana, casada con un primo hermano de mi papá. Mi tía me quería y cuidaba mucho. Para ella era otra hija. Nos enseñó muchos valores. Mas yo no parecía hermana de una de las dos primas, porque ella sentía que yo me disputaba el amor de su mamá. Por esta razón, a ratos me hacía la vida imposible. Para ese entonces, yo era muy creída, es decir, vanidosa u orgullosa. Allí en Barranquilla hice mi educación primaria, secundaria y universitaria hasta graduarme de contaduría pública y también en correspondencia. Yo siempre fui disciplinada y buena estudiante.

Cuando terminé mis estudios, mi mamá, que nunca me visitó, luego de tantos años, fue a buscarme y me trajo de nuevo al pueblo de Pinillos. Como era de esperarse, yo no me adapté porque no había campo para trabajar. Además cuando se me presentaban admiradores mi mamá no dejaba que se me acercaran. Ella decía que cómo le iba a pagar lo que había hecho por mí, enamorándose. Yo tenía claro que a ella le debía el haberme dado la vida y la bendigo por ello. Pero fueron mis abuelos mis verdaderos papás porque me criaron con mi tía quien me dio lo máspreciado: la formación. Cada día ruego al cielo por ellos.

Estando en Pinillos, con el permiso de mi mamá me fui con unas amigas para el Bagre (Antioquia). Allá tenía la posibilidad de trabajar. Existía una empresa extranjera donde un primo mío por parte de padre tenía un buen puesto administrativo. Él me recibió muy bien y me llevó a vivir donde una prima por parte de mi mamá que era casada y a quien yo no había conocido antes. Comencé entonces a trabajar, pero no con la empresa extranjera, sino en una oficina en donde uno de los empleados me enamoró.

Empezamos un noviazgo que terminó para mí con las consecuencias de un embarazo y la negativa de ese novio a responder por el fruto del amor de ambos. Se repetía la historia de siempre: la que todas las mujeres conocemos y en la que muchas caemos. Yo, sintiéndome burlada y profundamente triste, me le enfrenté a la vida sola y continué trabajando hasta que mi mamá vino al Bagre a reunirse conmigo y el niño, mi primer y único hijo varón.

Empecé a sentirme más tranquila con mi madre a mi lado. Cuando mi hijo tenía seis años me volví a enamorar y me casé con un hombre profesional y maravilloso que decía quererme mucho. Yo solo veía por los ojos de él. Pero cuando su familia se enteró de que había sido

madre soltera, comenzó a maltratarme con palabras muy feas y dolorosas, en especial su mamá y una hermana.

Nosotros éramos sin embargo una buena pareja y tuvimos dos hijas. Un día, cuando la mayor tenía siete años y la pequeña tres, este hombre tan amado nos abandonó aquí en Medellín donde vivíamos. Se fue con otra mujer en el momento en que yo soportaba su maltrato verbal y físico. No me explico por qué un hombre no se despidió del amor sin dejar huellas de violencia en nuestros cuerpos y en lo más profundo de nuestra memoria. Pero creo que Dios me hizo el milagro de sacarlo fuera de mi vida, la que era ya un infierno con él. Al principio pasé muchas necesidades con mis tres hijos, pero Dios puso en mi camino manos generosas que me ayudaron. Empecé a trabajar en mi carrera, mientras mis hijos estudiaban. Tanto mi niño mayor como mis niñas eran excelentes estudiantes y obedientes hijos.

Como la vida es sabia y va mostrando caminos, entonces dos de los primeros patrones que tuve eran políticos. Con ellos trabajé cinco años y me fue muy bien porque me ayudaron a conseguir casa en el Crédito Territorial. Más tarde en la empresa –donde me pasé a trabajar porque pagaban más– duré veinte años y de allí salí pensionada.

Pude así educar a mis tres hijos. Mi hijo mayor terminó Derecho en la Autónoma Latinoamericana y se especializó en Derecho Penal. Y en la Universidad Pontificia Bolivariana hizo su posgrado en Derecho Administrativo. Las dos especialidades se las costó él solo. Y el bachillerato y la carrera de abogado también, gracias a que estudió becado. Era mi orgullo de madre. En cuanto mis niñas, una es ingeniera química de la Universidad de Antioquia, especialista en docencia en la Universidad Cooperativa de Colombia. La menor es contadora pública y ya se casó.

Pasé necesidades por algunas circunstancias, pero empecé a tener nietos y a ver en ellos la obra de Dios: mi hijo tuvo ocho hijos, mi hija casada tiene dos: los diez son la alegría de la abuela. La otra vive conmigo, es soltera y trabaja en varias universidades como docente.

Pero como la felicidad es de instantes luminosos y centelleantes, le tocó el turno a la noche de tinieblas: me desaparecieron el hijo de mis amores. Se llama Alberto Cerro Palomino. Trabajaba en el Bajo Cauca antioqueño, asesorando –como académico– a los alcaldes de los municipios de Tarazá, Cáceres, Cauca y Zaragoza. Se vinculó a esa región porque su abuelita materna era docente y trabajaba allí donde él pasaba las vacaciones con ella. Había sido concejal de Cauca en dos períodos.

En la noche del martes 10 de febrero del 2004, mi hijo me llamó y me contó que un amigo lo había invitado a que fueran al Bagre, Antioquia, donde lo iba a presentar a las autoridades de allá, para que promoviera un seminario sobre la *Ley de Justicia y Paz*. Me dijo que le parecía rara esa invitación, que tenía un mal presentimiento, que oráramos a Dios. Yo entonces le dije que no fuera. Me quedé muy preocupada. Tuve esa noche pesadillas horribles con él. El miércoles a las 7 de la mañana me dijo que me tranquilizara que ya había resuelto no viajar. Mientras tanto, yo descansé un poco.

Pero el 12 de febrero un jueves a las 9:15 de la mañana me llamó del Bagre y me dijo que estaba allí promocionando el seminario sobre la *Ley de Justicia y Paz* que se realizaría con las autoridades de la región. Recuerdo que casi me muero del susto. Me sorprendí mucho porque lo noté muy nervioso: como sino pudiera hablar, parecía como si alguien estuviera a su lado. Le pregunté por qué había ido allá y me contestó que no había tenido otra alternativa.

Lo más hermoso, pero también lo que más me llenó de malos presentimientos, fue que con la voz muy emotiva me dijo que me quería mucho y que por la tarde me llamaría de Caucasia. Llamada que nunca recibí. El sábado de la misma semana una amiga de mi hijo se comunicó conmigo. Me contó asustada que Alberto no había regresado y que no la había llamado para nada y que entonces algo malo le había pasado

Desde ese momento, empezó mi angustia. Llamé a Caucasia a varias personas que no supieron decirme con quién habían visto a mi hijo la última vez. Pero al fin alguien me señaló que, ese jueves, un fulano estuvo en el Bagre y almorzó con Alberto y que como a las cuatro de la tarde –cuando ya se regresaba– dejó a mi hijo hablando con el Fiscal. Ese informante me dio los teléfonos de todos los medios de transporte del Bagre a Caucasia. Pero solo el día lunes pude hallar al tal fulano.

Hablamos por teléfono de 6 a 7:30 p.m. Al principio estuvo muy agresivo. Pero al fin no pudo resistirse a la súplica de una madre angustiada y desesperada. Me contó entonces que Alberto en el momento de su desaparición se encontraba en Caucasia llevando un caso de un señor que fue candidato de un municipio de Córdoba para las elecciones del año 2003. Que dicho señor había perdido las elecciones, pero que de inmediato había resuelto demandarlas porque el ganador estaba inhabilitado. Sucedió entonces que él, como amigo de Alberto, había servido de puente para que la parte demandada, su abogado y un hermano de este, quien había sido defendido por mi hijo y sabía de sus capacidades, se reunieran.

En dicha reunión, dijo el supuesto amigo, a Alberto le ofrecieron cien millones de pesos para que se quitara del caso. A lo que él había respondido que no aceptaba dicha propuesta porque tenía su palabra

empeñada y un compromiso sagrado con su defendido. Además que no se vendía, porque el dinero se acababa y la reputación quedaba perdida. Agregó además que esos señores le habían preguntado a él qué opinaba sobre esa respuesta del abogado y que él había contestado que si el señor Cerro no aceptaba, él no podía hacer nada. También me dio los nombres de esas personas y algunos de sus teléfonos.

Al miércoles siguiente, cuando volví a llamarlo, complementó la historia diciéndome que Alberto se había quedado en el Bagre y el fulano se vino el mismo jueves, porque el viernes a las 8 a.m. tenía una reunión en Montería con las Auc.

Fue así como desapareció. Desapareció de mi vida como se desaparecen las nubes cuando la mañana es diáfana. Desapareció, desapareció... Y desde ese día mi vida no tiene norte, ni alegría. Se llevaron el corazón mío que ya no vibra a la manera costeña, como mi sangre me lo había dispuesto. Yo había materializado en ese hijo hombre, todo el amor frustrado de una hija por un padre que no pudo abrazar. Siento que después de esto no hay nada peor: un eterno velorio con un vivo muerto. Muerto para el miedo y vivo para la esperanza. Y uno sin saber qué hacer...

Hoy como persona, como madre, como mujer, solo me sostienen el amor a Dios que me ha enseñado a aceptar y perdonar, y mi vida en el movimiento Corporación Madres de la Candelaria - Línea Fundadora. Movimiento al que llegué por las eventualidades, que no son tales cuando la vida le reserva a uno posibilidades. Resulta que un día mi hija pasó por casualidad por el Parque Berrío cuando vio y oyó cómo las madres y los padres de la Candelaria gritaban sus consignas y exhibían con coraje las fotos de sus desaparecidos y secuestrados.

Se acercó y habló con Amparo Mejía quien me mandó a decir que la llamara. Mi hija me llevó los teléfonos. Yo en seguida me comuniqué y me dispuse a dejar mi soledad en casa descansando. Decidí plantarme en medio de tantos dolores para que acogieran el mío. Allí encontré en dónde recostar mi humanidad, puesto que mi espíritu lo tengo apoyado en Dios que es mi refugio. Ese ser que me da la fortaleza de cada día para buscar la verdad y enfrentarme a lo que ella me revele.

Confieso que a veces siento que no saber nada aún es como una droga que dopa, que altera, pero a la que es difícil dejar, porque pareciera que al abandonarla se apagaría la llama que te mantiene viva. Quiero saber qué pasó con mi hijo. Pero al mismo tiempo siento ¡un horror!.. Toda su familia espera esta verdad. De veras que en este cansancio del alma, se sueña con acabar con la incertidumbre que nos atormenta, aunque en el fondo no den miedo las certezas.

Yo viajé a Caucasia donde dizque nadie sabía nada. No me dejaron ir al Bagre. Me dijeron que era muy peligroso. Entonces no tuve más que regresar con mi corazón deshecho. Desde ese día mi salud se ha quebrantado mucho. Mi hijo era mi apoyo moral y también económico. Cuando estaba en la casa me hacía la comida, se preocupaba mucho por mí. Me llevaba el desayuno a la cama. ¡Era tan, tan especial! Buen hijo y buen padre: de sus ocho hijos, cinco son varones y tres son mujeres. Todos salieron inteligentes y estudiosos como el papá.

Cuando Alberto desapareció ya tenía dos profesionales: una niña ingeniera de sistemas de la Eafit, con posgrado en gerencia de proyectos de la Bolivariana. Y uno de los hombres, comunicador social de la Universidad de Antioquia. Una niña cursaba tercer semestre de medicina en esa misma universidad. A todos los afectó mucho. Sin embargo, los dos menores son los más afectados. Uno estudia diseño

gráfico y el otro, que estudiaba ingeniería electrónica en la Universidad de Antioquia, becado por el municipio porque sacó las pruebas lcfes muy altas, canceló el semestre en este año 2007. Eso me pone muy triste. Él se ha vuelto muy rebelde. En cuanto a la mamá de estos muchachos, sufre mucho con la rebeldía y el cambio de su hijo.

He recibido apoyo espiritual de la Iglesia a la que asisto, llamada Centro de Formación y Liderazgo Cristiano (Cenfal) y recibí una gran ayuda de la OEA para escribir la historia nuestra: Madres de la Candelaria - Línea Fundadora. Estoy buscando la verdad por medio de la Fiscalía. En la audiencia del señor Diego Murillo Bejarano, le pedí que me hiciera el favor de averiguar con los jefes de esa zona qué pasó con mi hijo. Y que si está vivo y lo tienen en cautiverio, que le den la libertad. O que si Dios permitió en su sabiduría que le dieran muerte, me digan dónde están sus restos.

Una tierra sin memoria
no nos cobijará jamás;
nuestra luz se irá apagando
desamparada morirá.
Más, si cada hombre viera
la fuente clara de la verdad
y, en el viejo fundamento
su pensamiento dejara andar.
Llovería donde debe
y en ese instante la claridad
fundaría un nuevo día
bajo este claro azul sin par...

Víctor Heredia

Yo como Movimiento descubrí que Amanda es parte de la historia con dimensión nacional. Cuenta vivencias porque es una víctima directa, tiene memoria y está viva. Sé que ella no quiere perder la presencia de los hechos, por eso trabaja intensamente para que estos acontecimientos no se transformen en leyenda. Entonces se decidió a narrar su vida, a dar su testimonio mientras amamanta a su pequeño, un hermoso bebé... que crecerá al arrullo de las Madres de la Candelaria.

YO SOY AMANDA

La campesina que cambió el fresco verdor que brota en el oriente antioqueño, por el gris esperanzador del Movimiento...

Mi familia es aserradora de profesión y de *nacencia*, como decimos los campesinos cuando nacemos siendo o somos por herencia. Pero lo malo es que en este país a todo aserrador lo acusan de ser guerrillero. Mi historia toda está unida a este satanizado oficio. Poseo marcas imborrables en mi cuerpo que hablan y me hablarán por siempre de este hecho. No entiendo aún, por qué en Colombia lo condenan a uno a una especie de cadena perpetua por el oficio que un día construyó la vida de sus ancestros y su familia cercana.

Yo nací el 23 de diciembre de 1971 en una vereda del Carmen del Viboral llamada La Esperanza. A los dos días de nacida me registraron y allí también me bautizaron con el nombre de Amanda de Jesús. Esto sucedió en Cocorná, Antioquia. Mi papá se llamaba José Ignacio y mi mamá María Oliva. Ellos me contaban anécdotas de mi niñez para darme gusto, porque a todo ser humano le atrae conectarse con sus recuerdos y con esos hechos que su memoria no alcanzó a registrar. Me contaron que nací en la casa sin necesidad de llevar a mi mamá a un hospital debido a que mi padre era partero y también mis abuelos: José Dolores y Evangelina. O sea que, estos seres maravillosos que acompañaban el nacer eran además aserradores.

Mi papá se convirtió, gracias a sus manos amorosas y a su carisma lleno de paciencia, en el partero de la vereda y, aún más, en el de otras veredas vecinas. Así, a ninguna mujer la tenían que llevar a un hospital impersonal y frío a tener su hijo. Mi papá era, por obra y gracia de su delicadeza y de su pericia, el medio para que muchos viéramos la luz sin problemas.

Cuando yo tenía siete años me entraron a estudiar junto con mis otros dos hermanos mayores. Recuerdo cómo los niños –cruels en esa etapa de socialización– me pegaban y me quitaban los cuadernos y me los empantanaban. También cómo me volé cuando mi padre un día me iba a pegar por haber dejado mojar en un pantano a una de mis hermanas pequeñas que estaba enferma. Entonces no sé qué hizo él para que un perro negro (que yo creía que era el diablo) se me atravesara en el camino, llenándome de miedo.

Yo ahí mismo corrí y me abracé a mi papá quien se puso a rezar la oración del *Padre Nuestro*, a medida que iba diciendo que “sin permiso los niños no podían volar”. Entonces con una rama me obligó a subir para la casa, entró a la cocina y me amarró a un palo. Yo después le pregunté que por qué estaba haciendo eso conmigo y me respondió que era para que aprendiera a no correr de huida cuando me fueran a castigar, porque me llevaría el demonio. “¡Pero mire! –le grité–, es que usted me da muy duro; ¿por qué no me mata de una vez?”. En seguida yo me planté quieta, hasta que me sacó sangre de mis piernas. Heridas que me dejaron cicatrices imborrables.

De nueve años empecé a trabajar cargando varas para envarar tomate y frijol, con el fin de ganar plata para comprarme lo que necesitaba. Ya cuando tenía 12 años, empecé de serrucho en mano a aserrar madera al lado de mi compañero de trabajo que era mi papá. Recuerdo que cuando mi hermana mayor se consiguió el primer novio a la edad de 14 años y le tocó un seno, ella lloraba y berreaba, porque mis padres le habían dicho que uno no se podía dejar tocar ni tan siquiera un dedo del novio, porque quedaba embarazada. Yo que ya sabía algunas cosas, le dije que eso era mentira porque uno tenía que tener relaciones sexuales para quedar encinta.

Mi papá me pegó y me preguntaba que quién me había enseñado todo eso. Enseguida me sentenció con que no me iba a dejar conseguir novio hasta que tuviera 18 años. Sin embargo, yo no le hacía caso y me los conseguía al escondido. Pero cuando cumplí los 18, tuve la valentía de presentarle al de turno. Por supuesto que me lo que rechazó. No le valían los argumentos de que era un buen muchacho. No obstante, yo entendía su temor por mí. A él lo atormentaba mucho el hecho de que mi hermana sufriera tanto con el esposo, quien le pegaba y la trataba muy mal.

Yo era muy rebelde. Mi mamá me tiraba con la vajilla de loza porque yo peleaba con mi hermana. Desde eso, a mí no me gustó estar en la casa sino trabajar duro. Cortaba madera, aserraba y sembraba yuca y caña. Todos los domingos era yo la que mercaba y mi papá cargaba el costal. El problema era que mientras mi papá llevaba el mercado a la finquita, yo me quedaba con mi novio en el pueblo. Pero cuando ya me disponía a regresar y llegaba a la autopista para coger la trocha, me encontraba a mi papá que me estaba esperando con un reloj y allí mismo me daba duro por demorarme tanto.

Un día pedí permiso para irme a trabajar a Medellín. "Quiero cambiar de trabajo. ¡Esto es muy duro!", les dije. Me contestaron que *ni de riesgos*. Entonces a los días me volé de mi casa sin hacerle caso al diablo. Pero muy pronto me tocó volver. Porque ellos, mis padres, me echaron una maldición. Fueron donde un cura para que les ayudara a que me la pasara mal y tuviera que regresar. Y al parecer, tal maldición funcionó: me robaron todo, me dieron escopolamina, por lo que me tocó volver derrotada. Entretanto, en la vereda corría el chisme de que yo me había ido a vivir con el novio. Sin embargo mi papá contestaba: "Eso es imposible, no ven que el muchacho no se ha movido de acá".

Al regresar dejé ese amor y me conseguí tres novios más. A todos los fui dejando, porque era muy fregada y por algo que me hicieran, *de una* los abandonaba. Luego tuve amores con un soldado que quise mucho, hasta que un día cuando charlábamos me dijo: "Voy a llamar a mi mamá a Barranquilla, ahora nos vemos". Yo que soy fregadita, sospeché y me escondí por el pasaje comercial. Y sí señores, que lo encontré con otra. Entonces de una vez terminé esa relación. Como él decía quererme mucho, me rogaba. Pero conmigo no juega nadie. Más tarde tuve otro, que fue mi último amor de joven.

En 1993, mi familia estaba compuesta por 11 hermanos y mis padres. El 7 de octubre de ese año, a las 4:30 a.m. aparecieron en nuestras vidas unos hombres encapuchados con fusiles y armas cortopunzantes como machetes. Llegaron a la misma casa que ocupábamos desde siempre en la vereda La Esperanza del Carmen del Viboral. Irrumpieron haciendo bulla por los alrededores y golpeando al perro. A las 5:30 a.m. se levantó mi mamá a despacharnos para el trabajo y cuando salió al patio a recoger agua vio que una gente estaba escondida detrás de las piedras. Ella entonces se devolvió a llamar a mi papá para contarle lo que estaba pasando, pero no lo dejó salir a mirar porque temía lo peor.

Ellos, esos hombres, se fueron acercando y nos llamaban a uno por uno por nuestros nombres. Como ninguno salía, empezaron a disparar, hiriendo primero a mi mamá que quedó tirada en el patio. Hirieron también a mi papá quien trataba de pedir una explicación sobre aquello tan horrible. Mientras mi papá inmóvil los observaba, yo fui a salir de la sala sacando primero mi pie izquierdo y ahí mismo recibí el primer disparo. Cuando mi papá gritó: "¡Mataron a mi hija!", estaba inocente todavía de lo que le había pasado a mi mamá. Y en ese mismo momento, le tocó el turno a él. Entonces, le dieron un tiro por la espalda. Yo me fui arrastrando hacia la cocina. Y aunque no

estaba consciente de ello, antes de llegar, dicen que me paré en el cuarto y bajé a mi sobrina que estaba colgada de una viga bregando a fugarse.

Luego, dizque seguí arrastrándome hasta encontrarme con mi padre que yacía en la cocina tirado. Ellos, los delincuentes (porque no estoy segura quienes eran), gritaban que abrieran la puerta, que eran el Ejército y que nos iban ayudar. Entonces, como nadie abría, nos amenazaron con tirar unas bombas. Como seguían insistiendo en que eran la ley y que nosotros necesitábamos ayuda, los niños pequeños –que aún creían en esa institución–, abrieron. De inmediato entraron a la cocina y acabaron de asesinar a mi papá. A mí de entrada me dieron un disparo en la cabeza y ahí fue donde perdí mi ojo derecho. Luego me propinaron un machetazo en el brazo izquierdo y un tiro en el hombro del mismo lado. Como resultado de su bestialidad me dejaron estas huellas para toda la vida.

Pronto salieron al patio y a mi mamá ya herida le quitaron de los brazos a Saúl, que era el menor de la casa, de tan solo 10 años, al que elevaron de una patada. A ella la estrangularon. No satisfechos con su obra, se devolvieron otra vez y asesinaron a mi otra hermana Noemí, la mayor, a quien le volaron toda la cara. Ella dejó cinco hijos entre los 18 meses y los 10 años de edad. Y como para rematar su obra, antes de irse, le dijeron a mi otra hermana que tan solo tenía 16 añitos: “Ahí te dejamos viva, perra hijueputa para que luchés por toda esa chinchamenta¹ que te queda”.

1 Me contaron luego que esta niña desesperada, sin poder llorar, lo único que vociferaba era *ya no más*, mientras los desalmados le ordenaban no hacer bulla exigiéndole que calmara a todos *esos chinches*, que en total eran doce: siete hermanos y cinco sobrinos. Entonces, en un momento dado, se salieron dos de mis hermanitos por el techo de

Localismo con el que se nombra a los niños pequeños, que, como pequeños, son necios y a veces insoportables como el chinche que pica.

la casa y, como por la parte de atrás había más hombres armados, les dispararon e hirieron a uno de ellos. Por fortuna, la bala solo alcanzó a rozarle una parte de su piecito. Mientras esto ocurría, todas las escorias que estaban dentro de la casa me pisoteaban para ver si yo estaba muerta y, cuando creyeron que de verdad lo estaba, ahí sí dijeron: “Vámonos ahora mismo que esta hijueputa ya está muerta”.

A los 20 minutos llegaron los del Ejército y, entre ellos, estaba mi ex novio. Él fue el primero que pudo comprobar que yo estaba viva. Pero fue tan grande el impacto de ver semejante escena tan dantesca, y mi estado era tan terrible, que quiso pegarse un tiro. De suerte que los compañeros lo tuvieron que desarmar y amarrar. Entonces los demás soldados salieron a la carrera conmigo acompañados de los vecinos y me trasladaron para el hospital del Santuario, donde me prestaron los primeros auxilios. Debido a la gravedad de mi estado, me remitieron para el Hospital San Vicente de Paúl. Yo iba casi muerta, inocente de que otra parte del Ejército se quedó haciendo el levantamiento de los tres cuerpos y llevándolos para El Santuario, donde al otro día, con la ayuda del pueblo santuariano, les dieron cristiana sepultura.

Luego, todos los niños y niñas fueron repartidos a los padrinos y vecinos, porque mi hermano mayor perdió el sentido por mucho tiempo. Fue algo tan impactante, que hasta el perrito que era el acompañante de mi padre quedó también loco. No hacía sino correr y correr aullando por el jardín.

Yo duré inconsciente ocho días. Por consiguiente, olvidé todo lo que había sucedido. Ya cuando recuperé algo de mi memoria, preguntaba con insistencia por mis padres y el resto de la familia. En el hospital me decían que ellos estaban bien. Pero yo en mi soledad y desespero lloraba y lloraba. Cuando en el hospital me pasaron la primera llamada telefónica que me hicieron, era mi otro hermano que se encontraba

en Ciudad Bolívar y me preguntaba que si era verdad que habían asesinado a mis padres y a mi hermanita. Yo le dije que no, que la herida había sido yo, que solo era yo. Resulta que los médicos habían prohibido decirme algo debido a mi estado de salud tan delicado.

Ellos no daban un peso por mi vida. Me tuvieron que sacar mi ojo. También me iban a cortar mi pierna, pero yo les suplicaba que le diéramos una espera y que, si no me aliviaba, que me dejaran morir mejor. En esas, todo el mundo me animaba diciéndome que al parecer mi Dios no me necesitaba todavía y que además mis hermanitos me esperaban.

A los dos meses me dieron de alta sin saber adónde ir. En esas apareció un primo, que era el mayordomo en la finca Buenos Aires. Les pidió a los patrones que si le permitían llevarme para allí mientras me recuperaba. Ellos dijeron que sí y que también iban hacer lo posible para ayudarme, aunque no me conocían. Me escondieron en ese lugar porque temían que de pronto volvieran los asesinos para acabarme de una vez.

Llevaba seis meses recuperándome, cuando me tuvieron que volver a hospitalizar para practicarme otras cirugías, porque la primera que me habían hecho no estaba funcionando. Entonces me tuvieron que sacar hueso de la cadera para hacerme un injerto y poder así salvar mi pierna. Estuve hospitalizada otros dos meses más. Cuando me dieron salida, quedé amarrada a muchas terapias, en especial a la psicológica. Después de eso me volvieron a llevar para la misma finca y me manejaban bajo rejas porque me veían muy mal. Los patrones y el primo me encerraban dado que yo intenté suicidarme varias veces.

Al finalizar el 94, traté de buscar a mi familia. De suerte que llegué hasta la vereda donde encontré parte de mis hermanos pequeños.

Ellos se pusieron muy contentos y gritaban de la alegría, pero a la vez estaban tristes porque, si tratábamos de rescatar ese espacio perdido, no podríamos recuperar a nuestros padres y nuestra hermana. A medida que iban pasando los días se fueron llenando de miedo de que me acabaran de matar allá y entonces me insinuaron que me regresara rápido en el momento cuando comenzaron a escuchar rumores de que me seguían buscando. Yo les hice caso y me devolví para el casco urbano del Santuario donde me tocó dormir en el parque. Me vine nuevamente para Medellín, y en la Alpujarra pedí protección al CTI y a la Fiscalía.

Estos organismos me remitieron al DAS, donde en el acto me detuvieron como sospechosa de ser una guerrillera. Aducían que estas huellas en mi cuerpo y mi cara no me las había dejado nadie más que el Ejército, en su noble lucha por salvar a los buenos. Y que a mis padres los habían asesinado porque eran guerrilleros también. Yo les gritaba que averiguaran primero la verdad, antes de acusar a alguien en esa forma. Recuerdo que les dije: "Muy ligero se darán cuenta de que lo que ustedes dicen no es verdad".

Pues así fue. Investigaron y cuando constataron que todo era mentira me remitieron al CTI, donde me brindaron protección por 19 días. Me costearon el hotel y la comida. Y ya por último llegaron con un tiquete en avión y 200.000 pesos en efectivo, para que me fuera para donde yo quisiera, menos al oriente antioqueño. Fue este otro tipo de desplazamiento del Estado. Esa plata era dizque para que yo sobreviviera mientras me ubicaba.

Yo llamé a mi primo y a los patrones y les conté. Ellos dijeron que cómo eran de inhumanos y descarados, que dijera que siquiera me llevaran de nuevo a Buenos Aires. Así fue como el CTI me condujo hasta allá, pero les advirtió a todos que ya no responderían por lo que

me pasara. Entonces los patrones me dejaron de nuevo escondida en la casa. Yo fui utilizando esa suma para unas citas médicas. Y el tiquete lo vendí por 70.000 pesos.

Ya en el 98, la mayoría de mis hermanos se habían reunido tratando de recuperar nuestro predio. Ese mismo año, asesinaron a mi hermano Otoniel de Jesús, en plena autopista. Ese era aquel hermano que había quedado loco. Dejó cuatro niños. Lo mataron cuando se dirigía a vender la madera para llevar el sustento a sus hijos y parte de sus hermanos. Al morir él, yo me traje cuatro hermanos y tres de mis sobrinos, porque habíamos decidido dejar a las niñas con los padrinos.

Corría el año 99, cuando mi hermano Alcibíades se fue a dar vuelta para ver si podíamos retornar a ese lugar tan añorado y tan de nosotros. Pero este intento costó otro hecho demasiado doloroso: lo desaparecieron con cuatro personas más, entre las que se encontraban el padre de mi sobrina, hija de la hermana que quedó al cuidado de "tanta chinchamenta" cuando solo contaba con 16 años.

Los desaparecieron entre Santuario y Marinilla, un día 30 de agosto aproximadamente a las 11:30 a.m. Por unas llamadas telefónicas, el hecho se lo atribuyeron en un principio al Frente Carlos Alirio Buitrago del Eln. Las voces decían que ellos tenían a unos fulanos, entre ellos a un manito, ese manito era mi hermanito. Pero resulta que las llamadas eran falsas. La Cruz Roja tuvo contacto con tal Frente en cuatro ocasiones. Sus hombres negaron reiteradamente que los tuviesen secuestrados.

Entretanto, nosotros, con la ayuda de unas personas, asumimos la búsqueda. Entonces nos contactamos con el Eln, que confirmó una vez más que ellos no habían sido los autores del hecho, que más bien eran las Auc o el Ejército, puesto que ese día hubo paro armado y sólo

el Ejército y los paramilitares se movían por la zona como dueños del terreno. Algunas personas vieron subir por el lugar al Ejército que iba adelante y, más atrás, en un carro blanco, venían las cinco personas, entre ellas mi hermanito. Estas personas, sobra decirlo, nunca llegaron a las casas. Hoy no tenemos rastro de ellas. Ese rastro es el que ahora busco.

Yo denuncié este crimen ante la Defensoría del Pueblo. Por Teleantioquia repartí fotografías. He ido a reconocer cadáveres a Rionegro pero no he podido encontrarlo ni vivo ni muerto. Me refugié en las Madres de la Candelaria, a los poquitos días de desaparecido mi hermano, es decir en el 99. Estuve por ahí cuatro veces en el *plantón* pero me tocó suspender, porque recibí una llamada que me decía que dejara las cosas calladas, que a ellos los tenían y que estaban bien. Que esperara.

Lo cierto es que jamás se volvió a saber de ellos. No hubo ningún capturado y aún nadie dice nada... La desaparición de Alcibíades, ocurrida ese 30 de agosto, la denuncié de nuevo en la Fiscalía, la que ya indagó por el caso en toda Antioquia. Solo falta Bogotá para darle fin a la investigación y pasarla al Carmen del Viboral y luego al fiscal de Rionegro.

Al pasar los días, mi vida tomó rumbos no tan soñados por mí. Resulta que aquel soldado, el amor de mi vida que me encontró tirada en medio de tanto horror, preguntó varias veces por mí. Me buscó en muchas partes. Decía que no le importaba cómo hubiera quedado, que él me quería recuperar. Pero nadie supo darle razones de mi paradero. A los dos años de la masacre, un poco más recuperada, conocí a un señor casi mayor que mi padre. Entonces yo, sin amarlo, al verme desamparada e inválida me refugié en él.

A los seis meses de estar de novios comenzamos a compartir la vida. Lo que luego se convirtió en otra pesadilla, porque no lograba quitar-

me a mis padres de encima los cuales en sueños me decían cada día que ellos no me habían dado ese ejemplo de vivir con un hombre sin casarse. Mientras tanto no me imaginaba lo duro que era cargar con la conciencia. Por eso, lo más triste del mundo es tener que hacer tantas cosas por la fuerza de unos hechos que me dejaron muerta, huérfana, sin patria, sin preparación, sin dinero y sin familia.

Bueno..., el caso fue que alcancé a vivir cinco años con ese marido, hasta que le dio por rechazar a mi familia por su complicada y dolorosa historia. Yo le decía que por qué ahora le había dado por eso, si desde antes sabía todo y era consciente de lo que estaba haciendo. Me dijo que no quería sentirse involucrado en problemas tan serios. De suerte entonces que decidí terminar con esa relación cuyo fruto son mis tres niños: hijos reconocidos con papeles. El viejo, mucho después, me seguía buscando, pero yo cuando decido, decido. Entretanto, él me apoya de vez en cuando con algo para ellos, puesto que ya tiene otra mujer. Pero yo tengo un hermoso bebé que vino para darles luz a mis ojos, aún al que me falta.

Hoy sé que tengo esperanzas, pero no un futuro. Todo se acaba en un instante. Y más cuando toco puertas y puertas en todos los organismos del Estado y lo único que me dicen es: "¿Dónde está la carta de desplazada?". Me lo dicen a sabiendas de que cuando eso ocurrió no existían los desplazamientos formalizados por la ley. Yo en mi impotencia les contesto que cómo pretenden que la tenga, si lo único que pude hacer fue luchar por mi vida y pedir protección; que además nunca me dijeron que me presentara como desplazada. Por eso mismo, de la Red de Solidaridad (ahora Acción Social) no obtuve ayuda. Esgrimían los argumentos anteriores, los que quiero reiterar, no poseer carta de persona desplazada y el tiempo lejano, ya muy pasado desde la ocurrencia de los hechos.

La Cruz Roja es una maravilla. Como apoyo le debo la búsqueda de mi hermanito. Y sin ningún compromiso, ayuda alimentaria por cinco meses para todos mis hermanos, cuñadas, sobrinos y para mí. Fue muy grande ese paliativo, porque solo dan asistencia durante tres meses. Por otro lado, a la gente, al ciudadano, no le debo nada. Los hombres me invitan a la cama diciéndome: "Usted ya puede, usted está bien".

A cada instante me preocupa mi estado de salud, mi situación económica y la de mi familia. En la actualidad vivo de lo que me dan. No puedo trabajar, porque quedé muy incapacitada debido a las secuelas dejadas por la violencia. No tenemos techo y el único hermanito que tengo, Saúl –el que quedó huérfano de 10 años y el que nos ha dado la mano económicamente cuidando carros en el parqueadero–, tiene una enfermedad terminal. Por consiguiente, se siente desesperado al no saber qué va a pasar con sus hermanos y sobrinos que dependen todos de él.

La esperanza mía se asoma por un hueco y la agarro. Me hacen feliz mis tres hijos y el acompañamiento de muchas Madres de la Candelaria que me brindan aliento o bastante ánimo sin importar el tiempo y el tipo de mi tragedia. Me mantengo unida a ellas por la desaparición de mi hermanito. Lo único que me da aliento es que muchas personas han logrado encontrar su familia desaparecida y que los apoyos que merezco como víctima de parte del Estado, cuando lleguen, me pueden servir para superar en algo mi presente. Deseo como mujer bonita (soy muy bonita, a pesar de esta prótesis de ojo tan poco estética que tengo), restaurar un poco el aspecto de mi cara, con una linda prótesis que me haga sentir digna de un trabajo y de vivir feliz.

También como parte de la esperanza que me anima, quiero relatar cómo llegué a las Madres de la Candelaria, las que no solo me ayudan

en la búsqueda de la verdad, sino que son mi único apoyo moral y psicológico en la actualidad. Ellas también me dan la dicha de podernos encontrar, porque me colaboran con parte de los pasajes para tal fin.

Me acerqué a las Madres de la Candelaria, porque desde que mi hermano Alcibíades desapareció yo no me pierdo el noticiero de Teleantioquia. Allí pude ver que en el atrio de la iglesia la Candelaria se juntaban unas mujeres y algunos hombres con fotografías de personas desaparecidas pegadas en un cartón. Supe que se reunían para clamar por sus seres queridos. Entonces me fui para el sitio y le pregunté a una señora que quién era la encargada del grupo y me dijo que buscara a Teresita. Fue así como me le presenté y le conté mi vida. Ella me dijo: "Tráigame una foto ampliada de su hermano para que la saquemos al aire".

Comencé a ir al *plantón* hasta que me dijeron que él estaba vivo. Pero como todo fue mentira, al tiempo volví a sentirme atraída por el Movimiento, cuando todos los miércoles volvía a ver a las Madres allí en ese atrio. Por ese medio de comunicación supe también de unos eventos que realizaban en mi vereda. Me di cuenta de que el 12 de agosto de 2005 se iba a celebrar una Santa Misa en memoria de los muertos y desaparecidos. Me trasladé al lugar y de inmediato comencé a vocear la consigna, portando la fotografía de Alcibíades. Allí me encontré con la sorpresa de ver que también se exhibían las fotos de la pareja que se habían llevado con mi hermano. Ese 12 de agosto de 2005 regresé a Bello. Al otro día me puse en contacto con las Madres de la Candelaria.

En esta asociación he aprendido el tema de mis derechos. Además, cada vez estoy más convencida de seguir acompañando el Movimiento, para que al fin logremos esa meta que soñamos: obtener *la verdad, la justicia y la reparación*.

... (cuando se abra una ventana, será un alivio)
Pero las ventanas no se encuentran, o yo no sé
encontrarlas. Y mejor tal vez que no las halle.
Quizá será la luz otra tortura.
Quién sabe qué novedades va a mostrarme.

Sé que ninguna como Luz Marina deseó ser madre... Su alegría innata ha estado al servicio de sus causas personales y por ello las va sacando adelante. Hoy, después de tener la mitad de la verdad que con delirio ha buscado, sigue detrás de esa parte que le falta para emprender el camino de crecer como mujer y ciudadana al abrigo de mi Movimiento.

YO SOY LUZ MARINA

La que por medio del Movimiento encontró una ventana por donde pudo asomarse a la verdad

El relato de mi vida tiene dos momentos: el primero, antes de mis 18 años donde fui feliz y el segundo, después de mis 18...

Aquella primera parte de mi vida fue tan linda que nada impactante merece el esfuerzo de destacarla. Digamos que solo conservo de ella el dulce sabor de la dicha. Los hechos se han ido perdiendo entre la marea de los numerosos acontecimientos que –cuando me hice mayor– llegaron a mi existencia. Siento a veces que esa infancia y adolescencia dichas fueron absorbidas por una inmensa fuerza que no se cansa de tragar a borbotones esos recuerdos.

Cumplí los 18 años, feliz y enamorada. Estaba pronta a contraer matrimonio con mi primer novio. Asistía a la etapa en que se piensa –porque se siente– que los que no creen en la felicidad son unos dementes. Un momento que lo pintan de rosa y que ni aún el círculo de los románticos se atreve a definir en una palabra.

Recuerdo el día en que me subí a una volqueta de esas inmensas que cargan arena. En el campo de mi país, de precarias vías y de pésimo transporte, las gentes afanadas aprovechan cualquier vehículo que las arrime a donde se dirigen. Yo iba para ese entonces casi cantando, volando entre las nubes de la alegría.

En la juventud suele suceder que cuando uno utiliza un vehículo destapado para transportarse, las ganas de vivir, de reírse y gozar, afloran al contacto de las ráfagas de viento que nos golpean. Así iba yo, cuando en un momento, por culpa de un fallo en los frenos, esa

bandeja o *volco* que nos contenía se meció con furia y nos arrojó con fuerza al piso. Ese brusco movimiento hizo que el pesado carro se volcara, cayendo encima de una de mis piernas, la que quedó molida del todo, como mi alma.

Pero vivir la verdadera historia es más difícil de lo que se puede apreciar en un relato. Ese fatal accidente cambió mi cuento. La verdad fue que en ese instante comencé a ser una minusválida de 18 años. Una joven sin pierna y sin novio, porque el amor de mi vida se esfumó. Comprendo ahora que éramos dos niños, cada uno con un futuro muy diferente. En aquella etapa no intuía que emprender el camino de una relación formal significa cogernos de la mano para ser compañeros de viaje. Viaje cuyos trayectos resultan algunos maravillosos y otros muy dolorosos. Por eso en esas largas horas me preguntaba con un dolor inmenso, ¿con quién y cómo iniciar ese camino? Sin una pierna, fea, mutilada, sin autoestima y queriéndome morir.

Mi depresión alcanzaba límites ya no soportables. Pero al fin el tiempo y esa terca vida va triunfando y yo poco a poco me fui levantando aunque sin sueños. Ellos parecían truncos. Sin embargo, muy en el fondo sentía que más bien se posponían, porque yo conservaba el deseo inmenso de ser madre. Entonces mi realidad enfrentada a mi sueño me repetía: ¿Cómo lo vas a lograr si ningún hombre se fijará en ti? Esa idea se fue convirtiendo en un ave negra que permanecía conmigo. Ya era más doloroso no poder ser mamá algún día, que la misma ausencia de mi pierna. Por eso ahora, cuando pasan los años y después de mucho madurar, me doy cuenta de la energía que perdí sufriendo por cosas que no me pasarían. Es que definitivamente así somos todos.

Resulta que pasó el tiempo y me encontré con un hombre que me aceptó con mi limitación. Y en medio del amor me dio la más relu-

ciente joya: mi hijo Carlos Andrés Parra Gómez. Recomenzaron los años de gozo con el hecho de ser la mamá y la esposa. Éramos una bella familia, hasta que un día, a los 13 años de mi niño, ese papá, ese hombre querido, nos abandonó.

Desde este momento tuve que sacar del costal de fortalezas adquiridas, la valentía que ya tenía guardada. Me tocaba enfrentarme ahora a esa vida que otra vez yo rechazaba. De buenas a primeras me encontré sola con mi discapacidad, desorientada y sintiéndome menospreciada por el hombre que quise como a nadie, porque me rescató de la prisión del negativismo y me dio el regalo de un hijo. Sin embargo, sentía que nada en el mundo podía empañar la dicha de disfrutar de las ternuras de mi hijo que ya comenzaba a hacerse mayorcito.

Al ritmo del tiempo, me fui sintiendo orgullosa de que en medio de mi invalidez yo hubiera sido capaz de traer un niño al mundo, de criarlo y educarlo con todo lo que me fue posible y de que nada le hubiera faltado cuando su papá se nos fue. Por eso hoy en la ruta de los balances creo que alcancé a darle mucho amor. Aunque a las madres nos atormentará siempre la pregunta por la cantidad del amor entregado a nuestros hijos.

Por eso a menudo nos respondemos que de verdad sí les hizo falta un poco más. También reflexiono sobre la dosis de tolerancia con él y el punto sano de su equilibrio. En este instante, cuando ya no lo tengo junto a mí, me duele el frío que dejó y el no haberle dicho día a día cuánto lo amaba. Me pesan todas aquellas cosas que no le hice, que no lo dejé hacer y que no le dije, a pesar de que era mi único hijo. Me siento demasiado triste y con muchas ganas de enmendar mis errores como mamá, si fue que los tuve. Por eso, le ruego mucho a Dios nuestro Señor que me perdone, si le fallé como mamá. Y a Carlos Andrés, dondequiera que esté, que me perdone y que él mismo me

gué por el camino correcto, para que yo un día feliz me encuentre de nuevo con él.

El hecho que corresponde a su desaparición es, de todo lo que me ha pasado, lo peor. Esta parte que voy a contar es la más triste. No hay nada comparable a eso. Es lo más cruel que le puede ocurrir a una madre. Resulta que vivíamos en un pueblito llamado La Cruzada. Mi hijo estaba estudiando, pero en noveno grado se retiró sin más ni qué. Entonces aquí comenzaron mis dolores de cabeza, porque como el muchacho ya no estudiaba andaba por las calles todo el día. Yo le aconsejaba y nada... Andaba jugando, buscando y conversando.

Pero como lo hacía sin encontrar mayores sorpresas, un mal día, decidió venirse para Medellín a vivir con mi familia. Yo me quedé muy preocupada, pero ante todo muy sola. Entonces, como mi vida no tenía sentido allí, al no estar mi niño, resolví instalarme también en Medellín. De esta manera recuperaría mi tranquilidad perdida por estar pensando en qué andaría Carlos Andrés. Reanudamos así una vida alegre hasta que le dio al niño por irse a visitar al papá y a la abuela a Segovia.

Eso fue viernes 16 de diciembre del año 2005. Ese mismo día, me llamó de Vegachí como a las 2 de la tarde, me dijo que iba bien y contento y que el viaje no había tenido problemas. Yo, como mamá, no me sentí bien desde el momento en que él salió de la casa. Por eso mismo, le dije que estaba nerviosa, que me estuviera llamando, que yo no sabía por qué, pero que yo tenía un mal presentimiento. Él, que era el más alegre, me dijo: "No mami, ¿qué me va a pasar?, no piense nada malo". En medio de la aprehensión atiné a contestarle: "Hijo manéjese bien que yo lo quiero mucho". Y luego nos despedimos.

El sábado en la noche, cuando hablamos de nuevo, mi niño estaba feliz. Yo no noté que presintiera nada malo. Todo el tiempo lo percibí feliz. Al otro día, 18 de diciembre, domingo, hablamos como a las 3 de la tarde y se puso más contento todavía cuando le anuncié que yo viajaría a Segovia para pasar la Navidad con él y que luego nos devolveríamos juntos de nuevo para Medellín. Nunca me imaginé que esta sería nuestra despedida y la última vez que escucharía su voz.

Sobra decir que no alcanzó a gozar de su estadía sino por el día sábado. El domingo 18 de diciembre se lo llevaron. Cuentan las personas que presenciaron el hecho, que fue algo muy impactante. Llegaron hombres armados hasta los dientes a la casa de la abuela y con malos tratos lo sacaron a la fuerza, me lo subieron a un carro y se lo llevaron. No se sabe adónde.

Eran más o menos las 8 y media o 9 de la noche cuando yo recibí la horrorosa noticia. La abuela, con voz tranquilizadora me llamó dizque a saludarme. Yo andaba en una reunión de Primera Comunión. Ella parecía serena. De pronto me dice: "Marina, unos hombres se llevaron a Carlos Andrés y lo van a matar...". "¿Qué me está diciendo usted?", le pregunté mientras sentía que me desmayaba. Le gritaba: "¿Quiénes? y ¿por qué? y ¿para qué?". Y, como era de esperarse, perdí el sentido por un rato.

Cuando lo recuperé de inmediato viajé a Segovia. Busqué a muchas personas y por los comentarios de las personas que presenciaron el secuestro supe que fueron el Cole y Lele, ambos paramilitares. Con estas señas comencé la búsqueda, pero sin ningún resultado, ya que todos negaban los hechos. Resulta que para ellos fue muy fácil lavarse las manos, puesto que esto ocurrió dos o tres días después de la entrega de los paramilitares como desmovilizados. Por supuesto que ninguno de esos tantos ha dado noticias ni de su paradero muerto ni

de su supervivencia ni de nada. Mientras tanto, sigo aquí esperando que con la ayuda de todos voy a encontrar al menos los restos de mi niño que nació el 30 de noviembre del 87.

Carlos Andrés en ese momento era un joven de 18 años cumpliditos. Sus cejas negras son muy pobladas. Es muy lindo físicamente. Su piel trigueña hace juego con unos grandes ojos oscuros y su cabello negro. Mide 1,70 cm. En su boca mediana relucen en la mandíbula superior unos dientes blancos muy bonitos y parejos. La dentadura inferior es un poco junta o apiñada.

Desde lo ocurrido yo perdí el sentido de muchas cosas. No encuentro alegría completa. Ese vacío me atormenta cada día más. Empezando porque era mi único y bien deseado hijo. Solo tengo este, porque debido al problema de mi invalidez me dio miedo quedar de nuevo embarazada, aunque ahora comparto mi vida con un hombre que hasta hoy me ha salido bueno.

Pongo ante todo a Dios Nuestro Señor. De él depende mi vida y mi situación económica, porque no tengo ninguna clase de estudio ni tengo los medios para hacerlo. Me gustaría mucho poder hacer algo, sentirme preparada para ganar algo. Siento un gran miedo de que el día de mañana me pueda quedar sola y sin saber nada, sin estar capacitada para nada. Eso me preocupa demasiado.

Yo, Marina, pienso que en justicia soy merecedora de apoyo o al menos de acompañamiento. Hasta ahora en capacitación para la recuperación de la memoria he recibido los talleres con la OEA, nada más. La verdad es que no he tenido más ayuda, porque no sé a dónde ni a quién acudir ni cómo buscar respuestas. La Gobernación ha sido la única entidad en brindarme un soporte para las exhumaciones, el cual les ha sido ofrecido a todas las Madres de la Candelaria. Por

fortuna llegué acá al Movimiento a los seis meses de desaparecido Carlos Andrés. Una vecina que se enteró de mi caso y conocedora de las Madres de la Candelaria por María Elena Toro, comadre de ella, me animó y allí encontré refugio y sosiego.

Esto fue en el 2005. Desde entonces he faltado muy pocas veces a las reuniones, porque allí me siento muy bien compartiendo con las personas que tienen el mismo dolor que yo. Me gustan los talleres y los espacios donde se pueda aprender algo. Este de contar mi vida me ha encantado y descansado muchísimo. Quisiera que nunca se acabara y más cuando me siento en comunidad con las Madres de la Candelaria que me han brindado la seguridad de que mi lucha no será en vano. Por eso estoy convencida de que un día no muy lejano voy a encontrar a mi hijo, así sean sus restos, y esto sea lo último que yo haga en mi vida. Porque a pesar de la falta de mi pierna yo sé que Dios me da cada día las fuerzas para moverme hacia donde me toque para ir a buscar ese pedazo de mi corazón.

Mi vida es buscar la verdad y comprender el porqué del conflicto de nuestro país. Indagué sobre la realidad del paradero de mi niño, por intermedio de la Fiscalía y los mismos desmovilizados. Solo anhelo saber qué paso. Ese día del encuentro con la verdad, va a ser el más feliz de estos infelices días. Más tarde, cuando mi cuerpo y mi alma logren descansar, concentraré mis energías en conseguir una casita donde acabar esta vida terca que se resiste a morir.

Hoy, un día de un diciembre diáfano de 2007 encontré la ventana y al parecer veo una luz, pero tengo miedo de encontrarme con la verdad. En las audiencias con los señores de las Auc me dicen que mi hijo está muerto. Todavía no lo acepto. Es muy pronto, porque el rayo de luz no es muy fuerte... Me dicen cosas que no coinciden con lo que mi hijito era. Cosas muy dolorosas que me niego a aceptar.

Por esta razón, el señor Carlos Mario, alias "Macaco", el día 10 de diciembre de 2007, me confiesa en una audiencia que mi niño sí había sido asesinado y arrojado al río.

Lo dice con su sangre tan fría como si al otro lado de la sala no supiera que se encontraba una madre esperando recibir noticias de su hijo. Para que me saliera con algo que yo nunca me imaginé, como fue el que me lo hubieran arrojado al río. Todo me espere menos eso. Se podrán imaginar cuál fue el impacto que sentí... mortal. Me dolió demasiado, porque yo tenía la esperanza de encontrar siquiera sus restos. Yo no quería que mi hijo lindo se me quedara perdido como si fuera un perro.

Sin embargo yo no quedé contenta con esa versión, así que seguí insistiendo para ver si me permitían hablar frente a frente con él y de pronto me dijera algo diferente al menos que podía encontrar sus restos. Pues insistí tanto, que el día 26 de diciembre de 2007 me recibió en la cárcel de Bellavista.

Podrán imaginarse cómo me sentía yo, pensando en el encuentro que iba a tener con este señor. Les cuento que me temblaba todo pero me encomendé a Dios y pensé que se hiciera su voluntad. Cuando llegué allí y me encontré frente a él no pude contener el llanto ni tampoco el dejar de imaginarme cómo un señor como él pudo crear hombres para que me arrebataran a mi hijo, ese pedazo de mi vida, y de esa manera tan brutal.

Ya cuando pude volver en sí, le dije que yo estaba ahí para que me confirmara lo que dijo en la audiencia y efectivamente me repitió lo que yo no quería escuchar. Pero igual, ya solo quedaba darle gracias a Dios, porque al menos no me quedé como todas esas personas que llevan años buscando a sus seres queridos y sin tener noticias de ellos. Esta es mi triste realidad.

El silencio de los que tienen que gritar y se enmudecen,
es la paz de los que no deben dormir y logran hacerlo
Bernardo Alejandro Guerra H.

Al escuchar la narración de la vida de Raquel, una compañera de Movimiento, una de mis integrantes hizo las siguientes reflexiones: "Al analizar la historia de Raquel, desde el punto de vista social, político, económico y religioso, podríamos asegurar que estamos oyendo la historia de Colombia. Tu historia tan especial Raquel, es el reflejo de la violencia de un país que no conocemos los colombianos".

Adentrémonos pues en la Colombia profunda y desgarrada.

YO SOY RAQUEL EMILIA

La viejita Raquel. La grillita de las Madres de la Candelaria, como me dicen. La dueña de un cementerio. La mujer con ansia de un espejo grande

Tengo 73 años. Y a pesar de mi edad, solo escribo garabatos y hago mucho borrón. Por eso fui narrando mi historia y me la fueron escribiendo. Cuando la lean, comprenderán muchas cosas... y hasta me perdonarán la ignorancia.

Fui única hija. A mí me crió un padrastro, al que yo le decía papá, puesto que cuando me di cuenta, ese señor ya hacía parte de mi mamá, como si fuera desde siempre. ¡Pero resulta que eso no era verdad! Él llegó a mi vida cuando la de mi mamita se iba. Ella, mi abuela, me había tomado entre sus brazos, quizás al ver el poco apego por la maternidad que percibía en mi madre. Me crió hasta cuando yo tenía dos años. Yo soy la verdadera nieta de un inglés de apellido George. No tengo más apellidos.

A ese lugar llamado Ituango llegaron muchos ingleses atraídos por el oro, codiciando la gracia de la cual gozaban en ese entonces los españoles. Así, estas minas fueron explotadas por extranjeros aventureros que, como los marineros, en cada veta dejan un amor y riegan su sangre, tirándola por ahí. Esta sangre hizo que yo tuviera el cabello lacio, abundante y como rojizo, lo mismo que un color de piel y unos rasgos más de la raza europea que criolla. Soy muy flaquita y parezco frágil.

No puedo hablar de niñez porque no la tuve. Cuando mi mamita se murió me cogió mi mamá. Ella me ponía a trabajar mucho en una finca que tenía con mi *papá de mentiras*. Desde muy chiquita cargaba leña y aprendía a cuidar marranos y terneros. Entonces resultó criándome

un padrastro que nunca lo quise por el trato que me daba. Ese señor me pegaba mucho y mi mamá también. Cuando aprendí a pensar me preguntaba: “¿Para qué la plata que producía la finca y tanto trabajo de todos, si todo el dinero quedaba en la cantina?”. Él se bebía el sudor de mi mamá y mi vida de niña. La cosa era tan dura que la comida diariamente era igual: solo frijol, maíz y carne de los pollos del criadero de mi mamá. Todos los días lo mismo, termina siendo nada bueno.

En ese mundo de rutina desmoralizante, la niñez no era sujeto en casa. Se me negaba ser niña. Solo supe esto ahora. Cuando los años pasan, he ido comprendiendo todo lo que me pasó. Sin embargo, desde mi saber de niña yo intuía que un pequeño tiene que jugar, porque su propia naturaleza se lo exige. Recuerdo con mucho dolor la atracción que sentía por beber en el mundo fascinante de las muñecas. Pero yo no tenía muñecas. No me regalaban ninguna. Me decían que si era que, tan pequeña, ya tenía ganas de hijos.

Entonces una vecina que comprendía mis anhelos, me hizo una artesanal pero linda muñeca de trapo que se convirtió en la cómplice infantil de mis secretos y desobediencias a la prohibición absoluta de no arrullarlas. Por eso mismo, yo no la dejaba ver de mi padrastro, porque no solo me pegaba, sino que me repetía con furia la malintencionada retahíla aquella: “Si tiene ganas de hijos, aprenda primero a bañarse siquiera”. Pero en esa fascinación que me producía jugar a la mamá, las horas libres de trabajo transcurrían a escondidas.

Traigo a mi memoria la escena cuando, metida debajo de la cama, me cortaba el pelo y se lo pegaba a la muñeca con hilo. Esto era de una dificultad enorme. El cabello liso se escurría de mis manitos y yo cual paciente bordadora no abandonaba mi empeño. Era que sin pelo lo que tenía en la mano era un muñeco, no la muñeca que yo peinaba y peinaba todos los días, para ver cuánto le había crecido su pelo.

Soñaba con hacerle trencitas. Eran tan insaciables mis ansias de tener muchas muñecas más, que yo solita las hacía de palo y de inmediato les ponía trenzas de pelo de maíz. Sobra contar que esta obra creadora se desarrollaba en medio del más absoluto secreto, porque si me las llegaban a coger, me las botaban cambiándolas por lazos y machete para que trajera leña.

Durante la etapa de esa infancia negada, yo no supe lo que era un confite obsequiado por mis padres. Un día que por casualidad pude probar uno, quedé prendada de su sabor. Y con este sueño de repetir esa dulce sensación, cuando me atrevía a pedir una de estas mágicas bolitas de color chillón, me decían que me comiera un pedazo de panella, ya que yo no me merecía el confite porque no me lo había ganado.

Y eso no es todo. Resulta que cuando me daban un vestido y unos zapatos nuevos, no me los dejaban poner sino los domingos para ir al pueblo, porque los dañaba. Los otros días en el campo yo permanecía a pie limpio y con mi ropa remendada. Para dormir, me mandaban a un zarzo cuyos tendidos eran costales y helechos. Como la cobija era un pedazo lleno de rotos, para poderme calentar me metía entre otro costal. Aún así me daba tanto frío que me orinaba de noche. Entonces mi mamá se levantaba para pegarme, porque ese papá le decía que Raquel no era sino una cochina. Yo escuchaba cómo la azuzaba. Por eso sería que yo no crecí. Permanecía muy pequeñita y muy flaquita.

Una de las cosas horribles era que ese señor no dejaba que yo le dijera mamá a mi propia mamá. Decía que yo era fea y que ella estaba muy bonita para tener familia y más una niñita tan horrible. Mi mamá entonces reaccionaba diciéndome que ella me iba a tener que matar por fea.

Yo me crié en medio de ese maltrato moral y físico tan doloroso hoy para mis recuerdos. Él le pegaba a mi mamá y a mí, porque yo lloraba.

Gritaba en medio de su natural furia que era un bobo manteniendo hijos que no eran de él. Yo mientras tanto quería irme con unas monjitas para un convento, pero él decía apuntando con esa escopeta de dos tubos: "Usted no sale de aquí".

No sé si debido a todo esto yo he sido muy acomplexada toda mi vida. Cuando niña, mis amistades eran las viejitas, porque me daba pena de las de mi edad, porque ellas vestían bonito y yo no.

Pero como es hora de parar mis incontables cuitas, haremos borrón y cuenta nueva. Considero hoy que los recuerdos son, y como recuerdos no pueden ser penas. Hay muchas mayores que esas...

Ahora quiero traer a la memoria episodios de mi vida durante la llamada *época de la violencia colombiana*. En esa absurda guerra interna y civil, en el 48, perdí parte de mi familia. Ese mi papá adjudicado, se refugió en el bandolerismo para no perder su vida. A estos combatientes enfrentados, liberales y conservadores, se les llamaba la Chusma. De esas consecuencias, fue de donde nació la guerrilla que viene desde hace años hasta hoy en día.

Resulta que de improviso las cosas fueron cambiando un poco para mí. Mi papá se fue poniendo formal conmigo. Ya no me dejaba pegar de ella, dizque porque tanto rejo era lo que no me permitía crecer. No me explico si el cambio operaba por la crueldad de lo que veía entre esas gentes que andan sin rumbo y mataban como soldado drogado, pero me asombraba su *transformación*. Después de un tiempo, llegó el día de salir de Ituango. Así fue como nos fuimos mi mamá y yo con él. Huimos al Valle del Cauca donde me alivié de tanto achaque.

Allí crecí un poquito y fui descubriendo que era niña y por eso quizá comencé a sentir atracción por el espejo. Pero tampoco me podía

mirar en el espejo porque aparecía la voz de mi papá diciéndome: “¿Acaso usted es de cabaret que se tiene que estar arreglando?”. Entonces ni polvo me atrevía a poner en la cara. Por eso al contar mi historia para llevarla a la escritura, hago de cuenta que me estoy mirando al espejo, como la mejor manera de mirarse de frente. Sin engaños, ni vergüenzas. Sé ahora que el niño guarda para siempre en el espejo familiar esa imagen suya que amaré por siempre.

Allí en el Valle, mi papá siguió con el trago y los malos tratos con mi mamá hasta que nos volvimos para Ituango, donde la policía comenzó a perseguirlo por pertenecer al Partido Liberal. Y ahí fue cuando se volvió *chusmero*. Se metió a la *chusma* por miedo a la policía. Comenzamos a vagar por Riosucio, San Agustín y San Jorge y por las mismas selvas de Ituango. Mi papá andaba conmigo metida en un canasto que se *terciaba* al hombro. Tenía que hacer ranchos en la selva para dormir. Recuerdo que no se podía tener animales que hicieran bulla porque el ejército oía y de pronto nos cogía, y que en las selvas solo se veían los micos por los árboles y solo se escuchaban las balaceras del Ejército. Fue un tiempo muy duro de miedo y afanes, donde se vivía con hambre y se lavaban ropa, enseres y piel con ceniza.

Pasaron los días, hasta que alguna vez subió por los montes un Padre de Montelíbano para sacar a las familias que desearan dejar la *chusma*, prometiéndoles que él respondería por sus vidas. De esta manera, el padre Villamizar nos sacó en canoas por el río Sinú hasta Montelíbano. Cuando llegamos, a los hombres los metieron a la cárcel y a las mujeres a los corrales de ganado donde la sombra era un árbol. Al ratico de estar allí, llegó el Padre con la niña Adela (niña le dicen en la costa a las señoras patronas ricas) a reclamar la pequeña de las trenzas rojizas que era yo, esta misma que les cuenta el cuento. Entonces yo me fui, pero a los gritos berreando, y mi mamá también se quedó llorando. El padre me tranquilizaba diciéndome que no llorara que a mi mamá

se la había llevado una hermana de la niña Adela, que iba a vivir muy bueno con ella y que a mí me iban a llevar a Sincelejo donde la mamá de la niña Adela.

Pero yo no recuerdo, o mejor, no supe qué pasó al fin, porque nada de esto resultó y yo volví a los brazos de mi mamá cuando ya ella estaba sentada en una acera para llevarme a una finca. Mi padrastro salió de la cárcel y se puso a buscar trabajo. Fuimos a dar a la finca del señor Bernardo Ospina Pérez, hermano del Presidente Mariano Ospina. Mi papá se empleó en el campamento de esa gran hacienda y mi mamá en la casa de los *blancos* para ganarse la comida para las dos. Mi papá en las noches de tertulia de los trabajadores escuchaba decir que liberal que hubiera por ahí lo tiraban al Cauca con unas piedras en el cuello.

Entonces de miedo nos vinimos para Uré. Pasamos dos días caminando y caminando sin un peso y sin nadita para comer. Pero como la gente campesina es buena como el pan, el pan no nos faltó. Nos daban cocadas de comida y como si fuera poco, arriesgando hasta sus vidas, nos ofrecían posada. Pudimos quedarnos 20 días, mientras partíamos para Puerto Valdivia. Allí permanecimos unos cuantos días porque, huyendo, fuimos a dar a Valdivia y luego a Yarumal y de ahí a Fredonia para terminar en Caicedonia (Valle) donde me pusieron a estudiar. Recuerdo que a mí lo que más me gustaba era montarme en los terneros y marranos y en los árboles igual que los micos. Me fascinaba la escuela porque soñaba con ser enfermera para bregar los ancianitos.

Conforme con la situación del bandolerismo y la guerra sin terminar, era obvio que la tranquilidad no podía ser eterna. Y entonces la policía llegó otra vez preguntando por mi papá. Salimos como balas para Cartago y una vez más regresamos a Ituango. Desde donde partimos

para no volver nunca más al campo, llegando a Medellín al barrio Belén. Mi vida en ese lugar está marcada por un doloroso recuerdo: cuando yo ya estaba más grande, mi mamá no aguantó más y lo dejó. Entonces él se vengó de ella dándole un machetazo. Como yo lloraba al verla tan mal herida, me pegaba y pegaba golpes dizque para que no llorara por bobadas.

Las amigas y vecinas aterradas de la barbarie, la recogieron y la curaron mientras se reponía. Esto que pasó parecía ser definitivo para que mi madre se convenciera de que lo tenía que dejar. Entonces muy valiente se fue para donde un tío mío, hermano de ella. Pero resulta que a los ocho días él vino y se la llevó amenazada de muerte. Este tiempo total de tortura duró 30 años.

Pasaron los días sin cambios buenos notables. En Belén conseguí novio a los 23 años y me casé de 24 años sin quererlo, solo por salir de la tortura de mi casa. Mi noviazgo solo duró cuatro meses. Después de mi boda fue cuando de veras empezó un calvario: mi calvario berraco. Me casé y nos movíamos de casa cada rato. Comencé a manejar el peor borracho. No me daba nada a mí. Yo me vestía porque mi padrastro y mi mamá me daban la ropa. Le tenía que tener un hijo por año: en 14 años tuve ocho. Si no paría uno anualmente, él decía que yo tenía otro marido.

Él quería tener una familia con 20 niños. Seguro para alimentarlos con guayabas del guayabo que mantenía, porque no llevaba casi comida. Para 10 personas que éramos, llevaba 2 libras de carne y una de chicharrón. Los niños se antojaban cuando veían freír el del papá y me pedían: "Mami, dame chicharrón". Y yo aguantando las ganas de llorar les decía que no, porque era para el papá. Ni una pruebita podía darles. Era tan cruel que me llevaba las novias a la casa y me hacía levantar a atender la visita. Y cuando todo estaba listo, me sacaba del

bracito para afuera y me decía que me fuera para la hijueputa mierda que yo no tenía que estar allá. Gritaba a voz en cuello: “El día que me casé con este ñervo, seguro estaba enyerbado, es que usted, ni para puta sirve”.

Al fin enviudé en el año 72. Ese marido mío murió borracho. Unos dicen que se cayó en Riogrande donde trabajaba con las Empresas Públicas de Medellín. Otros dicen que como estaba de novio de una niña de colegio los hermanos de ella lo mataron por librarla del monstruo. El cuento fue que, de inmediato, el ingeniero residente del proyecto fue a decirme que desocupara la casa de las empresas. Pero me armé de valor y le respondí que con tanto muchacho, yo no desocupaba hasta que no consiguiera para dónde irme y hasta que me dieran el seguro y una pensión. Monto que ascendía a \$39.000 de esa época.

Así recogí para una casita y me compré una de 47 mil pesos en Castilla. Me ayudaron y mi Dios me vio con ojos de misericordia. Trabajé durante 18 años en ese lugar. Tuve lo que nunca pude alcanzar. Cada año con la liquidación fui mejorando mi casa que tenía 10 metros de frente por 40 de largo. Todos mis logros materiales cada día me hacen pensar lo que les repito a los jóvenes: “¡El matrimonio es una sal!”.

Bueno... así fueron creciendo los hijos y comenzó mi otro calvario. Desde jóvenes se hicieron perseguir de la policía... Y hoy el fantasma de la policía nada que me abandona, no me deja... He llamado mi cementerio al dolor acumulado de mis pérdidas. Es así como *mi cementerio* tiene las siguientes tumbas:

El primero que mataron fue a mi *joyita*; era el más juicioso, pero era marihuanero. Se llamaba Jaime Horacio, lo asesinaron en mi casa el 25 de marzo de 1989. Se cree que me lo mató su hermano Juan Albeiro que era ladrón y por eso yo le decía: “Es menos malo ser marihuanero

que ladrón". Y Juan entonces me contestaba muy grosero: "¡Ah!, entonces cada que tratamos mal a ese hijueputa te damos en el punto débil, mamá".

Así, mientras yo me fui a trabajar, me lo mataron. Antes de irme, le dije a *joyita* que se fuera a llevarles almuerzo a los dos hermanos que tenía en Bellavista: Sergio y John. El primero estaba allí porque con otros más hizo un *trabajito (robo)* en una *boutique*. La policía los hirió de gravedad. Y cuando se mejoraron, fueron a parar a la cárcel. Salió a los dos años y a los días lo mató la policía. La tranquilidad no volvió por mi casa. Me hacían allanamientos semanales. Un día entraron y allí mismo en mi presencia golpearon a Juan. Yo por defenderlo le di al policía. Juan se paró y le pegó unas patadas al que me estrujaba. Entonces se lo llevaron para el F2, donde casi lo asfixian.

De ahí lo remitieron a la cárcel de San Quintín, de donde salió a los tres meses sin que le comprobaran nada. Yo en esa época tenía alquilado un local que vivía lleno de policías. En las conversaciones que allí se sostenían, uno le dijo a Juan que Sergio ya estaba por salir, pero que no iba a lograr la libertad porque "a ese hijueputa lo vamos a matar". Pues ¡sí señor! Cuando yo iba con él, la policía me lo quitó mientras me gritaba: "Vieja alcahueta, bájese que esto es una batida". La gente atemorizada corría gritando: "Ahí llevan el hijo de Raquelita y se lo van a matar". Al parecer eran ladrones ricos que se juntan con la policía y mandan matar a los que deben algo.

En el anfiteatro lo hallé amarrado con los cordones de los zapatos. Lo habían encontrado en la Curva del Diablo como N.N. Era que allí tiraba la policía sus muertos. En 1990 yo demandé al Estado y aún tengo los radicados. Pregunté por el caso y dijeron en los juzgados que habían fallado en contra mía. *En conclusión, en 1990 me mataron dos: a Juan y a Sergio.*

Yo los protegía mucho, llamaba de la fábrica para ver qué estaban haciendo. Crecieron y no quisieron estudiar. Sergio estudió ocho años y no pasó del cuarto de primaria. Juan se volvió grosero, se dejó crecer el pelo y cuando un día me llamaron del colegio para que lo hiciera motilar, me dijo que lo que querían era que él fuera anticuado como yo que era del tiempo cuando las culebras andaban paradas.

En el 93, el mayor, Gabriel, el señor de la casa, se mató borracho en un accidente de tránsito.

Tuve tres hijas mujeres y cinco hombres. A Ángela María Torres, mi niña, la que veía por mí, la que más me quería, se la llevaron los *paracos*. Estábamos en la Notaría 12 del Poblado el día 14 de agosto de 2001, cuando vinieron esos señores armados. Dijeron que eran del F2 y que Ángela tenía orden de captura. Desde allí adentro gritaron: "Tráigame las esposas que esta sí es". La esposaron y ahí mismo la sacaron. Yo salí detrás de ella, pero no la alcanzaba. Cuando la montaron al carro, ella pegó un grito: *¡mamá!* Un grito que no se me olvida. Yo se lo contesté gritando también: "Yo me voy con usted hija". Y en medio del pánico me subí al carro. "Señora, usted no puede ir", me dijeron y luego me bajaron. El carro salió a mil y se me desapareció como por encanto.

Al otro día, mi Ángela llamó a Marlene Torres, la mayor de sus hermanas y le contó dónde estaba para que le mandáramos comida y ropa. Le dijo que ya había salido del F2, que la llevarían para una finca y que tuviera listos a los niños que pasaba por ellos a las 4 de la tarde. Entonces arreglamos los niños, pero ella no apareció. Jamás volvió a llamar...

A los ocho días, un señor me llamó por teléfono y me preguntó que qué era yo de Ángela María. Le dije que su mamá. Él me aconsejó que cooperara mucho, porque en la boca de la familia estaba la vida

de ella. Que la tenía el señor Carlos Castaño, porque como ella vivía con un señor de la banda de la Terraza, Castaño necesitaba que él diera la cara para tomarle cuenta de algo. En efecto, como a los 11 meses de haberse llevado a mi niña, supimos que a su marido lo mató la policía. Ella dejó tres niños. Yo tengo la mayor de 16 años. A Juan Manuel lo tiene el papá de él. La bebé que tenía dos meses de nacida vive con la otra abuela, la mamá de ese señor de la banda de la Terraza.

Durante estos seis años me han hecho seis llamadas. Un amigo que la quiere mucho, al que le decían el primo, cada rato me dice: "Tenga fortaleza doña Raquelita. No la espere viva que a ella la mataron y la tiraron a un hueco con otras personas, en Lanadas Rionegro".

Y yo a veces pienso que esto es verdad... aunque sea duro perder la esperanza. La noticia me la dio mi hijo John antes de asesinarlo. Me contó que a su hermanita le habían dado muerte esa misma semana del secuestro. Por eso siempre he pensado que a John Jairo lo mataron por estar averiguando lo de Ángela María y porque además, cuando se la llevaron, de inmediato fue a poner la denuncia. Y sí señores, después de eso, recibió una llamada en la que le informaban que ellos tenían a su hermana y que el próximo que seguía era él, por *sapo*.

Entonces mi muchacho se llenó de pánico y no volvió a salir. Corría la cortina para mirar afuera y señalaba: "Aquél me está dando los visajes". Pero yo nunca veía nada. El médico nos dijo que estaba paranoico. Pero resulta que esta paranoia no era nueva, sino agravada: John salió de prestar el servicio militar con síndrome de persecución y pánico. Este problema no lo dejaba trabajar. ¿Cómo iba a hacerlo si tenía un pánico tan grande que lo paralizaba? Sin embargo sí se atrevió a salir para irse a vivir con una señora mayor que él. Y según dicen, ella hizo todo el trabajo de convencerlo, para que lo matara la Oficina de Envigado.

Me contaron que esta oficina le pagó 30 millones a un señor, quien a su vez contrató una banda de delincuentes para que lo asesinaran. Y luego como dizque el viejo no le pagó a los pelaos y estos comenzaron una guerra en su contra. Me lo mataron el 18 de julio de 2004 cuando tenía 38 años. Dejó una hijita de 13 años que quedó registrada.

Pero mi más hondo dolor es no saber nada de mi Angelita. Ella era muy bonita, bajita, de cuerpo fuerte. Se veía muy seria, buena persona. Pero lo que sí es justo contar es que era muy buena hija. De las tres hijas que tuve, ella mostraba más afecto por mí. Hubiera cumplido 40 años el 21 de agosto de 2007.

Desde el día de la desaparición, de su desaparición, yo mantengo un peso en mi cabeza que no se me quita. Un señor me dijo que le mandara una carta a Don Berna bien explicadita, puesto que él la distingue por la *monita* y dicen que él la quería mucho. Ella trabajó en la oficina de Envigado con los de la Terraza. La oficina les daba un mapa y lo estudiaban los de la Terraza. Al que vivía con mi hija, le decían el viejo. Parece que ese *flaco* mataba mucha gente. Como Ángela sabía mucho de lo de Carlos Castaño, por eso creo que la desaparecieron. Pero ya ni sé. Son tantos los rumores, que un señor de la Caucaña dijo que a ella la tenían de traficante entre campamentos.

Tuve que ir donde el médico psiquiatra y me mandó pastillas que me embobaban. Perdí la memoria y pensé que me moría. Regalé todo lo de Ángela y parte de lo mío también. Solo dejé dos mudas de ropa para la casa y dos para salir. Regalé la cama y el colchón, los trastos de la cocina. Todo me estorbaba. En todas estas *loqueras* llamé a Caracol y me atendió un señor de apellido Ramírez quien me dio el teléfono de una señora Lucelly Restrepo, de Redepaz. Le conté que me habían secuestrado una hija y ella me dio el número del teléfono de las Madres de la Candelaria. En la oficina recibió mi caso el doctor Carlos Iván

Lopera. Me pidió la foto y el número de la cédula de la señora Ángela María Torres George y datos o pistas sobre el hecho y sobre su vida.

Yo ya conocía a las Madres, porque un día que pasé por la iglesia de la Candelaria las vi gritando. Después de la conversación con Redepaz fui cuatro veces a la Candelaria, pero no volví porque no me gustó, puesto que no me daban razón de mi hija. En ese entonces no les daba ninguna importancia a estas reuniones, o mejor, a esto que es más bien un encuentro.

Como a los dos meses me llamó Lucelly Restrepo miembro del Movimiento Madres de la Candelaria y me dijo que debía volver *al plantón* que esto no era de un día para otro, que era de tiempo. Empecé a asistir cada ocho días y allá sí encajé con la filosofía del grupo.

La Asociación Caminos de Esperanza - Madres de la Candelaria es mi segunda casa. Estar allí me ha servido para desahogarme. He crecido al lado de las Madres. He aprendido a respetarme, a respetar al otro, a quererme y a querer. He aprendido a compartir hasta mi historia, la que ha sido contada a mucha gente, incluso a los medios de comunicación.

De las Madres he recibido beneficios espirituales, como fortaleza, amor, voluntad para seguir viviendo, compañía, comprensión y solidaridad. En cuanto a los beneficios políticos de formar parte de este Movimiento son muy grandes. Estoy en el camino de conocer mis derechos, al menos tengo la idea de lo que me corresponde por ser víctima. Tengo el conocimiento de que puedo reclamar mis derechos y que me vean y me escuchen como víctima. Sin embargo, en lo económico, en lo educativo y en lo psicológico nadie me ha dado la mano que necesito para acabar de vivir.

En el momento, es de resaltar que participo activamente de todos los eventos cercanos. Mas no viajo lejos por motivos de salud. Asistí por ejemplo a un evento en la Plaza Mayor donde les dimos los diplomas a los ex combatientes de las Auc. Ese día, en la entrada de ese lugar había dos filas: uno de ex combatientes y otra de las Madres de la Candelaria. Recuerdo que los ex combatientes hablaban en voz baja y decían: “¿Estas viejas para dónde van?, ¿qué les pasó a estas viejas, se equivocaron de casa, o están en el lugar equivocado, o van para misa?”. Entonces, cuando yo les entregaba el diploma les decía: “¡Adelante muchacho, para atrás ni para coger impulso!”. Algunos me contestaban: “Tranquila madrecita, no hay como la paz”. Otros en cambio, muy serios se volteaban para otro lado y nada respondían.

Además, estuve en otro encuentro con los reinsertados en el Parque del Obrero en Boston. En este evento sentí mucho miedo, puesto que con esa camiseta éramos el punto de mirada de todos esos desmovilizados. Entonces yo ni corta ni perezosa para estar más tranquila, en un descuido, me quité la camiseta de las Madres y la guardé en mi cartera que no me falta. Participo en eventos de víctimas donde nos enseñan a conocer nuestros derechos y se nos orienta un poco. Pero mientras más vivo, más desorientada me siento. Esto es un enredo.

Yo en este momento no sé qué hubiera hecho sin las Madres de la Candelaria y sin Zairita. Doña Teresita se mueve por nosotras. Ya me hace falta el calor humano de las compañeras. Los abrazos me dan fortaleza, aunque todavía mis ojos lloren la desaparición de mi hija.

Mi vida diaria, mi vida íntima, hoy se reduce a vivir pensando en mi muchacha ausente y en mi muerte que sospecho que está próxima. Mi preocupación es mi nieta Zairita, ¿qué hará cuando yo falte? También ella siente miedo por mi muerte. Es muy querida y siempre me dice: “Mamita, cuídese, mucho cuidado con los carros”. Es muy juicio-

sa. En el Colegio Alfredo Cock la quieren mucho. Tiene habilidad para mercadeo y va para el Sena. Don Darío el rector del colegio le ayuda. Yo solo pago 10 mil pesos mensuales. Ella dice que su progreso no se lo va a deber a un marido: "Voy a salir sola, tengo que hacerlo". Con ese carácter fuerte me repite: "Yo puedo trabajar, yo no soy boba". Esa nieta mía me alienta cada uno de estos días ya viejos. Es idéntica a su mamá: a mi *Chepita*.

A pesar de todo vivimos bien, en una pieza de un yerno a la que yo le hice colocar servicios. Pero yo me siento arrimada aunque sea mía: me lo vendió una hermana del yerno. Desde que me levanto veo la mala cara, nos están encerrando. Levantan muros y muros... Mi felicidad se redujo a ver a mi nieta contenta. Y saber que todo el mundo me quiere y me trata con ternura. Todos los días, le doy gracias al Señor por la noche maravillosa que nos da. Y en especial, por esa nieta linda, inteligente y estudiosa. ¡Qué deuda tengo contigo, Señor!, porque pobreza no es tristeza.

Mientras tanto continúo buscando con locura a mi hija. Llevo cartas, pongo denuncias, voy a la iglesia, pero la fe la voy perdiendo. Ya fui al Gaula, a la Fiscalía y hasta al Presidente le he pedido ayuda para pagar los edictos, pero respondió que no había presupuesto. Cada edicto cuesta 100 mil pesos y son cuatro. Pero hay que pagar 20 mil más para que una emisora los publique. He ido también a investigaciones en el CTI y a la Defensoría. Ahora el proceso lo tiene el Fiscal VI del piso 20 del Palacio de Justicia. Chucho, el abogado, no nos dice nada. Y la Fiscalía siempre anota: "Espere que la llamamos", y no dice más. ¡Ah!, también acudí a Derechos Humanos y allá me dijeron que fuera a las universidades que allá hay abogados gratuitos.

Redepaz habla por nosotros en Bogotá. En Acción Social de la Presidencia hace tres años me dieron 500 mil pesos. Para seguir ayudándome

hay que hacer vueltas *por muerte presunta* y no hay plata. Yo vivo de un mínimo que es mi pensión del Instituto de los Seguros Sociales.

Estamos desorientadas sobre lo que tenemos que hacer. Se programan muchas reuniones con los abogados. Ellos nos enseñan todos nuestros derechos, pero no nos orientan para buscarlos y hacerlos realidad. No nos dicen para dónde vamos.

Como mis cartas hacen parte de mi historia, debo incluirlas aquí en mi narración. Con fecha del 15 de agosto de 2007 le envié esta a Don Berna la que le fue entregada en Cómbita, la cárcel a donde fue a parar. En ella le digo lo siguiente que mi nieta, la hijita de Ángela, me transcribió:

Señor Diego Fernando Murillo Bejarano
Alias Don Berna

Soy integrante de las Madres de la Candelaria Caminos de Esperanza. Me dirijo a usted con el respeto que se merece con el fin me dé respuesta a este interrogante: ¿Dónde está mi hija?

Mi hija se llama Ángela María Torres George, más conocida por usted como la Mona, quien era la acompañante sentimental de Dany Posada alias el Flaco, o Santiago, integrante de la banda La Terraza de Manrique. Mi hija fue raptada de la Notaría 12 de El Poblado el 14 de agosto de 2001. Hasta el día de hoy no he sabido qué pasó con mi hija, y por personas que se han dirigido hacia mí como amigos de mi hija, tengo el conocimiento que usted conoce la verdad sobre lo que realmente pasó con ella debido a la estrecha relación con ella.

Señor Diego le pido por favor me dé sosiego

Att. Madre Desesperada.

Carta de la mamá para Angelita (dictada a Zairita, su hija)

Hola Angelita: ¿cómo estás? Espero que bien, con los Ángeles y Diosito lindo.

Mi niña: después de este corto saludo paso a decirte que Zairita está un poco de mal genio, pero hay que comprenderla.

Angelita, nunca te olvido. Siempre estoy contigo en mi mente. Mantenerte bien para que no te hagan daño. Mi niña te extraño, me haces falta. Te quiero mi cielo, que Dios te colme de bendiciones.

Te cuento de mí: me siento cansada, agotada y es que ya tengo 73 años, son muchos y mal llevados. Mi cielo, también te cuento que desde que usted se fue no volví a tomar el calcio porque el Seguro no me lo volvió a dar y como usted es la que me daba la droga.

Hasta pronto mi niña.

Su mamá Raquel.

Mi quinta tumba

En noviembre del 2007 después de escribir mi historia, en la versión libre del señor Diego Murillo, recibí de su misma boca, la más cruel, pero a la vez, la más consoladora respuesta: "Angelita está muerta". Pero como aún no tengo evidencias y más información, sigo en pie de lucha por la verdad. Continúo plantada a la espera de encontrar la verdad sobre el paradero de sus restos para cerrar mi cementerio y abrirlo solo a mis oraciones, por ellos mis hijos y por los que sufren. ¡Ah!, y también por mi Movimiento Madres de la Candelaria.

Todos pensamos que las cosas solo les suceden a las otras personas, pero lo difícil es cuando las desgracias llegan a las entrañas de los hogares que tienen su fortaleza en la unión y la hermandad.

Jaipen.

A mediados de 2007, desde el municipio de Santa Rosa de Osos, María del Carmen en compañía de su primo Jairo Alberto, quién narra esta historia, recuerda los momentos amargos que componen la vida de su familia y que son la razón por la cual les hace compañía desde el Grupo Caminos de Esperanza

YO SOY MARÍA DEL CARMEN

La que también se toma el atrio de la Candelaria todos los viernes para no dejar sepultada la historia del Padre... su primo desaparecido: el sacerdote César Darío Peña García

Mi familia vive en San Pedro de los milagros, un municipio del norte del departamento de Antioquia, productor de leche y sus derivados y amante de los actos religiosos. Su población es netamente campesina y preserva los valores familiares por encima de todo, desde los tiempos en que se formó el poblado.

La vereda desde donde comienza esta historia queda en inmediaciones de los municipios de Entreríos y Don Matías, a unos 35 minutos del casco urbano del municipio de San Pedro en carro y por la vía carretable actual. Esta grandiosísima vereda se llama Riochico, la finca se llama Margarita, y mi casa, o mejor dicho la casa donde nació casi toda la familia, fue construida en 1835, cuando los primeros mineros de estas tierras explotaron la quebrada San Diego y los resquicios de los vagamientos de la vereda La Palma. De ella hay muchas historias que contar, pero esta no es para tomarla como protagonista, sino como referencia de la desaparición de mi hermano sacerdote César Darío Peña García.

La vereda Riochico está cerca del río que lleva el mismo nombre y está rodeada de montañas o colinas que presentan un clima frío y tormentoso para los primeros hombres que llegaron a poblar este territorio. La finca Margarita, es un extenso terreno que iba desde la iniciación de la vereda Riochico, límites con la Colmenera y La Palma, hasta el Riochico, límites con el municipio de Entreríos cuya vereda lleva el mismo nombre que la mía. Esta finca siempre gozó de terrenos para la agricultura, la ceba de animales y para la ganadería, aunque lo más

predominante eran lomas, huecos y picos que se extendían de punta a punta. El terreno más maravilloso era donde estaba la Casa Mayor o la Mayoría, sitio que heredaron mis padres Reinaldo y Lucila.

Este hermoso lugar era plano, lleno de árboles frutales y una gran cantidad de aromas que brotaban de unos pinos que habían sembrado mis bisabuelos. Además, tenía los mejores pantanos donde nacían los acueductos de las demás casas de la finca. La casa era única para su época, parecía de novela. Al occidente quedaba la puerta principal que divisaba la escuela y la capilla, parte central de la vereda, y para el oriente estaba la puerta de los servicios, por donde entraban la leche que sacaban del ordeñadero, los frutos recogidos y el famoso fogón de leña que era la parte central de la familia trabajadora.

Su estilo era único, porque lo normal en estas casas era la construcción en ele, pero esta casa se construyó en cuadro. Dicen que al ser construida se burlaron y decían que lo que estaban haciendo era una pieza dividida en bóvedas de cementerio, porque los arcos de medio punto era lo significativo para las puertas de las habitaciones.

En este hermoso plan, vivieron por lo menos cuarenta familias, antes de llegar nosotros, entre ellos, tres hermanos de mi padre: Gilberto, Juan de Dios y Jesús, a quien llamaban Suso. Los otros fueron parientes lejanos a nosotros, pero del mismo linaje de los Peña. El primer hijo que llegó al hogar de Reinaldo y Lucila fue César Darío. Un lunes 12 de junio de 1961, después de varios intentos fallidos, por fin apareció el primogénito. El segundo llegó a los dos años, el 1 de enero de 1963 y lo llamaron Carlos Argiro y falleció el 29 de abril de 1999.

La tercera llegó al año, el 5 de agosto de 1964 y la llamaron Miryam de Fátima y murió al año siguiente el 27 de diciembre de 1965 de una terrible neumonía que no pudo ser tratada a tiempo por falta

de médicos idóneos para tratar esta terrible enfermedad. El cuarto llegó como un regalo del cielo y lo llamaron Luis Fernando. Nació el 20 de abril de 1966. La segunda Miryam de la familia fue la luz que refrescó la hegemonía masculina y nació el 13 de abril de 1969.

El quinto hijo y quien presenta esta historia fue Jairo Alberto, nació el 22 de diciembre de 1973, durante la celebración de la Navidad y en vísperas de la venida del Niño Dios. El último de los hijos fue Claudia Patricia, que nació el 4 de marzo de 1976, esta última hija fue recibida en el casco urbano, pues la familia se desplazó para darles estudio a sus hijos mayores.

La principal identidad del pueblo San Pedro ha sido la religión, y nuestra familia no fue la excepción. Los Peña se dan el lujo de tener 29 hijos en el sacerdocio, el último es mi primo Rodrigo, quien trabaja como formador en el Seminario Conciliar de la Diócesis de Santa Rosa de Osos. Mi hermano fue el 28 y desde niño tuvo el deseo de servir a Dios y sus hermanos en el sacerdocio. Su primaria la cursó en la escuela de la vereda de sus orígenes, Riochico.

Luego nos desplazamos al casco urbano a una casa prestada de los alféreces o patrocinadores de la formación sacerdotal de mi hermano, la familia de don Horacio Lopera y doña Celsa Gómez junto con Amanda, Maruja, Elsy, Jael, Aicardo, Rodrigo, Hernando, Mario y sus esposos y esposas. Su bachillerato fue en el Seminario San Juan Eudes, y los estudios filosóficos en el Seminario Conciliar de la Diócesis de Santa Rosa de Osos.

Mi padre y mi madre fueron personas que dieron lo que tenían por sus hijos, no dejaron nada para sí mismos. Desde la infancia de sus hijos fueron abnegados y responsables ante la condición de pobreza que se tenía. Como buenos pobres, nunca nos faltó nada de lo necesario.

Los hermanos que le siguen a César no dispusieron de la paciencia que exige el estudio. Más bien se salieron a jornalear y ayudar a mi padre con la obligación de cuatro hijos más estudiando.

Ante la escasez económica, mi hermano mayor tuvo una beca dada por el departamento, que le consiguió el padre Ignacio Yepes Múnera, durante seis años, y a los menores nos fortaleció su entrega y dedicación para luchar por lo que quería. Fue un gran ejemplo de superación. Mi padre trabajaba la semana en la finca y los fines de semana vendía los frutos en la plaza del pueblo. Mi madre trabajaba toda la semana para atendernos a nosotros.

Nuestra unión en el pueblo se logró cuando mi padre, después de estar nueve años en la vereda, decidió irse para el pueblo y trabajar en fincas de ordeño y agricultura que estaban cerca de la localidad. Esta ha sido la mayor felicidad de mi vida. Después de tanto sufrir cuando se iba un domingo, esto quedó en el olvido ya que él estaba siempre con nosotros.

Con esta unión familiar vinieron los días tranquilos y la obtención de logros en la familia, los grados de bachiller de mi hermana Luz Miryam, en 1986, la ordenación sacerdotal de mi hermano mayor, en noviembre de 1988, y los grados de bachiller mío, en 1992, y de mi hermana menor Claudia al año siguiente. El ministerio sacerdotal de César Darío tuvo el siguiente recorrido desde su ordenación, el 22 de noviembre de 1988, por el señor obispo diocesano monseñor Joaquín García Ordóñez.

Su primer nombramiento fue como vicario parroquial de Sopetrán, donde estuvo nueve meses desempeñándose en las labores que le asignó el párroco Humberto Torres. Su segundo nombramiento fue en categoría de párroco en el Aro, Ituango, donde permaneció duran-

te tres años y medio, cumpliendo con todas las funciones asignadas por el Concilio Vaticano II y el sínodo diocesano de ese momento. En el año de 1993, fue trasladado a Santa Ana, Ituango, donde contribuyó con el buen proceso de pastoral y del itinerario que debía cumplir para acercarse a las comunidades indígenas de los embera katíos, en las cordilleras del Nudo de Paramillo y límites de Antioquia con Córdoba.

Fue tanta y buena su acción que la gente manifestaba su compromiso ministerial por acercarse a lugares de la parroquia que muchos sacerdotes solo frecuentaban una vez cada año; él lo hizo durante 12 veces, en los tres años que estuvo presente en esta localidad. Al llegar monseñor Jairo Jaramillo Monsalve a dirigir los destinos de la diócesis, se presentó un cambio total de todos los sacerdotes y fueron llamando uno por uno a darle su nuevo nombramiento por periodos de tres a seis años. Como siempre, fueron nombrando los que necesitaban para dirigir un nuevo cargo para administrar un territorio a los vicarios episcopales y con ellos a todos los que dirigirían las parroquias y la prelatura apostólica de Leticia, Amazonas.

Para este último lugar mencionado mandaron a mi hermano, pero él opuso resistencia al argumentar que su espíritu misionero era bastante arraigado pero su familia era más importante y era su obligación continuar llevando la responsabilidad de sus padres, ya que sus hermanos estaban todavía preparándose y los otros habían abandonado el hogar para buscar suerte en otros lugares y no se conocía su paradero.

Los encargados le ofrecieron un territorio de misión en la diócesis y fue Puerto López, El Bagre, donde estuvo sirviendo con amor en las veredas y territorios que poco frecuentaban los otros sacerdotes como el territorio de Guamocó, que se encontraba ubicado en límites de Antioquia y Bolívar; ocho horas en mula y semana y media para recorrer el lugar por los campamentos mineros del lugar.

En esta parroquia se enfermó mucho por acciones del clima y lo mandaron a cumplir su licencia en casa de sus padres. Al ver que no mejoraba su salud, en 1997 fue trasladado para reemplazar a un sacerdote en tierra fría en la parroquia de Aragón, Santa Rosa de Osos, donde se enfermó de neumonía y optaron por mandarlo a los dos meses para Ochalí, Yarumal, donde mantuvo su trabajo de misión evangelizadora de opción preferencial por los pobres y trabajó incansablemente por la educación y la acción social de la gente de la localidad.

Tuvo grandes propuestas de políticos de Yarumal, porque la labor que hacía en este corregimiento era buena y veían realizados todos los proyectos. Llegó hasta el punto de proteger el hogar juvenil campesino para que todos los habitantes del campo pudiesen acabar su básica secundaria, y patrocinaba a los que acababan noveno grado en Yarumal para que acabaran su bachillerato y poder elegir nuevos horizontes en sus vidas. En esta parroquia inició su martirio y cruz, porque la guerrilla de las Farc era poseedora de todos los destinos de la región y toda persona que se iba volviendo joven tenía como única opción para su vida pertenecer al frente 36 de este grupo subversivo.

Le llamaron la atención varias veces por estas acciones de liderazgo y superación para la gente de este territorio antioqueño, pero la última vez que lo hicieron recibió amenazas de muerte, argumentándole que si no se ponía a trabajar como ellos, tenía que marcharse o morir por su acción evangelizadora. Él le comentó la situación al vicario episcopal del norte, padre Jairo Tamayo y la respuesta fue que uno debía vivir o morir con la convicción de que estaba haciendo la labor según los designios divinos, que volviera a su parroquia y que no se preocupara, que Dios lo protegería en su misión evangelizadora.

Mi hermano pidió consejo a otros sacerdotes y le recomendaron que se quedara en la sede principal de la Vicaría Foránea de Santa Bárbara,

o sea, la parroquia de la Inmaculada en Yarumal. Y así lo hizo, y de inmediato recibió reclamos de su jefe inmediato por no cumplir sus órdenes. Es bueno anotar en este punto, que la Diócesis de Santa Rosa tiene un buen grupo de sacerdotes. Entonces, quien no acepta las indicaciones de un superior, lo mandan para la casa hasta que acepte el lugar o la acción indicada.

Estuvo trabajando dos meses y medio en esta parroquia y a lo último le dieron la alternativa de intercambiar con un sacerdote que estaba molesto en el lugar donde fue ubicado, Raudal, Valdivia, el padre Antonio Zapata. Le dieron a escoger esta parroquia o su casa. ¿Qué elegiría usted, siendo comprometido con su vocación y habiendo tenido desde su formación un juramento de obediencia?

Hizo lo que usted piensa, se fue para Raudal, Valdivia, y trató que su molestia no se notara mucho ante su madre y sus hermanos. Yo siempre le decía: “Es preferible que se retire de la diócesis y busque la manera de realizarse en su profesión de docente y como capellán en un colegio de zona metropolitana de Medellín”. Al fin y al cabo era licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas de la Fundación Universitaria Católica del Norte, desde 1998. Pero no me hizo caso y continuó con su labor misionera.

La parroquia de Raudal tiene la fama de ser una parroquia ostentosa, porque en esta zona existía mucho cultivo de cocaína y la gente regalaba muchas ofrendas a la iglesia. Pero lo que no se sabía era que esta fama no era del todo cierta, porque la mayoría de los sacerdotes tenía como base recoger dinero pero hacer pocas visitas pastorales y acompañar a la gente que vivía en las veredas.

Mi hermano entró a trabajar a su estilo y con la firme convicción de continuar con el mandato evangélico de llevar la buena nueva de Jesús

a todas las gentes. Visitó todas las veredas en dos meses. Se enteró de las dificultades de la gente y presentó proyectos al alcalde de Valdivia. Organizó la población para hacer convites en obras sociales y aseguró la acción espiritual a través de grupos pastorales bien organizados. Hizo lo mejor en su ministerio sacerdotal.

Al año siguiente, se apersonó mejor de la pastoral e hizo de sus visitas a las veredas algo más continuo e incluyó a todas las familias. Así era que por lo menos cada semestre debía tener una misa en cada casa de su parroquia. La mayoría de la gente caminaba hasta dos horas para llegar desde su casa hasta el lugar donde se iba a celebrar la Eucaristía.

En marzo de 2004, programó tres veredas. En la primera le fue como siempre, no había ningún motivo para quejarse, buena gente, acciones significativas muy agradables, bautismos, primeras comuniones e incluso parejas pensando en casarse, cosa que era inusual en esta región. En la segunda todo estuvo bien en su acción pastoral, pero de regreso a la sede parroquial fue detenido por un grupo guerrillero y amarrado junto con su acompañante a un árbol durante cuatro horas.

Decía: "Yo creía que me iban a matar... me senté a orar junto con Édgar... me dispuse a echarme los santos óleos de manera espiritual... me encomendé a la Virgen del Carmen y luego apareció el hombre que nos amarró. Me preguntó que si yo era el cura de la región y nos soltó, advirtiéndome que estaba complicada la situación por ese lado, porque había disputa por el territorio entre paramilitares, Eln y Farc. Me pidió la bendición y nos fuimos con un temor grande". En esos días vino a la casa paterna, contó lo sucedido y se le pidió que hablara con el obispo y no se metiera por esos lugares tan llenos de grupos armados.

Cuentan los habitantes de Raudal que los lugareños de Tierra Fría, en la segunda semana de marzo de 2004, le mandaron comunicados para

que no dejara de asistir a las celebraciones que estaban programadas y, por lo tanto, era necesario que si cambiaba de parecer les mandara un comunicado para no hacer desplazar la gente de las zonas más apartadas hasta donde correspondía la misa. En fin, lo cierto del caso fue que no mandó ningún aviso y continuó con su proyecto de asistir al lugar.

El 14 de marzo, domingo, llegó al corregimiento de Raudal un grupo militar que tenía como fin meterse a la zona donde estaban grupos armados insurgentes, pero como él debía salir de madrugada no les prestó importancia. Su salida para la vereda Tierra Fría fue a las 5:45 de la mañana y un señor don Marcos, antes de que saliera, le advirtió que el Ejército entraría ese día por la zona que visitaría, le argumentó, era preferible que no fuera a esta visita pastoral. Dice don Marcos que mi hermano le dijo sonriendo que la gente ya estaba lista para asistir al acto religioso, que cómo iba a ser posible que todos se desplazaran al lugar y el cura no llegara a officiar la misa.

Sin más, cogió el camino y a lomo de mula tardó ocho horas en llegar a la casa donde sería la misa. Sorprendentemente, en la casa los estaba esperando una cuadrilla del *Frente 36 de las Farc* que les indicó que debían entregar sus documentos de identidad y permanecer en este lugar hasta el 21 de marzo y que no se podían mover de esta casa, porque no respondían por la vida de nadie. Esta fue la orden que le dieron a mi hermano y a su acompañante. Esta fue la versión que se conoció después del secuestro.

La otra situación que se estaba viviendo en mi familia. Mi madre cuenta que César la llamó antes de salir para el lugar, le pidió la bendición y le dijo que la llamaría cuando regresara, posiblemente el jueves próximo. Pasaron los días y mi madre seguía intranquila por el hecho acontecido una semana antes, pero no le dio importancia porque consideraba que era producto de la paranoia.

El jueves llamó a Raudal en las horas de la noche y no había regresado. El viernes lo hizo casi todo el día y nada. El sábado continuó y a eso de las 4:54 de la tarde timbró el teléfono de mi casa, yo vivo desde hace 14 años en Santa Rosa de Osos, y me contó lo que estaba sucediendo, que mi hermano no había llegado a la sede parroquial y que estaba preocupada por esta situación.

Me dispuse a llegar hasta la curia diocesana y averiguar y dar razón de lo sucedido en esa misión pastoral. Me atendió el padre Diego Rendón quien fue diligente y se puso en contacto telefónico con las parroquias cercanas a Raudal para averiguar e hicieran lo posible por saber algo de lo sucedido, pues era raro que César en 16 años de ministerio no había dejado un domingo sin estar en su sede principal de la parroquia. Llamó a Puerto Valdivia, El Doce, Yarumal y otros sacerdotes que no me enteré de dónde eran. Salí del lugar y, en compañía de mi esposa y mis hijos, me desplazé hasta San Pedro y llegamos a las 10:10 de la noche, horas exactas que no se olvidan, a acompañar a mi familia en esa incertidumbre.

En la mañana del domingo, llamé a Raudal y un señor Pablo que estaba construyendo un salón para la parroquia me contestó y me contó que ni siquiera los arrieros que recogían los víveres y los materiales para el trabajo en la zona habían podido salir al corregimiento en ese fin de semana. También comentó que el Ejército había tenido un enfrentamiento con la guerrilla el mismo día que había entrado mi hermano a la vereda y que era posible que estuvieran todavía en enfrentamientos. Luego llamé al padre Mario Álvarez, párroco de San Pedro, bonita persona y de gran corazón, para que me ayudara a contarle la situación a mi padre, porque por problemas de salud era difícil contarle de un solo tozazo la situación que estábamos padeciendo.

Llegó el padre, le contamos a mi padre lo sucedido y sorpresivamente no hubo declive en su salud. Nos dispusimos a llamar a monseñor Jairo Jaramillo Monsalve, obispo de la diócesis, que estaba de fin de semana con su familia en Rionegro, Antioquia. Lo pusimos al tanto de la situación y nos contó que el padre Diego Rendón ya le había informado y que el párroco de El Doce estaba llegando al corregimiento del Raudal para conocer la situación y tomar una posición frente al caso. Además, nos contó que este podría ser un caso de retención por motivos de seguridad por los combates que se venían presentando entre Ejército y grupos guerrilleros.

En esta misma llamada, el padre Mario Álvarez le pidió autorización a monseñor Jaramillo Monsalve para llegar hasta el lugar en nuestra compañía, propuesta que rechazó y no hubo más que hacer sino esperar y ponernos en manos de Dios. Al mediodía volvimos a llamar y nos contestó el padre Hugues, párroco del Doce, Tarazá, diciéndonos lo mismo que nos había comentado don Pablo en la mañana, nos alentó a esperar y tener energía positiva ante esta anomalía presentada con mi hermano.

Se continuó averiguando en la noche y nos daban la misma respuesta. Era hora de tomar otras determinaciones y fue así como el lunes en la mañana mi madre, mi hermana menor y yo nos desplazamos a Santa Rosa y al llegar a la curia me encontré con la respuesta más irónica del mundo al comentarles la situación: "Esperen aquí sentados un momento que lo único que les podemos ofrecer de ayuda es una aromática y asiento para que se les quiten los nervios. Lo demás se nos sale de las manos", nos dijeron el padre Alberto Elías Palacio y monseñor Germán Ceballos.

Ellos que predicán la solidaridad en un plan de reforma que está motivando la diócesis nos dicen que no pueden hacer nada por mi

hermano. ¡Qué condiciones tan precarias tiene la Santa Iglesia y sus representantes que le dicen a una madre angustiada por la suerte de su hijo que no pueden hacer nada por él!

En fin, nos pusimos camino a Yarumal y bendito sea Dios, la hermana Sandra Pemberte de la congregación Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias también iba para aquel poblado y se ofreció a llevarnos. Cuando estábamos subiéndonos al carro también tomó puesto el padre Elkin Pérez, que Dios y la Virgen lo bendigan, a quien estaba tratando de contactar desde el sábado, porque la gente que conoció el caso el mismo sábado contó que él había participado en un rescate de un secuestrado en un pueblo de Antioquia. Los pusimos al tanto de la situación y nos ofrecieron ayudar a contactar al padre Jairo Tamayo, vicario episcopal del norte y jefe inmediato de mi hermano.

Al llegar a Yarumal, estaba el padre Jairo en compañía del padre Atehortúa en espera de la hermana Sandra, pues iban hacer un trabajo pastoral en Anorí. Lo pusimos al tanto de la situación y le preguntamos por nuevas noticias. La respuesta fue más irónica que la encontrada en la curia diocesana por los portadores de la verdad sobre la caridad cristiana: "Ya hicimos averiguaciones sobre la situación de César, y nos encontramos con una situación compleja porque apenas estamos haciendo contactos con agentes de la retención; lo demás es esperar porque ¿quién se mete a la boca del lobo sabiendo cómo está la situación de difícil por esos lados?, yo no arriesgo la vida por una situación que es tan incierta...".

El padre Elkin Pérez, que estudió la licenciatura con mi hermano y que eran amigos, se ofreció a llegar hasta Raudal y hacer las averiguaciones del caso, además de tratar de reunir una comisión para que fueran hasta el lugar y conocer la suerte del padre César Darío. La respuesta fue más inhumana de lo esperado, fue algo así: "Padre Elkin,

si usted quiere ir, hágalo de cuenta suya, porque yo no puedo darle un permiso para esa labor. De todas maneras yo digo en la curia que usted está por esos lados”.

Mi madre, en medio de su angustia, le contestó que cómo sí había tenido plena potestad para mandarlo a ese lugar, sabiendo que estaba amenazado desde Ochalí. No fue más. Salimos y nos pusimos hacer averiguaciones con gente conocida de la localidad y comernos una sopita para calmar el hambre y tanta desolación ante la situación.

La hermana Sandra persuadió a mi madre de no meterse hasta Raudal y más bien recomendó que fuera el padre Elkin y yo quienes hiciéramos la averiguación pertinente. Llegamos a Raudal a eso de las 5:40 de la tarde y comenzamos las averiguaciones con Pablo y Álvaro que conocían la región y el grupo insurgente que estaba en aquella zona. Hablamos con personas de la localidad y se nos pusieron a la orden para hacer parte de la comisión que iría hasta el lugar.

En la misa vespertina, el padre Elkin convocó a la gente para que no dejaran solo al párroco en esta situación y oró mucho por su bienestar. En el momento en que el padre Elkin estaba celebrando, llegó un arriero de zona que manifestó que al padre César se lo habían llevado, el día anterior, a otro lugar, pero no aclaró más nada.

Durante esa noche se continuó organizando la comisión y preguntando al arriero sobre la suerte del acompañante del padre y otras personas que habían entrado en esa época a la región. Esa noche pasó eterna. Cada momento despertaba y escuchaba mulas que pasaban corriendo por detrás de la casa y salía a ver si era mi hermano que había llegado o pensaba también ¿será que mataron a mi hermano y es su espíritu el que viene a deshacer pasos? En fin, la noche pasó, llegó la mañana del martes y decidimos marcharnos del lugar y

recurrir en persona al obispo para saber qué hacer ante esta situación tan compleja, porque ya no se hablaba de retención por seguridad, sino de un secuestro realizado por el frente 36 de las Farc.

Llegamos a Santa Rosa y pusimos toda esta información en manos del obispo. Pedí permiso para ausentarme de mis labores pedagógicas, porque no lo había hecho. Y comenzó el calvario y las penas ante tan flagrante suceso que pareciese que no le ocurriera a uno, pero llega un momento en que, cuando le toca, lo acaba y lo desmorona.

Al llamar de nuevo a Raudal, nos encontramos con la noticia de que había llegado al poblado el acompañante del padre y otras cuatro personas más que estaban por la zona. A Édgar, que estaba acompañando a César, le preguntamos sobre lo ocurrido y nos comentó que “no lo habían dejado salir sino hasta el 21 de marzo y que entre los guerrilleros comentaban que este era el padre de Ochalí y que había que retenerlo por un tiempo más largo. Que el domingo habían llegado por el padre y les habían dicho que ellos debían abandonar la zona y que luego el señor César los alcanzaría”. Dijo que ellos no habían querido salir el día anterior, por quedarse esperando al padre, pero que los habían obligado.

Toda esta conversación la conoció el señor obispo Jairo Jaramillo Monsalve de la Diócesis de Santa Rosa de Osos, pero su decir fue tener paciencia y prudencia para que lo devolvieran rápido y no le fuera a pasar nada.

Durante los siguientes días de la semana dos del secuestro, la situación se volvió más insoportable, porque fueron muchas las veces que llamamos a Raudal para conocer alguna noticia alentadora, pero nunca llegó. Me desplazé a Yarumal en varias oportunidades para contactarme con gente que estaba en la misma situación de secuestro o por

lo menos conocer algún jefe guerrillero, pero no fueron muchos los frutos, porque con las personas que hablé, poco o nada sabían de la suerte de mi hermano.

El padre Elkin se desplazó de tiempo completo para Raudal y continuó con las averiguaciones de la gente que llegaba del lugar y todos decían que al padre no lo habían vuelto a ver desde aquel domingo. En una de las averiguaciones que hice en Yarumal me enteré de que este frente tenía varias cuadrillas que se desplazaban por la zona y me recomendaron que tratara de contactar una para saber de fuentes fidedignas el motivo del secuestro y el tiempo que duraría. Contacté al padre Elkin por vía telefónica y lo puse al tanto de la situación y dio resultado. Preguntando con la gente que llegaba desde aquella zona se enteró de que a dos horas del casco urbano de Raudal había una cuadrilla y estaban en aquel camino.

El padre Elkin y Édgar ensillaron sus mulas y los alcanzaron. Les preguntaron por la suerte del padre y les indicaron que la próxima semana recibirían un comunicado del porqué de la retención y de la suerte del padre secuestrado. Al domingo llegó un comunicado de un alias “Calavera” que quedó en manos de la curia diocesana y decía: “El padre está siendo investigado por unas acciones cometidas en Ochalí y hasta que no se aclaren estas no lo podemos liberar”. Este comunicado nos creó más angustia a los familiares y a la curia le dio más respiro, porque ellos creían que iban a tener problemas con este grupo en toda la diócesis.

Como familia que somos, contactamos al padre Óscar Palacio, párroco de Anorí, quien nos comentó que desde hacía días venía tratando de contactar a unas cuadrillas que se mantenían por la vereda el Carmín de su localidad y que continuaría haciendo el trabajo, que confiáramos en él y en Dios. Nos recomendó hacer pública esa situación esa

misma semana, por los medios de comunicación masivos, pero mi madre y mi hermana mayor determinaron que era mejor seguir los consejos de la curia diocesana: “Quedarnos callados, no hacer bulla de la situación para que lo devolvieran rápido y no lo fueran a matar”. Muchas veces traté de romper el silencio haciendo contactos con personas que mueven medios de comunicación pero mi intento era desechado en el momento de hacer sería la denuncia.

Las conversaciones con el obispo Jairo Jaramillo Monsalve no funcionaron muy bien, porque estaba empeinado en que las cosas se resolverían por sí solas y mientras más silencio y discreción hubiera, mejor podrían salir las cosas. El padre Elkin nos regalaba noticias de lo que la gente del lugar le decía: “Que esto era para dar un escarmiento al padre por no haber hecho lo que ellos querían en Ochalí y que no lo habían matado por lo que debía; que pronto lo soltarían, pero que algunos no querían”. Fueron muchas las cosas que interrumpieron el desarrollo de la situación del secuestro y desaparición de mi hermano.

En la curia diocesana se mantuvo un ambiente de oración por la liberación de mi hermano y entre las muchas reuniones y convocatorias que tuvo el clero para pedir por su liberación hubo cuatro sucesos importantes:

1. Mandaron una comisión de tres sacerdotes para que hablara con la guerrilla del frente 36 de las Farc por el lado de Anorí y contactaron a un alias “Metro”, quien les dijo que sí lo tenían y que pronto lo liberarían, después de ciertas averiguaciones.
2. El padre Óscar Múnera mandó por Internet desde Bogotá un comunicado al secretariado general, en el que pedían por su liberación. De este no hubo ninguna respuesta.

3. El padre Elkin Pérez entró hasta la vereda Tierra Fría y se entrevistó con un alias "Argemiro", que hoy está detenido en la cárcel de Itagüí, y le dijo que el padre había cometido algunas faltas en contra de sus ideas y que no se pusiera a preguntar él, que ellos contactarían al obispo Jairo Jaramillo Monsalve y le comentarían la situación. De todos modos, que pronto lo llamarían para hacer algo al respecto. Esta acción, después de la entrevista, no tuvo más eco.
4. La cuarta noticia fue la dada al padre Marco Tulio Vélez, que fue párroco en Raudal, quien, al encontrarse con el comandante alias "Carranza" en una reunión que hizo a toda la comunidad del casco urbano del corregimiento, le aseguró que habían ajusticiado al padre por unas acciones que había hecho en contra de ellos en Ochalí.

Es mucho el dolor y la incertidumbre que sentimos ante este secuestro y desaparición, pero fue más el desespero, que nos agarramos de lo que había incluso de supuestos metafísicos que conocen el paradero de la gente desaparecida. Todo lo hecho hasta el momento no ha dado frutos, pero seguimos esperando la llegada de nuestro querido hermano.

Por último añadir que en nombre de mi tío Reinaldo Peña, de Lucila y de todos mis primos doy inmensas gracias a la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria por la asesoría y acompañamiento que me han dado para apoyar a mi familia en este duro trasegar.

Cuántas veces conversábamos juntos para saber
lo que era el aire, el valor de un amigo,
el verbo entero.
Diariamente te veo por el patio y por la noche
regresas de los astros.

Fragmentos del poema "Oda a mi Padre", de Cristina Faleroni.

Aura Inés está conmigo por el amor a su padre. Ella convirtió su vida en un canto de reconocimiento a él que tanto la entendió y la quiso, y en una exigencia por su retorno.

Es bello y aleccionador tener tan cerca el poder de un sentimiento amoroso tenaz y fuerte, a veces evocador de las dulzuras y a veces pleno de llanto esperanzado. De ese amor habla mi Movimiento cuando grita, cuando sale y se exhibe exigiendo volver a tener a esos seres perdidos en el tiempo...

YO SOY AURA INÉS

La que ha enfrentado esa forma sonora de sufrimiento llamada trauma, para volverla derecho al grito de reclamo

Narrar mi vida para escribirla... esto es muy difícil, pero voy a tratar de hacer lo mejor que pueda.

Nací hace 41 años de una mujer llamada Aura. Me encanta saber que mi papá Adán me vio nacer y que su ropa blanca de campesino, se ensució por la sangre de mi nacimiento. Me abrió a la vida entre sus manos. Soy la primera de cinco hermanos. Dos de ellos se murieron al nacer mediante cesárea. Entonces quedamos Luis Adán, Alirio y yo.

Vivíamos en una finca. Ahora pienso que todo era hermoso. Tengo como todos los seres humanos muchos recuerdos lindos, otros feos y otros tristes. Entre los feos, veo que era muy sucia y descuidada con la higiene sanitaria. Entonces, para que no quedaran vestigios de mi abandono infantil, botaba mis pantalones. Me encantaba cuidar a los animales y jugar con mis hermanos. A mi mamá desde siempre le pareció horrible ser mujer y por eso creo que yo me sentía un poco desplazada. Pero papá era diferente. Él pensaba que niños y niñas eran iguales para el gozo y el sufrimiento.

Aún siendo niña me sentí atraída por un trabajador de la finca donde papá era mayordomo. Se llamaba Luis y era negro. Cuando venía mi tío Darío jugaba muy brusco con nosotros tres. Y cuando papá llegaba de trabajar, todos gritábamos y corríamos a encontrarlo. Todo era hermoso.

De las imágenes duras que tengo evoco la de papá cuando se sacó los dientes. La cara se le hinchó. Me daba miedo y lloraba creyendo

que se iba a morir. Otra fue cuando mi papi en Semana Santa mató un osito perezoso. Me puse muy triste, no entendía cómo alguien tan lindo como él podía hacer algo tan rudo y doloroso. También me dolió mucho la muerte de mi tío. Y la de mi tía quien se murió muy joven. Dejó una bebé. Esta niña, mi prima, pasó a ser mi hermana pequeña. Ella una vez se metió unos frijoles a la nariz y mamá se los sacó con una hebilla para el cabello.

Pero lo más horrible fue cuando el patrón de papá nos sacó del campo. Primero, porque tuve que dejar a mi gatico Pacho, que al mes se murió, y segundo, porque resulta que en la ciudad no podíamos jugar como a mí me gustaba. Yo lloraba y mamá me pegaba. Ella no quería entender que yo estaba aburrida acá. Pero luego, muy rápido, volvimos al campo y fue maravilloso. Sin embargo y para dolor mío, pasado algún tiempo, de nuevo tuvimos que volver a la ciudad. Fue diferente, pero al fin todo transcurría bien porque estudiábamos.

Mi adolescencia fue difícil. Mi papá casi renuncia a mí, porque yo era como una papeleta. Me vestía de pantalón, me ponía un *top*, una camisa de hombre, una gorra, unos zapatos. Elevaba cometas y jugaba trompo, bolas y fútbol como un niño. Me gustaba ir a la escuela pero era muy regular. Me castigaban dándome una pela, porque perdía materias. Cuando me celebraron los 15 años me emborraché. Mi primer novio se llamaba Carlos. En ese tiempo yo no creía en Dios porque no lo veía. Las monjas Asuncionistas de Villatina me invitaban a grupos juveniles y no iba. Me gustaba mejor estar con personas mayores. Así fue como empecé a participar de las asambleas con mi mamá y muchas vecinas de la edad de mamá.

Cuando cumplí los 17 entré a un grupo de jóvenes llamado Esperanza Joven Caminante con la hermana Helena Santa María que ahora está en Bogotá. Me sentía muy bien. Estuve en los grupos hasta que tuve

19 años. Luego me vinculé a otras actividades deportivas, teatrales, comunitarias, barriales, y a muchas otras actividades.

Tuve después otro novio y, de último, Antonio con quien tuve un bebé cuando estábamos solteros. Luego explotó la caleta de dinamita del "M19" y se derrumbó Villatina. Recuerdo que corríamos y llorábamos. Nos sacaron de allí y unos compadres de mis papás nos dieron posada en Caldas.

Empezamos a trabajar en un sector por la feria de ganado para hacer nuestras casas en el Minuto de Dios. Trabajamos duro y nos entregaron las casas donde vivimos ahora. Antonio y yo fuimos la primera pareja que se casó en este barrio. Nos casamos cuando ya teníamos a nuestro bebé Michael. Mis papás no fueron a mi matrimonio. Me casé con vestido verde trillado con estampado de margaritas. Mi esposo, con un pantalón verde, camisa estampada de manga larga. Estábamos felices.

Después de mucho tiempo mis padres y hermanos reconocieron que mi esposo era bueno y lo quisieron mucho. Nos amamos demasiado y tuvimos otros dos hijos: Melissa y Michel.

En 1997, asesinaron a mi esposo. Yo tenía 31 años de edad y mi papá empezó a colaborar conmigo con todo. Pareciera que yo iba perdiendo la razón por este dolor. Descuidé a mis hijos y me dediqué al alcohol. Cuando me tomaba la droga psiquiátrica era peor. Entonces mis padres me mandaron al pueblo donde nací, a Bolombolo, porque el psicólogo lo aconsejó.

Mi familia me ha querido mucho, me han cuidado y en todo me ayudan. Sin embargo, pienso ahora que me equivoqué con mis sentimientos. A mi primo, que me ayudaba, empecé a verlo diferente, a

extrañarlo. Quería que se fijara en mí y lo logré. A los seis meses de haber faltado mi esposo, estuve con mi primo y quedé embarazada. Por este motivo, ingresé en alcohólicos anónimos. De esa relación ahora tengo un niño de ocho años: él es Matthew. Este esposo fue un papá muy bueno, pero tenía grandes problemas, por lo que lo asesinaron. Ahora vivo feliz con mis cuatro hijos y mi mamá. Mis niños estudian con muchas necesidades, puesto que yo vivo de la pensión del ISS de mi esposo.

Hoy al hacer un balance de mi vida, veo que lo peor de lo peor, lo no soportable, lo constituye la desaparición hace 18 meses de mi papá Adán de Jesús, en San Pedro de la Paz.

Resulta que papá salió a cargar el camión de Transportes Cuartas el 24 de febrero de 2006 a las 6 de la mañana. Terminó de hacerlo en la tarde. Entregó la primera carga en Rionegro como a las 2 p.m., y luego descargó en Doradal y, un poco más tarde, en Puerto Boyacá. Estuvo comunicándose por el camino todo el tiempo, como siempre lo había hecho. Llamó de San Pedro de la Paz entre las 7:30 y las 8:30 de la noche y le dijo a mamá dónde se encontraba y que no tenía minutos, que llamaba cuando llegara a Puerto Berrío.

Ese día yo estaba cumpliendo años. En la mañana lo vi cuando salió. Quería despedirme, pero a esa hora estaba organizándome para llevar a mi niño al colegio. Esperaba que papá llegara de Puerto Berrío para felicitarme como lo hacía siempre con gran entusiasmo. Pero en vez de esto, llamaron de la empresa para preguntar si mi papá se había comunicado con nosotros. Mi mamá les contó que sí. Entonces la patrona dijo: "Lo que pasa es que Adancito está en San Pedro de la Paz estacionado hace más de 15 minutos y el botón de pánico de Satrock está encendido, entonces opté por apagar el camión...". Después de esto todo fue horrible, dolor, confusión, miedo, presentimientos. Era

algo asqueroso. Llamaron de la empresa en el transcurso de la noche, esperando que papá se hubiera comunicado con nosotros, pero nada. La noche del viernes al sábado fue horrible.

Entonces un primo que vive en Berrío decidió ir a buscar a papá y se internó en esa zona de paramilitares. Allí le dijeron que sí habían entrado por ese lugar tres camiones pero que ese Mazda turbo no había salido. Le dijeron además que si también quería correr con la misma suerte que siguiera averiguando.

Al calcular lo que podía haber pasado, yo a veces me decía que a lo mejor papá, como llegó al lugar ya pasadas las 7:00 p.m., y sabía que no debía estar ahí, quizás había salido volando de allí. O pudo haber sido, pensaba, que le dijeron que se detuviera y él no escuchó la señal pues tenía su oído izquierdo dañado por el que no oía nada y estaba perdiendo la audición por el otro. Pero lo que sí sabíamos todos con certeza es que este es un lugar dominado por las Auc. Decir que estaba la guerrilla allí, era como decir que el cerezo produce ciruelas.

Adán, mi amado papá, era muy charlatán, juguetón, bromista, muy amigüero, honesto. Era un amor. Era un gran papá aunque superceloso y cantaletoso. Era muy entregado a sus hijos y a mi mamá, y a pesar de haber sido muy mujeriego nunca dejó su casa por una *moza* que tuviera por ahí.

Desde el momento de la desaparición todo cambió. Tratamos mamá Aura, mi hermana Martha y yo de ocultarles a mis hermanos la noticia, para que ellos no nos dieran más problemas. Estábamos seguras de que se emborracharían y entonces todo sería peor.

Pero el domingo mi hermano Alirio, el menor, llamó y preguntó por papá. Mamá no fue capaz de disimular su confusión y él descubrió que

algo sucedía. Le contamos que papá estaba desaparecido desde el viernes. De inmediato mi hermano se fue a vivir a la casa de mamá para dedicarse a la búsqueda. Llamábamos una y otra vez a Berrío. Llamaban de la empresa, pero todo era negativo. Nada se sabía, nada decían.

Más tarde nos llamaron y nos dijeron que habían encontrado un señor camionero, con una sobredosis de escopolamina que parecía ser mi papá. Conseguimos plata y mi hermano fue con mi niña a Aranjuez, pero no era él. Resultó ser un antiguo compañero de trabajo de papá.

Ocho días después, mi primo llamó y nos dijo: "Todo está bien, Adán está bien". Esto fue todo dicha, alegría, felicidad, miradas de incredulidad, de asombro. Pero agregó que le dijeron que necesitan un familiar allí porque "les van conseguir una cita con el señor para el lunes. ¿Digan quién va a venir?". Sin embargo, elegir a mi hermano por ser hombre era un error, porque lo más seguro era que se quedaran con él y es el consentido de mamá, su *ñaña*. Mi hermana no podía, porque tiene una niña de once años llamada Danny y su esposo no la hubiese dejado ir, porque es una grosería. Mi mamá es hipertensa y estaba peor que todos.

Entonces solo quedaba yo, que tenía mucho miedo. Entonces desde el comienzo les dije: "Yo voy, si ustedes me cuidan mis cuatro niños y las mascotas". Pero mis hijos se oponían. No querían que yo viajara y lloraban a los gritos. De tal manera que llena de valor les dije: "Es mi papá y lo voy a hacer. Ustedes se van a manejar bien. Cuando vuelva hablamos y si no vuelvo, no se dejen separar. Los amo. El sábado me voy".

El dinero para los gastos lo conseguimos con el esposo de mi hermana y partí. Fue un viaje horrible, porque odio salir de mi casa y tenía miedo de lo que me encontrara allá. Llegué a Berrío y mi tía Alicia me

esperaba. Me llevó a su casa. Saludé a mi primo y conversé hasta tarde con él. El domingo, mientras esperaba la llamada para concertar una cita, recibimos la llamada de la empresa en la cual dijeron que en el Opón había una Mazda turbo como la que conducía mi papá. Yo fui el lunes a verla pero era otra.

Hoy mi felicidad se reduce a ver reír a mamá, a gozar el instante en el que todos estamos todos felices, a ver la luna, porque espero que papá esté así viéndola. Porque yo les regalo la luna a la gente que amo y los luceros a mis amigos.

Me da un poco de aliento pensar que en estos lugares donde tocamos la puerta nos puedan ayudar un poco aunque tales ayudas resultan ser más de tipo psicológico. Y no quiero decir que esto no sea importante, sino que en este momento mamá sobrevive con \$5.000 u \$8.000 pesos diarios que le da mi hermano quien trabaja en un taller de taxis y que hay veces no le puede dar nada. Yo vivo de una pensión del ISS. Entonces lo que hacemos es compartir el mercado. Mamá me dice unas veces: "Hija, ¿tiene aceitico para hacer unos granitos de arroz?". Y yo por mi lado le pido que me regale un poco de chocolate.

Cuando trato de volver al cuento que escribo sobre la desaparición de ese amor que es mi papá, recuerdo que mi hermano Adán supo del asunto solo el martes después de que me fui a buscarlo. Dejó pasar hasta el sábado para llamarme al celular y me insultó por no contarle desde el mismo día. Le dije que así evitaba problemas con su trago y que si quería más información que se manejara bien y me respetara. Le grité: "No me joda que tengo miedo y me siento sola. Supuestamente mañana hablaré con *Botalón*; ya hablé con don Elías el que me conseguirá la cita con él". Desde ese día me mantuve en comunicación permanente con mi hermano Luis Adán.

Al otro día cumplí la cita en Puerto Boyacá con don Elías, quien me llevó donde alias Aníbal, otro comandante, pues supuestamente Obdulio, alias Botalón, estaba en un seminario en Doradal porque en esos días estaban desmovilizándose. Me encontré con “Aníbal” al que le contamos lo que pasaba. Yo asistí con una prima a la cita... y el tal señor nos dijo: “Estaré pendiente, trataré de ayudarte, esperen yo almuerzo ¿van a almorzar?”. No quise recibirle nada, puesto que tenía problemas con mi alimentación y porque también me dije que yo no podía comer con enemigos.

Luego nos subimos a su carro y nos dio una vuelta por Puerto Boyacá. Desde el carro me enseñó las oficinas de los desmovilizados y otras instalaciones. Le pregunté por mi papá y me contestó: “Sabe mi negra que no todos los paramilitares se desmovilizan, pues sabemos que con un mínimo no vamos a vivir cómodamente. Hay un grupo de rebeldes que está haciendo estas cosas. Pero si mi comandante se da cuenta, ellos también tienen que caer, porque nosotros no hacemos esas cosas contra las personas trabajadoras. Eso no le gusta a él”.

En este camino del calvario, toqué las puertas de la Personería y la Defensoría, para que nos asesoraran con lo de la empresa y los derechos de papá. Pero el proceso ha sido lento o más bien negativo. La empresa no ha querido cumplirle a mamá y nosotros pasamos necesidades puesto que papá era el que cargaba con todo.

Hoy estamos con la misma información del 24 de febrero. Pienso que nunca se va a acabar este dolor. Si lo encontramos igual va a ser algo muy difícil. Pero la espera, la incertidumbre, está matándonos.

El dolor de papá está acá cada día presente. Si está vivo él sabe que sufrimos mucho. Mamá nos dice que papá está muerto. Esta certidumbre es fatal para mí, porque me apaga. Me enoja ver a los

comandantes de la Auc tan irónicos y burlones. Me da ira no poder ayudar más a mamá y que las personas piensen que papá hizo algo malo y que por esto le pasó lo que le pasó. Esa es la forma como este país evade su responsabilidad y ahuyenta la sombra del dolor de los demás que amenaza con incomodar. Tengo una ira enorme contra los vecinos, amigos y la comunidad que cree que porque estamos en el Movimiento Madres de la Candelaria estamos tapados de plata y que no pasamos necesidades.

Ahora mis niños estudian, muchas veces se van sin lonchera y llegan a casa a comer arroz solamente. Yo no trabajo porque nunca he dejado a mis hijos solos. Cuando hago algo, es en mi casa, o en el barrio en el taller de confecciones.

Estoy en las Madres de la Candelaria para luchar porque todos los casos sean prioritarios, pues a todos nos duele igual o peor. Todos tenemos ese dolor en común, esa falta, esa necesidad de justicia y verdad. Clamo porque no dejemos todo en la oscuridad. No puedo entender por qué la gente obra como obra. Si alguien por ejemplo le hace daño a su mascota o a su jardín, lo denuncian, demandan y lo ponen en vueltas. Pero cuando les hacen daño a las personas, ¿por qué no se hace lo mismo?



Las Madres
talleres y vivencias

*Talleres de escritura y lectura
Mayo a julio de 2007*



Amim Tema aida
& Reiteren
Queremos mas Ayo
foco con los mandos
queremos la Verdad que
no digan donde pod
con muestra cosa que
sido que los medios
de comunicacion mas
Apojan y gobierno
Apoje que son aiquis
don de reunirnos
queremos reinsertar
para que se acuerden

Tema Soluciones
productivas

a la institucion le pedivamos
que nos Capaciten
para nosotras organizar
una micro en presa-

y a las organizaciones que
nos apollen en lo Economico
porque no todas disponemos
de Recursos.

Necesitamos un espacio
donde Reunirnos y Sentirlo
Como nuestro.

Verdad y #1
Reparación...

1. Incumplimiento
de acuerdos...
la Verdad
♥ porque se vive
este conflicto
desde hace

TIEMPO OTROS
Reparación=
Tiene que ser
una reparacion
integral un to-
do por el
todo...

Reflexiones y comentarios de las Madres,
Talleres de escritura y lectura en Medellin,
mayo a julio de 2007

Solución

1. que no continúe el conflicto entre caminos de esperanza y línea fundadora por que las 2 organizaciones luchamos por la misma causa.
2. que nos capaciten para la organización para trabajar más unida.

PREGUNTAS 5.

1. que le pide a la organización.
2. que le pida a las instituciones en términos de unión y lucha.

TELEA contra el sistema. I
NO CAER EN TRAMPAS.

- LUCHAR (PLANTONES)
- NO HENTERAS.
- PERMANECER LUCHANDO HASTA LA VERDAD.
- QUE VAYAN - QUEN NUESTROS FAMILIARES DESAPARECIDOS

INSTITUCIÓN II

- Apoyo MADRES. ORGANICA PARA SECUR LUCHA.
- ENTREGAR los FAMILIARES DESAPARECIDOS (KIDS)
- PROTECCIÓN, SEGURIDAD

Amor sinceridad y Resistencia

ser muy constantes en los reuniones tener mucho apollo para poder tener Resistencia insistir con los medios de comunicación y buscar entidades que nos puedan ayudar Resistir todas las calamidades que nos requieran fueros o males por donde que sean



02 HISTORIA DEL MOVIMIENTO MADRES DE LA CANDELARIA

Las relaciones desinteresadas tienen su máxima expresión
en las relaciones para con quienes ya no están.
La lógica del intercambio queda realmente interrumpida,
es en aquellos que cultivan la memoria de los desaparecidos
y trabajan para que se haga justicia a las víctimas del pasado;
porque les regalan su tiempo y sus energías
a cambio de nada.

Teodoro Adorno.

¡Si estamos en tu memoria, somos parte de tu historia!
Un grito que Dolly y las Madres de la Candelaria repiten en la calle.

Quién como yo, Dolly, para contar los primeros años del Movimiento Madres de la Candelaria. Estoy ahí desde que se engendró, cuando nació y soy fiel testigo de su crecimiento. Además vislumbro su futuro, porque los hombres y las mujeres que lo conforman se están trazando un camino lleno de sueños y, por lo tanto, de esperanzas.

Un día alguien dijo de mí estas palabras que yo misma quiero resaltar: Dolly, la mujer fuerte, la de los ojos grandes e inteligentes enmarcados en un aro dorado, la del pelo recogido en forma de cola de caballo, la mujer del rostro fresco a pesar de sus pesares. La de la camiseta, la razón y el corazón... La tenaz que no desmaya en su afán de reclamar no solo a su hija, sino a todos los que, violentados forzosamente, faltan... Dolly la que sabe que el recuerdo de las injusticias pasadas es condición de posibilidad de la justicia futura.

Me tocó ser la pionera, me tocó arrancar con las fuerzas forzadas que cada día estreno. Hoy aún no tengo a mi hija, pero tengo un Movimiento.

DOLLY CASTAÑEDA

y el Movimiento

El Movimiento Madres de la Candelaria nació cuando un secuestro de una muchacha cualquiera, una *civil* desconocida para la opinión pública, tomó la figura simbólica de una célula que fue fecundada con la ayuda de un grupo de familiares de policías retenidos por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –Farc, el grupo guerrillero más antiguo de Colombia, que *en su leal saber y entender* maneja tres segmentos de secuestrados: los de tipo político –en cuyo interés ha puesto toda su complacencia–, los llamados retenidos de la fuerza pública –la Policía y el Ejército, más tratados como prisioneros de guerra– y, por último, los llamados civiles –botín de utilidades, ya sean financieras o de apoyo logístico–. Parece que a nadie le interesa que estos últimos sean liberados: ni a ellos, sus captores, ni a nosotros, los ciudadanos. Por todos ellos y por los desaparecidos (esa figura fantasmagórica que ensombrece la vida cotidiana de Colombia) abogan las Madres, porque saben como ninguno de la semivida que se tiene cuando una de estas pestes caen sobre la humanidad desvalida de alguien.

Para construir la historia de nuestro Movimiento, es necesario plantar bien sus bases. Resulta que los policías atrás mencionados cayeron en poder de las Farc un 3 de agosto de 1998, cuando este grupo guerrillero se tomó la base Antinarcóticos de Miraflores en Guaviare. En esa ocasión se llevaron 123 militares entre oficiales y suboficiales de la Policía. Desde ese día, algunos osados de sus familiares, viajaron, se encontraron, se citaron y se unieron a otros parientes de los retenidos en el cerro Patascoy y el Billar. Como *crecía la audiencia* de víctimas activas, fue necesario organizarse en lo que se llamó la Asociación de Familiares por la Paz (en adelante, Asfamipaz), ONG que logró, en el

gobierno de Pastrana, el intercambio de 55 retenidos enfermos por 14 guerrilleros presos. Después vino la liberación unilateral de 304 policías y soldados cautivos por ese mismo grupo y de 52 en poder del Ejército de Liberación Nacional (Eln), aunque hoy continúa en cautiverio un gran número de ellos y otros hayan muerto en operaciones de rescate organizadas por el Ejército Nacional de Colombia.

Asfamipaz como organización marchaba asiduamente. Lo hacía, por la noche, los miércoles. La estrategia comunicacional de la marcha –en un principio tímida– tuvo muchos logros. Entonces, sin perder su norte, continuaría empeñada en el propósito de un *canje humanitario*. Dicha presencia movilizadora, plantada al frente del Banco de la República como imagen del Estado, fue formando una marea cada vez más grande, donde yo, Dolly, en una ola alta me fui deslizano. Y como haciendo *surf*, callada la boca, me integré al grupo de dolientes, para constituir de esa manera, la célula ya fecundada del Movimiento Madres de la Candelaria.

Esto lo hice cuando supe que mi hijita Rutbia se perdería en la selva enmarañada de las memorias teflón de mi país. Me dispuse entonces a monologar con ella y, al mismo tiempo, a presentársela a todos, para que la recordaran y la sintieran como un dolor propio, al cual hay que buscarle como síntoma, su causa y su solución. Para ello, muerta del miedo, cegada por el dolor y abrigada con la ignorancia y la desorientación de quien llega por primera vez a este tenebroso asunto, fue cuando me dispuse a marchar a la sombra de los de Asfamipaz, ya más curtida en el recorrido de este laberinto del cual nunca se puede salir. Allí, surfeando, sujetaba el blasón que llevaba impresa la imagen de mi hija. Este escudo, una cartelera artesanal, y la marcha de vociferantes se constituyeron desde el principio en los medios de comunicación e información más utilizados y representativos del Movimiento.

Recuerdo que para ese entonces, cuando se tenía la ayuda psicológica de País Libre, unida al acompañamiento de la Mesa por la vida, y se habían realizado cuatro plantones en el mencionado banco, un periodista del noticiero Copercol Teleantioquia, de apellido Aramburo, que cubría la página “Paz y Derechos Humanos”, nos habló de la existencia de un movimiento social argentino ya muy posesionado en el mundo llamado Madres de la Plaza de Mayo. Reunió a mis integrantes y les mostró un video que daba cuenta de su organización y de la estrategia del plantón. Nos retó a salir de día y a situarnos en un espacio comunicacional más representativo por el número de visitantes y transeúntes.

Comenzamos entonces las pesquisas sobre el lugar a donde iríamos a parar. Primero vimos que mientras en el Parque Bolívar frente a la Basílica –lugar frecuentado por viciosos y habitantes de la calle– pasaban muy pocas personas a las 12 del día, en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria patrona de Medellín, a esa misma hora, pasaban 400 personas como mínimo. Fue así como nos resolvimos por este último espacio de comunicación.

De esta manera, la oscuridad cedió el espacio a la luz: aquella noche que con su silencio y sus sombras había servido como madre protectora a nuestras irresolutas decisiones de exhibir la lucha por el derecho a la libertad de nuestros seres queridos y a la paz de nuestros corazones. Al fin, luego de conocer la tenacidad de las Madres de Mayo, tomamos la decisión de salir en las horas del día a un lugar bien visto y concurrido. Esperanzados, inauguramos con nuestras voces el atrio de la iglesia de la Candelaria, bajo el eco de dos megáfonos que nos prestó Telecom. Era un 17 de marzo de 1999, miércoles al mediodía. Fuimos en principio tres o cuatro madres junto a muchos más. Eran 12 fotos...

Durante cuatro semanas continuamos reuniéndonos los miércoles en el atrio, hasta que el párroco nos mandó a llamar y nos pidió pactar una hora más adecuada de desarrollar nuestra labor, para que no entorpeciera el oficio de la misa de las 12. Era un hecho que nuestras consignas a viva voz, perturbaban los oficios religiosos. Entonces, las 12:30 se convertiría en una hora perfecta: habría más movimiento, en consecuencia más personas, a las que se sumarían los feligreses que abandonaban el templo.

Es cierto que cuando las cosas que se hacen en grupo van dando resultados se despierta el deseo de una mayor proyección y, por ende, de una mejor organización. Y eso nos pasó a nosotros como grupo. En estas circunstancias, hubo varios intentos de organizarnos, pero fue bajo el nombre de Corporación Madres de la Candelaria, cuando el movimiento de 60 mujeres tomó fuerza después de la marcha del “no más”. No se me olvida cómo Internet hizo el milagro de que el 24 de octubre de 1999, en 28 ciudades del mundo, miles de personas se unieran a gritar tres consignas ¡cese al fuego!, ¡negociación sin interrupciones!, y ¡respeto al derecho internacional humanitario (DIH)! Durante este acto, ambientado con el símbolo *de la cinta verde de la paz* (símbolo adoptado por las madres para darle identidad al movimiento) todos los asistentes además clamaban con fuerza: “¡Quiero la paz!”.

A finales de 1999, citamos como grupo de Madres, a Guillermo Gaviria –un candidato a la Gobernación de Antioquia que había tenido a su madre secuestrada–, para que él, como futuro gobernante, expusiera lo que haría durante su mandato en pro de los desaparecidos y secuestrados (que en Antioquia cuentan y suman). En su entrevista cara a cara nos respondió: “Yo quiero marcar la diferencia con los que no han sido víctimas. Trabajaré mucho. Les prometo que algunas veces los acompañaré en el plantón para llamar la atención de los fríos. Si

quedo de gobernador, el miércoles siguiente a mi posesión, estaré en el atrio acompañándolos”.

Llegaron entonces las elecciones. Cuando Gaviria fue notificado de su triunfo, de inmediato, tomó el teléfono para decirnos: “Ya tienen gobernador capacitado en la ‘no violencia’ y un apoyo para las Madres”. Estas sencillas palabras nos devolvieron un tanto la ilusión. De nuevo comenzamos a soñar.

Este naciente Movimiento comenzó a afianzarse más, cuando Guillermo Gaviria el sacrificado gobernador de Antioquia empezó a apoyarnos. Con su impulso se reforzaron muchas cosas y se fortaleció la moda de las marchas y los conciertos. El Día de las Madres se estrenó el eslogan “Rompeamos el silencio, ellas lo están haciendo”. Fue el mismo doctor Gaviria quien nos aconsejó volvernos una persona jurídica y así nacimos como Corporación Madres de la Candelaria, sin divisiones ni nada por el estilo...

Entre las cuatro mujeres que siguieron muy pronto mi locura, la quizá chifladura de Dolly Castañeda de andar vociferando en la calle y formando un grupo de presión –incipiente en ese entonces–, se destacan líderes como Amparo Mejía y María Elena Toro quienes han estado ahí desde la primera consigna. Más tarde, Teresita Gaviria se unió al que ya surgía como un movimiento social llamado Corporación Madres de la Candelaria.

Cada una de estas mujeres se ha ido perfilando como líder de opinión, como embajadora del Movimiento o como relacionista pública. Por tanto, son ellas desde sus sentimientos y vivencias, las encargadas de continuar con un relato que muestra que, trasegando por el dolor y la esperanza, se pueden construir espacios de ciudadanía genuina.

Ven, di algo. Haz algo, para que no te toque a ti
Una consigna que Amparo canta con las Madres...

Luz Amparo Mejía García representa la imagen de las Madres en el plantón y en muchos de los acontecimientos donde el Movimiento hace presencia. Su participación en el atrio de la Candelaria es continua. Ella sabe que la calle es una vitrina abierta a los medios de comunicación y a la gente que pasa, ocupa y llena el centro de la ciudad. Por ello se podría decir que Luz Amparo tiene la visión participativa del Movimiento.

AMPARO MEJÍA

y el Movimiento

Yo asistía a los eventos, clamando por un ser querido, que más que pariente de sangre, lo era del alma.

Recuerdo que antes de ser corporación nos llamamos Esperanza Viva, ya que teníamos la esperanza de saber qué había pasado con nuestros familiares, lo que nos motivaba a reunirnos allí. Pero al mirar un poquito en la historia, nos dimos cuenta de que ese nombre lo llevaba un grupo al margen de la ley que años antes se había desmovilizado. Por eso nos llamamos Madres de la Candelaria, ya que nosotras somos como las hijas de las Madres de la Plaza de Mayo en la Argentina.

También traigo a la memoria que se hizo una rifa de un equipo de sonido con el objetivo de conseguir los fondos para pagar los gastos de la personería jurídica. Pero nunca se me olvidará que una señora que era la tesorera se perdió con la plata y no entregó el premio. Dolly entonces puso el dinero para comenzar a tener reconocimiento legal.

La participación de nosotras las Madres en actos públicos comenzó a ser una constante en la historia del Movimiento. De las marchas y actos simbólicos como medios de presión se pueden destacar varios. Entre ellos, otros dos llevados a cabo ese mismo 17 de marzo de 1999. Uno fue la toma de las instalaciones de la Comisión Primera de la Cámara de Representantes en Bogotá por 70 madres de los militares secuestrados por las Farc, que exigían respuesta pronta del Gobierno central. Toma que tuvo la fortaleza de vencer los controles de seguridad del recinto (para todos, considerado una osadía). El segundo acto: la marcha por la libertad y la esperanza, no al secuestro realizada en las calles de Medellín, durante la cual portamos mensajes para los se-

res queridos privados de la libertad y se solicitó la solidaridad nacional con los familiares de los desaparecidos y secuestrados.

Al miércoles siguiente a la posesión del recién elegido gobernador, el atrio de la Candelaria se fue llenando con miembros de la fuerza pública. Estaba presente Asfamipaz y recuerdo que nos dio mucho miedo. En un instante donde todo era confuso, una mano se posó sobre el hombro de Amparo. ¡Y qué susto! Pero resulta que era la de Guillermo Gaviria que asistía al plantón con su gabinete en pleno. Allí lo primero que nos dijo fue: "Necesito formar un comité que trabaje para y con vuestra causa. Un grupo que sepa qué hacer y cómo hacerlo bien, eso sí con ustedes".

Ese comité se formó con Derechos Humanos, Asfamipaz, la Personería, tres delegadas del movimiento de Madres, dos de Asapaz y una inspectora de la Alcaldía. Se decidió entonces que la coordinación estuviera a cargo de la oficina de Derechos Humanos. El propósito fundamental era hacer más visibles las víctimas de Antioquia.

Gracias al acuerdo entre el ex presidente Pastrana y los grupos al margen de la ley (Eln y Farc), muchos soldados y policías quedaron libres, quedando sólo en el atrio el grupo de familiares de la población civil secuestrada y desaparecida.

Ya la historia nos dijo que este gobernante cumplió con el apoyo permanente al Movimiento, sin saber que él mismo sería una víctima fatal de la insensatez de quienes no creen en la palabra dialogada como filosofía para buscar una salida civilista a los conflictos. Entonces, como para refrescar la memoria, hay que recordar que en una marcha de la "No violencia" hacia el maltratado pueblo de Caicedo, el 2 de abril del 2002, sufrió en carne propia y pagó con su vida esa dura violencia que tanto rechazó.

Para hacer posible el crecimiento del Movimiento, en un principio se comenzó por admitirnos en reuniones como las de la “No violencia” y en el Plan Congruente de Paz. Esto se convirtió en el mejor reconocimiento, en el primer premio a la dignidad y en la ampliación de la mirada de la Corporación. Fuimos ganando el apoyo de Corporación Región, IPC, Gobernación, Vamos Mujeres, Mujeres que crean, Azapaz, etc. Es importante reconocer que también en nuestra ciudad existe una organización de víctimas llamada Asfades.

Hoy, las Madres tienen presencia en el plantón de las Mujeres de Negro, en Vamos Mujeres y en diferentes escenarios. Hasta en el Congreso de los Estados Unidos de América, en Washington, al que fui invitada para exponer la experiencia de las Madres de la Candelaria.

“Los queremos vivos, libres y en paz... porque vivos se los llevaron, vivos los queremos”. Esta es ahora la consigna. Como Movimiento permanecemos centradas en este proceso de largo aliento, que nos tiene que llevar a conocer la verdad o el desenlace del secuestro y la desaparición de nuestros hijos, hijas, hermanos, esposos, familiares y amigos.

Con la anterior petición, el 19 de marzo de 2003, las Madres encabezamos un llamado urgente a la conciencia y solidaridad. Llamado que fue enviado a los siguientes compatriotas: presidente de la Nación, señor Álvaro Uribe Vélez, y a quien haya nombrado de la Comisión Negociadora para el Acuerdo Humanitario y a los señores de las Farc, Eln y Auc. En este comunicado instamos a los anteriores ciudadanos a que se apersonaran del caso de los civiles secuestrados. Les pedimos a manera de exigencia con estas palabras:

“La Corporación Madres de la Candelaria tiene personería jurídica que nos refuerza el derecho a ser respetadas, escuchadas y atendidas. Y a que la opinión pública nos conozca por los medios masivos de

comunicación locales, nacionales e internacionales, con el fin de que no seamos discriminadas por razones sociales o políticas, ni amenazadas por nuestra condición de víctimas y se nos salvaguarden los derechos humanos. Hacemos saber públicamente que la Comisión Negociadora no nos ha escuchado, por lo tanto no tiene un conocimiento claro de toda la población civil secuestrada y desaparecida de Medellín y Antioquia.

A los grupos al margen de la ley les decimos que tenemos el derecho a recibir pruebas de supervivencia de nuestros familiares en su poder, igual a como las reciben las familias de los secuestrados políticos.

Por otro lado, queremos dar a conocer que son más de 60 familias las que clamamos cada miércoles en el atrio de la Candelaria. Gritamos sin que nos escuchen, ni el Estado, ni los actores armados... Por eso nos preguntamos, ¿dónde están los que defienden los derechos humanos de todo el pueblo colombiano que está arrodillado e indiferente?

El Movimiento Madres de la Candelaria clama justicia y verdad, rogamos al Todopoderoso para que ablande el corazón de los que están equivocados y creen que atando cadenas y oprimiendo al pueblo, lograrán sus ideales... ¡Basta ya! No abusen del poder. Los pobres somos un grupo de seres pujantes, que un día nos zafaremos del opresor, dando un salto adelante”.

Yo como integrante de las Madres de la Candelaria considero que los comunicados como el anterior tienen peso cuando vienen de un movimiento social. De otra manera, cuando las víctimas están solas, individualizadas y actúan por cuenta propia son presas más fáciles para ser atemorizadas si deciden reclamar lo que es suyo: personas,

verdad y tierras. Ocurre también el mismo caso cuando la líder o el líder ponen su cara, su pecho y su espalda para reclamar, mientras su grupo de víctimas paralizadas, allí protegido bajo su sombra, espera confiado que se luche por él. Por esta razón, creo que aquel proverbio africano nos da fuerzas para estar en la calle: "Cruza el río en medio de una muchedumbre y el cocodrilo no te comerá".

Tengo conciencia de que el Movimiento empieza a ser muchedumbre en número, con un grupo piloto de fuerza y representatividad más comprometida y madura, aunque más pequeño en presencia activa en las concentraciones. Por lo mismo, a veces en el plantón se percibe pequeño el número de asistentes, pero se puede decir que la corporación cuenta con más de 600 víctimas en lo que comienza a ser una red.

Al igual que las Madres de la Plaza de Mayo, hoy la organización de víctimas toma nuestro nombre Madres de la Candelaria. Se trata de hombres y mujeres también víctimas de la desaparición y asesinato de un ser querido. Ellos son Caminos de Esperanza - Madres de la Candelaria y nacen en 2004².

La Línea Fundadora (Corporación Madres de la Candelaria - Línea Fundadora), de 50 mujeres, 12 hombres y 18 menores que había desde su fundación hasta el 2000 (o sea antes de la división del Movimiento), ha pasado a tener 430 mujeres, 45 hombres y 200 niños que, a la sombra de la misma Corporación fundadora, crearon un grupo al que llamaron Movimiento Hijas e Hijos de las Madres de la Candelaria. Unos niños que cuentan también con su representante: Alejandra Balbín, una víctima como ellos, que no sabe dónde está su papá.

2

En la actualidad, el Movimiento Madres de la Candelaria está dividido en dos facciones: Corporación Madres de la Candelaria - Línea Fundadora y la Asociación Caminos de Esperanza - Madres de la Candelaria.

Es urgente y necesario el acuerdo humanitario
La voz de las Madres que María Elena lleva desde el plantón a todos los rincones.

Se puede decir que María Elena Toro es la embajadora de las Madres de la Candelaria. No solo las ha representado en numerosos eventos de carácter local, regional, sino que ha salido al exterior a contar casos y cosas del movimiento social al que le ha dedicado una etapa de su vida marcada por el vacío de los seres más amados y por el desarraigo que produce un desplazamiento. A ella le duele todo, pero en especial esto: "De Frontino (Antioquia) nos echaron el 17 de septiembre de 1997. Nos hicieron abandonar todo por preguntar por nuestros cinco desaparecidos: llamados hoy los cinco de la familia Toro. Hoy me pregunto ¿qué mano oscura había detrás de la tierra?".

MARÍA ELENA TORO

y el Movimiento

En los albores del Movimiento traigo a la memoria un hecho especial, como un evento de gran significación para la historia de las Madres de la Candelaria: el Acto Ecuménico del 13 de mayo del año 2000, en el Parque de los Pies Descalzos. Allí se congregaron todas las familias de los plagiados, para exigir pruebas de su supervivencia. En el marco del desarrollo del acto se dio la gran sorpresa: la Defensoría del Pueblo comunicó la liberación de Hilda Ávalos y Jairo Roa, integrantes de Asfamipaz que 20 días antes habían sido secuestrados por los paramilitares en un retén. El anterior milagro se logró por mi voz de alarma, la de María Elena Toro, porque yo me mantenía vigilante de la asistencia al plantón. Controlaba, por el peligro que mantenemos de no gustarle a alguien que tiene temores fundados en su ideología o en sus hechos de sangre. Yo noté el puesto vacío de esa pareja y de inmediato avisé a la Defensoría quien logró que Hilda y Jairo regresaran, aunque sin su hijo. Allí estaba Teresita Gaviria.

En medio de la euforia, el gobernador Gaviria anunció que gestaba en ese momento un auxilio para las víctimas (lo que hoy se considera como una retribución en dinero). Como era de esperarse, muchas personas se postularon como beneficiarias. Para rematar el evento, un concierto llenó de sentimientos encontrados el lugar. En especial una canción compuesta por Jaime –el mismo del dueto de Ana y Jaime de gran recordación en el medio– que fue estrenada para que los dolientes expresaran bajo la magia de la música, su más íntimo dolor. “Cuando te tenga en mis brazos”, la canción en honor a los desaparecidos, paralizó el evento.

En dicho parque, el grito amplificado por las emociones tuvo un eco tan inesperado como temidamente deseado: a mediados de ese mis-

mo año, el grupo de soldados retenidos recuperó lo más valioso de los tesoros: su libertad.

Había comenzado un recorrido largo y tortuoso por el sendero de la verdad que terminará solo cuando la cultura de la justicia impere en nuestro país. En el camino de nunca acabar se van logrando cosas. Mas el problema es que cada día trae nuevos hechos y, por lo tanto, nuevos retos. Confieso lo difícil y peligroso que ha sido y será esta lucha, pero al menos ya se nos escucha y algunos se interesan por las Madres de la Candelaria. Desde el año 2001, en un evento de carácter nacional, cuando recibimos el reconocimiento político como movimiento social de mujeres, se comenzó a hablar de nosotras.

En el exterior somos ya reconocidas, sobre todo en los países donde he sido invitada para dar a conocer nuestro Movimiento: Venezuela, Ecuador y España. En este país europeo he estado en dos oportunidades, me he presentado en Barcelona, Madrid, Córdoba, Sevilla y en las Islas Canarias. En Madrid, 2008, con Clara Rojas y numerosas víctimas. Dentro de Colombia he estado en mi condición de víctima en varios escenarios y en representación de mi Movimiento he perdido la cuenta de las ciudades que he visitado.

Trabajé como representante legal de las Madres y fui embajadora del Movimiento en otro evento, donde nos otorgaron una distinción por nuestra resistencia neutral en el conflicto armado. Por otro lado, me tocó recibir en reconocimiento del Movimiento el premio de la Gobernación de Antioquia "Antioqueña de Oro", mientras que Dolly, como Madre fundadora, fue reconocida con la distinción "Forjadores de una Antioquia Nueva".

El Movimiento Madres de la Candelaria ha recibido visitas innumerables en el *plantón*. Todas ellas han sido muy importantes, pero evoco

una que fue la que más nos marcó en nuestro devenir. En el año 2004, en el marco del proyecto de la Oficina de Víctimas, el alcalde Sergio Fajardo realizó un evento de una semana, con el fin de compartir experiencias de trabajo con las víctimas. Entonces nos visitó un grupo de alcaldes de localidades francesas, junto al presidente de los Comités por la liberación de Ingrid Betancourt. Este último portaba las cartas de todos los comités del mundo para los secuestrados de Colombia. En dicha semana, tuvo lugar lo que se llamó el intercambio argentino Madres de Mayo Línea Fundadora con hijos y nietos de las mismas Madres, a quienes había conocido en el Foro Social que se realizó en Ecuador. Desde ahí yo creo que el Movimiento es otro.

Todas nos decíamos: “¿Las Madres de Mayo acá en nuestro plantón?” ¡Era imposible! Se cumplía nuestro sueño. Desde allí, nos enseñaron el valor y la fuerza de la marcha”.

El Movimiento aún dividido como el de ellas, ha aprendido que “cuando uno empieza una lucha no hay que pensar que somos pocos, sino tener claro que, movimientos pacíficos como estos nacen de una impostergable necesidad de ocupar un espacio como la plaza pública para exigir”.

Ese convencimiento y tenacidad –supimos hace poco– llevó a la mujer de la marcha, a obtener el 26 de octubre de 2007 el Doctorado Honoris Causa de la prestigiosa Universidad de Bolonia. Pienso que es un homenaje a su carácter y a su autoridad redimensionada por el amor a los otros y a los suyos, a quienes les escribe en ese tono que dice del afecto a causa : “Hijos y nueras, no se preocupen si mañana no contesto el teléfono cuando me llamen para saber cómo dormí. Tengo otras cuestiones más urgentes que el turno con el pedicuro. En la madrugada tomaremos la Catedral con mis compañeras y no sé cuándo regresaré a casa”. Así mismo, ha asistido a actos políticos tan

importantes como la firma por la constitución del Banco del Sur: “Por un Banco del Sur orientado a una matriz soberana, solidaria, sustentable e integradora para el desarrollo del continente”, llevada a cabo el 9 de diciembre de 2007.

Entre los logros de más hondas repercusiones para mi Movimiento en estos casi nueve años se destacan: el haber encontrado con vida a cuatro personas que se daban por desaparecidas, entre ellas un niño de 6 años y una joven mujer muy bonita, quien apareció sin memoria y en malas condiciones físicas, en el Valle del Cauca. La misma que luego, para su desencanto, tuvo que pedir asilo con su familia en Canadá. Otra conquista, es que algunas madres y algunos padres hubiesen espantado el miedo de encontrarse de frente con sus victimarios, a partir de haber comenzado los encuentros de justicia restaurativa entre los victimarios paramilitares reclusos en la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí. Este proceso, aunque interrumpido por ahora, ha permitido comenzar una relación de ser humano a ser humano. Fue edificante, dicen mis integrantes, mirar cómo Diego Murillo Bejarano, alias Don Berna, un guerrero dañado por la guerra, un duro jefe paramilitar junto a combatientes de la guerrilla, se enfrentaba en una audiencia cara a cara con un grupo de veinte víctimas de los míos y de otras madres. Los reclamos y las preguntas de ese grupo de víctimas no fueron un monólogo: este hecho ha ido dando el esperado pero doloroso resultado de la verdad. Yo recibí de alias Don Berna las coordenadas del lugar donde estaban enterrados tres de los míos: mi hermana, su esposo y mi sobrina. Ya ellos reposan en la paz de una tierra conocida a donde todos podemos llegar con nuestras flores y cuitas y, lo mejor, sin miedo. Faltan mi hijo Franklin y su gran amigo Memo que era como mi otro hijo. “Mami, me voy a ver que pasó en Frontino y por ahí derecho llevo a Memo a conocer el mar...”

De este encuentro restaurativo en la Cárcel de Máxima Seguridad quedaron elocuentes imágenes que doy a conocer en los escenarios, para que la gente se dé cuenta de que la justicia llega, que es posible sanarnos y sanar esta adolorida memoria.

Muchas madres queremos perdonar porque estamos convencidas de que perdonar es una expresión de amor y fortaleza, no de debilidad. Porque perdonar es sanación emocional y espiritual. Es renunciar a la venganza. Pero algunas de las personas que nos acompañan en este camino nos han cuestionado el perdonar sin que medie un proceso de encuentro con el otro, el ofensor. Razón tendrán y por ello reflexionamos... Sin embargo, el perdón es un asunto de cada corazón y este hace el sello de la diferencia. Lo que no podemos olvidar es que, de la responsabilidad de los actos contra nosotros no podemos eximir al Estado, garante de la vida nuestra y de los nuestros. Por eso mismo, las Madres de la Candelaria somos ante todo un movimiento político que no descarta lo personal, pero sí los personalismos.

Creemos que si no se humaniza al enemigo o al victimario, no se podrá seguir adelante. Esta guerra es solo un negocio de unos pocos.

Las Madres un día expresamos lo siguiente:

*Quando mi alma vuela desde el dolor a la conmiseración,
empieza la transformación...
con la esperanza de...
recuperar la memoria de nuestras víctimas,
ponerles voz y rostro
y devolverles la dignidad atropellada.*

Las Madres de la Candelaria no somos ni seremos parte
de la guerra, somos y seremos parte de la paz
Un canto de Teresita. Un canto de las Madres de la Candelaria.

Teresita es la Madre legal de la Asociación Caminos de Esperanza, la otra facción del Movimiento Madres de la Candelaria. Muchos brazos se enredan en su cuello buscando el calor de un consuelo y la esperanza de que se haga realidad el "Regreso a casa: vida y libertad" que exige el eslogan de la Asociación que ella preside desde su creación en el 2003, cuando se separara del movimiento fundador Madres de la Candelaria, lo que dio origen a las dos facciones que ahora perviven en el mismo atrio, compartiendo sin embargo un mismo dolor. Ella también espera que se cumpla esta promesa básica en su hijo Cristian que, cuando tenía 15 años, se fue un día ya lejano a pasear y en el camino desapareció. Teresita representa la imagen del Movimiento en los medios de comunicación. Es portadora del propósito de crear una atmósfera de sensibilización masiva que comprometa o, al menos, mueva las conciencias de los que todavía viven felices, porque aún nadie les ha arrebatado –mediante el secuestro y la desaparición– la presencia y la risa de un ser querido.

TERESITA GAVIRIA

y el Movimiento

Sé que el diálogo es la única forma de encontrar la verdad y el camino de las soluciones. No es fácil, pero fácil no ha sido nuestra vida y la lucha que cuando fuimos violentadas, emprendimos.

Ahora pienso que para muchos es más cómodo llorar, desesperarse, beber y anularse, aun a sabiendas de que, hágase lo que se haga, el dolor sigue viviendo en uno. Por tal motivo, las Madres le hacemos un guiño al dolor, le decimos que ahorita nos volvemos a encontrar y mientras tanto luchamos por la verdad. Esta búsqueda conjunta nos tiene que dar recompensas. Por lo tanto, "taladrando, taladrando estamos en la Candelaria. Si nosotros no vamos a disfrutar los logros, los que nos siguen sí".

Sabemos que nuestra arma es la denuncia. Entonces, ¿cómo nos hacemos conocer sin los medios de comunicación?, ¿cómo no tener en cuenta el papel importante de las relaciones públicas para comenzar a llamar la atención de la gente, con el objetivo de ir formando en todos lo que se ha llamado opinión pública? Las Madres de la Candelaria tenemos que ser el puente para que el tema de las víctimas se ponga y se sostenga en la agenda pública. Pero, por otro lado, las cabezas de las Madres debemos tender puentes entre nuestro dolor y la sociedad, las empresas, el Estado, las instituciones y las ONG.

En parte esto se ha logrado. Una vitrina maravillosa para el Movimiento fue el Premio Nacional de Paz 2006 otorgado a la Asociación Caminos de Esperanza. Y aunque yo, Teresita Gaviria, lo recibí, no dejo de reconocer que se lo ganaron todas las Madres que forman el pasado y el presente de este colectivo. Porque de sobra entendemos que la

muchedumbre no es el líder en solitario, sino que somos todos sus integrantes y simpatizantes.

También los escenarios de las víctimas –ahora revividos por el proceso de desmovilización de las Auc– nos han dado la oportunidad de lo que los medios llaman *free press*. Ese espacio que en la radio, la televisión y los periódicos –sin mediar pago alguno– se aprovecha para exponer ante la opinión pública el Movimiento con sus búsquedas y sus acontecimientos. Los noticieros han sido la principal ventana por donde nos asomamos al país y al mundo, mostrando nuestras historias y conquistas. Con razón, alguien por un medio de comunicación dijo de nosotras: “Como las mujeres de la tragedia griega, las colombianas víctimas le ponen la cara al porvenir después de secarse el llanto”.

Las relaciones públicas han logrado visualizar 600 niños huérfanos por la guerra y poner en la esfera del camino a la esperanza a unas cuantas Madres que desean estudiar ya sea bachillerato, panadería o elaboración de proyectos. A estas se les están tendiendo esos puentes arriba anotados.

Es de resaltar el caso de una Madre que cursa grado séptimo de bachillerato junto a jóvenes desmovilizados. También se conformaron equipos de trabajo temáticos: uno de seis víctimas que será puente entre la Fiscalía Unidad de Justicia y Paz, otro atiende reuniones con las ONG, la OEA o la ONU. Yo soy la encargada de los medios de comunicación y de representar a mi Asociación Caminos de Esperanza en las citaciones y desplazamientos por fuera de la ciudad. Eso definitivamente pega: me paran en todas partes y me dicen: “He ahí la muchachita de la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria que cuenta con 506 personas buscando lo mismo: a sus familiares secuestrados o desaparecidos”.

Aunque ambas facciones tejen redes, hacen alianzas estratégicas y se plantan en lugares a donde las invitan, nuestra Asociación hace presencia en Asfamipaz, País Libre y el Programa de Víctimas, de la Alcaldía de Medellín; pertenece a Redepaz y se interrelaciona con víctimas de Bosa, Huila, Salgar, Yarumal, Santa Rosa, Don Matías, Oriente Antioqueño, Valle del Cauca, Cauca, con las de los Montes de María...

Somos tan bien recibidas que recuerdo con especial emoción cuando en una reunión en la Universidad de Cartagena, una mujer que durante seis largos años de pena nunca había hablado de su dolor, después de escucharme, levantó por primera vez la mano pidiendo un espacio para contarnos su pena. Así lo hizo entre sollozos y terminó diciendo lo liviana que se sentía por primera vez en tan largas noches.

En cuanto a los plantones, nosotras acudimos a engrosar la nube espesa de otros tantos que hay en el país. Unos de estos se llevan a cabo por la noche. Llamen mucho la atención. Nos han invitado a hacer presencia en algunos lugares de las comunas de Medellín; en Zambrano, Magangué y Puerto Berrío. Este último se llamó Ave Fénix y tenía por eslogan uno que rezaba así: "La puesta del dolor en la escena pública. Hacer visible lo invisible". La consigna, ese gran vocerío que acompañó dicho plantón: "Un representante vivo no puede tener como base un pasado muerto".

En la sede de la Asociación, una oficinita en el centro de Medellín, adquirida con parte del dinero del Premio Nacional de Paz, se exhiben los pósteres o afiches imagen del Movimiento. Unas grandes telas gigantes muestran decenas de filas de retratos de los desaparecidos cuyas Madres los han traído a la Asociación para iniciar su búsqueda. Con ellos, a manera de pasacalle, se puede interrumpir el tráfico de una ancha avenida. Otro pendón, un poco más pequeño,

muestra el lugar del plantón: el atrio inconfundible de la Basílica Menor de Nuestra Señora de la Candelaria, una iglesia que data del año 1649. Templo que sale en cada una de nuestras fotos. Es como si no nos quisiera soltar. Es como un abrigo. Esta imagen soporta un texto: "El dolor por las víctimas por el secuestro y la desaparición forzada, no es patrimonio de alguien en particular, pero la lucha por su liberación es compromiso de todos". Una réplica del anterior lleva esta inscripción: "No dejemos que más colombianos y colombianas mueran en vida.¡Que la vida sea lo único que nos ate!".

Para nadie es un secreto que de este país brotan las víctimas desde los distintos bandos: guerrilla, paramilitares, Policía y Ejército, delincuencia común y violencia intrafamiliar. Esto tan triste ha engrosado las cifras de la Asociación y multiplicado las del Movimiento en general. Hoy somos 506 personas que viajan desde diferentes sitios buscando compañeros de lucha, lágrimas y esperanza. Por eso valoro mucho a las personas con liderazgo que trabajan por las víctimas y los derechos humanos. Ellas se exponen por los otros.

Como Asociación Caminos de Esperanza - Madres de la Candelaria, Premio Nacional de Paz 2006, este es nuestro mensaje:

"Este momento es una luz que nos iluminará el camino de los sueños y las esperanzas para seguir adelante en busca de los nuestros, de aquellos que se fueron de nuestro lado en contra de su voluntad y que nos han dejado un profundo dolor en el alma.

La Asociación Caminos de Esperanza - Madres de la Candelaria de Medellín hace un llamado para que acabe en Colombia la infamia del secuestro y la desaparición forzada.

Hemos trascendido nuestro dolor y la angustia que nos ha provocado por tantos meses, días e instantes la ausencia de los seres que nos arrebató la guerra para convertirnos en mensajeras y mensajeros de paz y reconciliación.

Con la ayuda y solidaridad de muchas entidades y personas traspasamos los linderos del atrio de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, Parque Berrío de Medellín, no solo para buscar a nuestros familiares sino para convertirnos en un dique que intenta frenar la avalancha de la guerra.

Queremos decirles a las víctimas del conflicto armado que todavía hay esperanzas, que debemos seguir insistiendo, perseverando y buscando la tan anhelada verdad.

A distancia también queremos compartir con las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo de Argentina, con doña Fabiola Lalinde y con muchas mujeres. Ellas de alguna manera nos mostraron el camino y nos enseñaron cómo perseverar por la verdad, la justicia, la reparación y la reconciliación. Ellas son el espejo donde nosotras nos hemos mirado y son una fuente inagotable de sabiduría de la que hemos aprendido para seguir luchando contra las atrocidades de la guerra”.



El Movimiento

Las Madres de la Candelaria





*Por la verdad, la justicia, la reparación y reconciliación
LOS QUEREMOS VIVOS LIBRES Y EN PAZ*



EPÍLOGO

Pero cuando nosotras las Madres de la Candelaria, las de ambas facciones, nos miramos a los ojos (en el espejo que sabemos utilizar para buscarnos hasta el alma) nos encontramos con muchas falencias. Y entonces las señalamos como deseos por realizar. Nos faltan cosas colectivas e individuales también. Entre las primeras, se pueden mencionar: la unión con organización interna participativa. Eso entonces requiere capacitación para el liderazgo, para auditar y manejar nuestros recursos; una sede propia donde nos podamos reunir, abrazar y, lo mejor, crear. “No queremos –promulgan– que tanta gente se lucre de nuestro dolor. ¡Ya no más! Y tampoco queremos ver, oír y callar, como muchos quieren que lo hagamos”.

Las Madres... deseamos con fuerza un proyecto productivo que nos una y nos ayude a caminar hacia una posible estabilidad que merme la angustia por la supervivencia, y más cuando en muchos de los casos falta el que era el sustento económico.

En lo que concierne a los deseos políticos, esperamos un gran robustecimiento de nuestra imagen, que nos fortalezca para plantear y exigir políticas en el tema de las víctimas. Lo mismo que soñamos con el acceso permanente a un medio de comunicación donde nuestra voz de Madres sea escuchada. Deseamos encontrarnos con nuestros victimarios para hablarnos y conocer la verdad. Y luego emprender con ellos el camino del perdón, el de los acuerdos restaurativos y la sostenibilidad de tal restauración. Nuestro mayor anhelo: sanarnos y sanar la memoria herida de este país. Justicia restaurativa para que volvamos a la sociedad, sanadas y en la vía de entender muchas cosas. En ese ámbito creemos solo en la figura de la reparación integral.

En cuanto a las ansias individuales, estas van desde encontrarnos con nuestros desaparecidos y secuestrados o, al menos, con la verdad.

Construir con el Estado bienestar para nuestros niños, a punta de hacer posible el desarrollo de sus derechos en su doble condición de menores y de víctimas. Capacitación para poder ganarnos la vida con dignidad y un lugar digno donde vivir la vida que nos falta. Todo esto lo pintamos juntas en unos grandes papeles que se titulaban “Mi Movimiento Ideal”.

Queremos dejar por escrito que cuando estas letras se terminaron de juntar, algunas de las Madres –muy pocas aún– han encontrado la verdad sobre sus desaparecidos. Ya se han identificado mediante la prueba de ADN tres de esos seres cercanos. Sin embargo, todas sienten que ya tienen un apellido llamado Madres de la Candelaria: seguirán juntas hasta el final.

Y por último:

Cuando en la clausura del “Primer Encuentro local y regional de organizaciones de víctimas” organizado por la MAPP/OEA en Medellín, en agosto de 2007, las Madres de la Candelaria hablaron de desunión, un aplauso atronador a todas las envolvió.

AGRADECIMIENTOS

A todas aquellas Madres de la Candelaria que con su participación y colaboración en los talleres –de escritura y lectura– desarrollados por la MAPP/OEA en Medellín, a mediados del 2007, han hecho posible la realización de este libro.

En especial a las Madres de la Candelaria que nos han permitido recoger sus testimonios y hacerlos públicos para que todo el mundo pueda conocer la voz de las víctimas:

Dolly / Lola
María del Carmen
Aura Inés
Margarita
Raquel Emilia
Luz Marina
Everlys Carolina
Amanda
Amparo Mejía
Teresita Gaviria
María Elena Toro

www.mapp-oea.org

MAPP/OEA
MISIÓN DE APOYO AL PROCESO DE PAZ
ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS
www.mapp-oea.org
Carrera 7 # 114 - 33
Teléfono 593 2360
Bogotá, Colombia

